

Juan Trejo

LA BARRERA DEL SONIDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Agradecimientos

Créditos

Sinopsis

El narrador de esta novela, un personaje sospechosamente parecido al autor, necesita bucear, como si de un paciente arqueólogo se tratara, en los hechos más significativos de su pasado, tras un episodio crítico y decisivo que le marcará para el resto de su vida; un cambio de panorama vital que le llega en su etapa de madurez, y que le obliga a replantearse todas las certezas abrigadas hasta ahora: su pasión por algunos de los escritores más representativos de la literatura del siglo xx, la necesidad de escribir para entender lo vivido, esa curiosa obsesión que le persigue desde niño por viajar o la importancia de los vínculos personales. *La barrera del sonido* es un fresco de la vida de un escritor con el paisaje de fondo de un país a lo largo de cuarenta años.

LA BARRERA DEL SONIDO

Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

A Montse, siempre

El recuerdo no debe avanzar como si fuera un relato (mucho menos como una información sobre algo), sino de un modo épico, rapsódico, en el más estricto sentido de estos términos, intentando remover nuevos lugares, ahondando siempre cada vez más. Por mucho que puedan extenderse, los recuerdos no representan siempre una autobiografía. Y este escrito, desde luego, no lo es.

WALTER BENJAMIN

La parte inventada [...] no es, nunca, la parte mentirosa, sino lo que realmente convierte algo que apenas sucedió en algo como debió haber sucedido. Algo [...] mucho más auténtico y valioso y puro que la simple y vulgar y a menudo tan poco ocurrente y desprolija verdad.

RODRIGO FRESÁN

*And if you have five seconds to spare / Then I'll
tell you the story of my life.*

THE SMITHS

Cuando vuelvo al barrio de Vallcarca para visitar a mi madre, que todavía vive allí, sufro un extraño desacoplamiento: siento que me desplazo en el tiempo, no en el espacio.

Camino por las calles del que fue mi barrio sin alzar la vista. No observo el paisaje, las fachadas, los escaparates. Presto atención únicamente a quien tengo al lado, que suelen ser mi mujer o mis hijos. Intento evitar los encuentros fortuitos, porque cruzarme con antiguos conocidos, sobre todo si se trata de la versión adulta de algún amigo de la infancia, jamás me resulta agradable o reconfortante.

De Vallcarca no me fui, me exilié. Me exilié como el que se ve obligado a abandonar su tierra a la espera de que pasen los malos tiempos y se restablezca el orden. Pero el orden jamás se restableció. Entre otras razones, porque ese orden era el orden de la infancia.

En aquel entonces, a finales de los años setenta, mi barrio, para mí, no tenía nombre, no se llamaba Vallcarca. Vallcarca era el puente que cruzaba por encima de la avenida del Hospital Militar conectando República Argentina con la plaza Mons. Tampoco sabía entonces que las calles que conformaban mi territorio pertenecían al distrito de Gracia; eso lo supe mucho más tarde. Para mí Gracia era otra cosa. A duras penas entendía siquiera que aquellas calles que delimitaban mi infancia formasen parte de Barcelona. De hecho, yo creía que mi barrio no pertenecía a ningún lugar, simplemente estaba ahí, con un trazado físico, como si su único cometido fuese dar un contexto a mi experiencia vital. Yo no tenía conciencia de que aquellas calles perteneciesen a un cuerpo mayor. La ciudad era casi una

entelequia para mí, una palabra que definía o englobaba una experiencia que no era la mía. Porque a la ciudad se iba, se desplazaba uno a ella. Porque la ciudad era el centro, era la plaza de Cataluña, era el paseo de Gracia, con la Diagonal a modo de frontera. Lugares lejanos, en cualquier caso, distantes y ajenos a la realidad de lo que ocurría en el barrio.

El barrio en el que yo me movía lo conformaban unas pocas calles. A pesar de su exiguo trazado, esa primera delimitación tenía ya vocación transgresora, porque el territorio que entendía como propio se extendía hacia un tramo de San Gervasio y otro de Penitentes. A fin de cuentas, el barrio estaba constituido por las calles que recorría con frecuencia o las calles en las que había incursionado con la voluntad de hacerlas mías.

Los niños de aquel barrio teníamos la suerte de poder jugar en la calle, era la manera de apropiarnos del espacio público entonces. Jugar al fútbol o a cualquier otra cosa era nuestro método de colonización, de crear asentamientos donde sentirnos en casa. Más allá de las calles en las que uno jugaba, o donde vivía algún amigo al que había que ir a buscar, se extendía tierra incógnita.

Era muy fácil sentirse extranjero fuera de los sutiles límites del barrio. En parte por la esencia fronteriza de las calles que lo constituían, encasquetadas como una cuña entre San Gervasio y Penitentes, con el puente de Vallcarca a modo de puerta de Tannhäuser y Collserola como horizonte último hacia el oeste. Porque aquellas pocas calles se encontraban en uno de los puntos de transición entre lo que podríamos denominar el fenómeno urbano (calles, plazas, avenidas) y la naturaleza: la ladera de la montaña que ascendía hasta el parque de atracciones del Tibidabo. Llegados al Campo del Àguila, al otro lado de la estrecha y transitada avenida del Valle de Hebrón, pasabas del asfalto a los caminos de tierra casi sin darte cuenta. De hecho, esos caminos de tierra se resistían en algunas ocasiones a mantenerse en un discreto segundo plano y se abrían paso en las zonas urbanizadas, como ocurría con lo que hoy en día es la calle Esteve Terrades, que durante decenios tuvo el

aspecto y la función de una pedregosa riera que desembocaba en la avenida del Hospital Militar, justo bajo el puente de Vallcarca.

Por otro lado, era relativamente fácil sentirse extranjero fuera del barrio porque la mayoría de los niños procedíamos de familias inmigrantes. Todos habíamos nacido en Barcelona, pero seguíamos cargando sobre nuestros hombros con el extraño peso de sentirse recién llegado. Y conformábamos una muestra bastante representativa de la variedad territorial española: éramos hijos de padres provenientes de Extremadura, Aragón, Alicante, Galicia, Murcia, Andalucía e incluso Canarias; entre los que yo recuerdo.

Siempre me pregunté por qué mi padre, que llegó a Barcelona en 1962 a modo de avanzadilla sin mi madre ni mis tres hermanos mayores, había escogido ese barrio, más bien elegante a pesar de su decadencia, con cierta solera y raigambre, para establecerse. Nunca llegué a saberlo. Nunca se lo pregunté. Pero los fines de semana, cuando íbamos a visitar a familiares o amigos de mis padres a edificios colmena en lugares como la Meridiana o el barrio del Congreso o Santa Coloma, daba las gracias en silencio por su elección. Sospecho que ya entonces empezaba a estar enfermo, como supongo que lo estaba secretamente mi padre, de esteticismo.

Me gustaba mucho la calle en la que vivíamos: Gomis. Tenía un aire entre modesto y señorial. En aquel tiempo todavía abundaban allí, sobre todo en la acera norte, con los patios y los jardines enfocados a la riera, las villas y casas de veraneo; esa había sido la función del barrio un siglo antes. Eran construcciones hermosas, en algunos casos parecían castillos de juguete, con fachadas decoradas, balcones de hierro forjado e incluso terrazas almenadas. Todas aquellas casas habían sido abandonadas tiempo atrás y quedaron sometidas al corrosivo deterioro del tiempo. Estaban vacías por completo, muy maltrechas, tomadas por las malas hierbas, la suciedad, las ratas y los yonquis, que a pesar de la supuesta elegancia del barrio parecían ser los auténticos amos de esas ruinas. Después de todo, eran los años setenta.

Los niños del barrio nos colábamos en aquellas casas muy fácilmente, sin

que nadie nos llamase la atención, pues apenas tenían medidas de seguridad que impidiesen el paso. Buscábamos aventuras a plena luz del día, restos y marcas de las actividades que habían tenido lugar allí a horas mucho más intempestivas: toscos grafitis con mensajes obscenos o políticos, revistas pornográficas con las páginas pegadas, botellas rotas, jeringuillas, condones. Todo entre cascotes y polvo. Recuerdo particularmente de aquellas incursiones el eco vibrante de las escalinatas interiores y la fantasmagórica sensación de estar ocupando el espacio que en otro tiempo habían ocupado personas desconocidas, seguramente muertas desde hacía años. Ya entonces tenía la costumbre de preguntarme sobre las vidas ajenas, y aquel entorno me llevaba a imaginar existencias lujosas, sofisticadas, plagadas de idas y venidas, de fiestas, bailes y cócteles mundanos.

Pero había mucha más decadencia y dejadez a nuestro alrededor. Estaba en todas partes. En el Hospital Militar, por ejemplo, con su presencia pétrea y triste, medio desatendido ya a esas alturas, obsoleto y mastodóntico, dándole nombre a una avenida. O en el vivero de la Kanda, rodeado por un muro de ladrillos roto por veinte o treinta puntos, justo debajo del Hospital Militar, al lado de la Clínica Delfos, con todas aquellas plantas al aire libre, con la balsa de piedra que recogía el agua que llegaba de la montaña. O el abandonado Manantial La Nina, antigua fábrica de sifones, debajo del puente de Vallcarca. Y no solo en el barrio: Barcelona al completo transmitía decadencia, parecía estar atrapada en el tiempo, perdida para siempre. Una ciudad insignificante, con un pasado tal vez pintoresco pero alejada ahora de cualquier lugar del mundo en el que sucediese algo interesante.

Fue debido a esa sensación de fracaso y resignación, precisamente, como Barcelona dejó de ser una entelequia para mí. Empecé a apropiarme de la ciudad a través de su decadencia, su grisura y su tristeza.

Pero eso llegaría más tarde, después de mi viaje a Nueva York, cuando ya tenía claro que quería ser escritor y decidí reubicar mis preferencias estéticas. Siendo niño, a finales de los setenta, no sentía ningún tipo de fascinación por

la decadencia o el deterioro. A mí me gustaba mi barrio, y mi calle en particular, por el sentido de aventura, porque podía jugar en un entorno que sentía como propio, en el que estaba seguro. Yo no quería decadencia ni dejadez a mi alrededor, yo quería modernidad. Quería sofisticación. Tener cerca aquello que veía en las series de televisión norteamericanas como *Las calles de San Francisco* o *Los ángeles de Charlie*.

La televisión y el cine eran mi puerta al mundo exterior, a todo lo que se extendía más allá del territorio conocido, la única fuente de conocimiento autorizada que yo estaba en disposición de aceptar. Porque incluso siendo niño desconfiaba de la información o de las valoraciones que aportaba mi padre durante las sobremesas, un hombre anclado en el pasado, incapaz de hacer partícipe a nadie de sus vivencias y dado a una nostálgica amargura que casaba muy mal con mis ansias infantiles. Los libros, por otra parte, todavía tardarían un tiempo en adquirir relevancia en mi vida. Los libros exigían esfuerzo, horas de concentración e inmovilidad, y había demasiado que ver y que hacer en la calle para quedarse sentado en el sillón de casa leyendo, por prometedoras que fuesen las contraportadas de las novelas de Los Cinco o Los Hollister.

No puedo decir, sin embargo, que en mi infancia no hubiese libros. Más allá de los ejemplares de Jack London o Emilio Salgari que me obligaban a leer en las horas de biblioteca en el colegio, y que aun así disfrutaba, tenía en casa varios tomos de novelas ilustradas que me resultaban ideales para los domingos por la tarde, entre las que recuerdo especialmente *Kerabán el testarudo*, de mi adorado Jules Verne.

Y había un libro más, un libro especial que nos había regalado una caja de ahorros por no sé qué motivo, un libro que me marcó profundamente: *Maravillas del mundo*, del que hablaré en alguna ocasión.

En cualquier caso, yo quería que el barrio cambiase, que la ciudad evolucionase, que entrase en la modernidad, en el futuro. Quería que todos entrásemos en el futuro y dejásemos atrás el gris pasado reciente. Pero al

mirar a mi alrededor no encontraba motivo alguno para la esperanza. Tanto mi barrio, como mi ciudad, como mi propia familia parecían desarrollarse de espaldas al futuro, ajenos al cosmopolitismo que a mí me parecía la solución a todos los males.

Y en casa las cosas fueron a peor cuando murió mi hermana.

La mayor de mis hermanas siempre había sido un elemento incómodo y disonante en la familia. Se fue de casa con solo dieciséis años, justo después de la muerte de Franco, incapaz de adaptarse a la que se suponía que tenía que ser su vida. Mis padres no fueron capaces de asimilar su marcha, como no habían sido capaces de tratarla adecuadamente en su día a día. Tampoco pudieron gestionar su posterior problema con las adicciones. Pero ¿quién podría haberles culpado de ello en aquel tiempo? Una vez fuera de casa, la mayor de mis hermanas vivió en La Floresta, en mitad de la montaña, a media hora de Barcelona, en Génova y después en Valencia. Iba dando noticias de vez en cuando, noticias sin duda adulteradas por la buena voluntad y el afán de mantener en secreto su privacidad. Y un día, con solo veintiún años, entró por su propio pie en urgencias del Hospital General de Valencia y ya no volvió a salir. Mis padres hablaron de perforación de estómago. No dudé de ello en su momento; ¿cómo iba a hacerlo? Ahora sé que se debió a otra cosa. Mi otra hermana me contó, muchos años después, que se había ahogado con su propio vómito mientras esperaba en una camilla. Un problema frecuente, al parecer, entre los consumidores de opiáceos.

Yo tenía nueve años.

Durante un tiempo pensé que su muerte no me había afectado. Supongo que no supe encontrar espacio alguno en el seno de mi familia en el que ubicar mi confusión, pues cada miembro se dedicó a librar la guerra por su cuenta. Además, ya he dicho que mi hermana mayor había sido considerada siempre un problema inmanejable, una distorsión radical en la familia, por eso cuando murió yo pensé que, a pesar de la tristeza, tal vez el problema quedaría resuelto. Poco después, debido a la culpa provocada por semejante

razonamiento, empecé a tener pesadillas en las que mi hermana, a la que apenas había tratado, venía desde el otro mundo para atormentarme. Finalmente, y debido en buena medida al clima de tremendo oscurantismo que se implantó en casa (mis padres tampoco supieron cómo afrontar la muerte de mi hermana), empecé a fantasear con la idea del fin del mundo. En ese sentido, la situación política internacional vino a echarme una mano.

Empezaban los años ochenta. Reagan había llegado al poder en Estados Unidos y estaba dispuesto a reactivar los peores miedos de la Guerra Fría. A su gabinete presidencial le dio por afirmar, después de lustros en los que la teoría MAD (Destrucción Mutua Garantizada) había marcado la pauta, que existía una posibilidad de ganar la guerra. Reagan aparecía cada dos por tres en el Telediario diciendo que posiblemente seríamos la generación que conocería el Armagedón. En el cine estrenaban *Juegos de guerra*, que contaba la historia de un jovencito que ponía en jaque la estabilidad mundial al acceder al ordenador central del ejército estadounidense para proponerle una partida de Guerra Termonuclear Global. O en la televisión programaban *El día después*, un tétrico telefilme en el que se recreaban con pelos y señales las consecuencias de una guerra que, con el paso de los años, parecía inevitable.

¿Cómo no obsesionarse con algo así? Era un proceso lógico. El mundo al completo vivía lo mismo que experimentaba yo en casa: tensión, miedo, ansiedad, estancamiento irresoluble y el final de todo como horizonte de expectativas. Pero incluso a eso puede acostumbrarse uno. El mundo seguía rodando. París, Londres, Nueva York seguían ahí. Vibrantes y atractivas. A lo mejor la solución era irse, salir de allí. Viajar.

Hasta entonces solo había salido de Barcelona para ir al pueblo de mi madre, en Extremadura, y para ir a Andorra, país extranjero al que yo me aferraba como un clavo ardiendo como primer paso de mi futuro cosmopolitismo; el segundo paso, de momento, me resultaba inimaginable. Íbamos a Andorra porque a mi padre le gustaba comprar cosas baratas,

librarse de algunos impuestos menores y así sentir que al menos en un aspecto de su vida se salía con la suya. En Andorra comprábamos whisky que mi padre no bebía, tabaco que nadie fumaba y mantequilla con la que mi madre no cocinaba. Pero para mí tenía sentido porque cruzábamos la frontera y podíamos fingir durante un rato, a pesar de nuestro nimio cargamento, que éramos los protagonistas de una exótica aventura que consistía en burlar a los agentes de aduanas.

Esos viajes en coche por carreteras mal asfaltadas consiguieron que aumentase de manera exponencial mi deseo de ver mundo, algo que, a esas alturas de mi vida, se asemejaba mucho a desear viajar por una galaxia muy lejana junto a Han Solo en su Halcón Milenario.

Tengo la impresión de que ya a nadie le interesa ver mundo. Se viaja más que nunca, a todas partes, pero lo de ver mundo es, o mejor dicho era, otra cosa. Ver mundo suponía un afán, un ansia. Era un impulso que podía guiar, a veces hasta el final de los días, una vida. La voluntad de descubrir, de encontrar un sentido al conjunto de los acontecimientos e incluso intentar trascender las limitaciones de la existencia humana. Ver mundo, obviamente, implicaba la presencia de un territorio exterior, ajeno y gigantesco, básicamente desconocido. Un espacio más allá de la mente, de la subjetividad y de la percepción. Un lugar donde tal vez podría encontrarse el mayor de los secretos escondido en la cotidianidad de algún rincón exótico. Un secreto imperceptible a plena vista, indetectable para los lugareños, que, a su vez, anhelaban viajar a otros lugares para encontrar ese mismo secreto oculto en otra cotidianidad. Lejos, siempre lejos.

Ver mundo implicaba también que existía un yo, y un cuerpo que lo albergaba. Y una personalidad que debía formarse precisamente en la interrelación con lo que sucedía en el exterior.

En cualquier caso, yo quería ver mundo. Desde niño mi vida se vio marcada por ese afán de conocer lo que estaba más allá, siempre lejos. Pero también por la necesidad de contar ese mundo; es decir, lo que veía. El único

problema era que estaba convencido de que mi vida era anodina, demasiado afectada por el miedo y la frustración. Nada que ver con los mitos añejos de los que hablaban mi padre y mi hermano durante las sobremesas, a los que yo no tenía nada que oponer. ¿Con qué podía yo igualar la intensidad de una niñez vivida durante la Guerra Civil o los años salvajes de un niño recién llegado del pueblo a la gran ciudad? Habría sido como competir con Almudena Grandes y Juan Marsé, porque además tanto mi padre como mi hermano sabían cómo contar bien una historia. De ahí la voluntad de ver mundo, de viajar: tenía que recolectar el material necesario del que extraer las anécdotas que yo quería contar. Contar y contarme, para convertirme en persona, para tener un carácter y una presencia objetiva en la existencia y que los demás lo supiesen. Contar para llegar a saber que existía.

Tenía que buscar por el mundo aquello que me faltaba: la sensación de tener un lugar propio. Todo viaje nace de una carencia, igual que la necesidad de contar nace de la falta de sentido. Por decirlo de otro modo: el viaje se gesta durante el cautiverio y la vocación de narrar nace al amparo de la obligación de guardar silencio. Porque en mi casa yo no tenía ni voz ni voto. Había llegado demasiado tarde. Los relatos fundacionales de la familia habían quedado fijados tiempo atrás y yo no estaba incluido en ellos. Después murió mi hermana y mis padres pusieron fin a cualquier clase de narración familiar: clausuraron el pasado y se desentendieron del futuro.

Tenía un amigo en el barrio que había vivido algo similar, aunque en su caso la que había muerto había sido su madre. Pepe era un chico reservado y más bien torpe físicamente. Le gustaba jugar al fútbol y a otros juegos en la calle con los demás, a pesar de no ser demasiado sociable, pero también pasaba cada vez más tiempo solo en casa. Por lo que me contó su hermano, se encerraba en su cuarto y se perdía durante horas en un mundo propio e intransferible. Leía mucho. Él si les prestaba plena atención a Los Cinco o Los Hollister. Yo sabía que frecuentaba la pequeña biblioteca de la iglesia de Santa Cecilia; toda una rareza entonces entre los chicos del barrio. Pero

también dedicaba el tiempo, como me confesó un día haciendo un gran esfuerzo, a otra cosa. Fantaseaba. Imaginaba situaciones divertidas o estrambóticas. Pero no de un modo arbitrario. Había creado un método chamánico para hacerlo con el que entraba en trance. Empezaba a caminar en círculos por el reducido espacio de su habitación golpeándose la palma de la mano con una cuchara para crear una suerte de ritmo de invocación. Parecía un sistema eficaz. En su mente, todas las personas con las que trataba en el barrio cumplían un papel, los había convertido en personajes. Recreaba escenas descabelladas con ellos, les inventaba diálogos en tiempo real propios de una película de adolescentes o de una comedia de enredo. Había creado una saga inabarcable compuesta por pequeños fragmentos. Al contármelo, mientras me relataba alguna de aquellas aventuras llenas de detalles que solo pasaban en su cabeza, se puso a reír como si estuviese poseído, y yo me reí con él, como si el poder que manejaba en soledad hubiese traspasado las fronteras de su cuerpo y saliese a la luz descontrolando sus sentidos y contagiándome con una ebriedad incomprensible.

¡Cuánto envidié su capacidad creativa! Su mente, al contrario que la mía, no le obligaba a atender dolorosamente a lo que le rodeaba, sino que le permitía huir y pasarlo bien. Su mente no imaginaba escenarios oscuros, negativos e irresolubles, al contrario, le ayudaba a transformar la realidad y a mejorarla a su antojo. En sus aventuras no era un niño asocial, los abusos recibían su merecido, todo el mundo lo admiraba y lo quería. En sus aventuras no estaba solo.

No entendí hasta muchos años después que aquella actitud supuestamente creativa de mi amigo Pepe podía ser el germen de un trastorno psiquiátrico. Con el paso del tiempo, Pepe dejó de hablarme. Dejó de hablarle a todo el mundo. Al cumplir los dieciocho años se alistó voluntario en los Paracaidistas. No sé si eso demuestra nada. Después le perdí definitivamente la pista y nunca he vuelto a saber de él. Confieso que al ver *La chaqueta metálica*, imaginé cómo podría haber acabado aquel pobre muchacho.

Inventar historias como síntoma de trastorno mental, me digo ahora cuando pienso en Pepe, ¿a qué me suena eso?

Me dediqué durante un tiempo a intentar imitarlo. Me encerraba en mi cuarto esperando que se produjese el trance, pero no había manera. Aguantaba encerrado unos cinco minutos. Después salía a la calle en busca de inspiración. Dado que la realidad era demasiado dura, demasiado descorazonadora, me fijaba en los detalles y, sobre todo, en las personas extrañas, las que parecían haber quedado fuera de los márgenes de la supuesta normalidad. Me daba la impresión de que los seres limítrofes, que en la distancia me atraían en la misma medida en que me daban miedo, a través de su disonante comportamiento podían aportarme una información suplementaria, tal vez imprescindible, para entender a los seres humanos; ese género al que a veces no tenía claro si yo pertenecía.

El barrio estaba habitado por numerosos personajes pintorescos en aquel entonces. Había yonquis foráneos que se movían por entre las casas abandonadas como fantasmas, apenas perceptibles. Estaban los exhibicionistas puntuales, tan frecuentes por aquel tiempo en cualquier rincón de la ciudad, molestando a las niñas y niños que venían solos del colegio, y a los que como mucho se les daba una reprimenda si los pillaba un adulto o un guardia urbano. También había vagabundos, recogedores de chatarra, siempre de paso, siempre variables. Teníamos nuestra cuota estable de marginados o indigentes, a los que los niños llamábamos simplemente «locos», que solían pasar por la calle a horas fijas, cuando empezaba a anochecer. Recuerdo al Loco de las Gafitas, delgado, alto, con pelo rizado, barba descuidada y unas gafas finas de pasta negra, siempre con tejanos y en mangas de camisa, hiciese frío o calor. Era sorprendentemente joven. Recuerdo también al Esquimal, una versión tenebrosa de David el Gnomo, bajito como él, siempre ataviado con el mismo chaquetón oscuro con capucha de punta, tanto en invierno como en verano. Teníamos a nuestra loca residente, la Jerónima, que vivía en un cuchitril, una especie de pequeña bodega con salida a la calle,

junto al bar La Bota Petita. Lanzábamos piedras a su puerta para verla salir echa una furia. Era corpulenta y fea como el demonio. Años después redimí su figura al ver *Ocho y medio* de Fellini y conocer al personaje de la Saraghina, una mujer parecida a la Jerónima que bailaba para los niños una rumba sensual a cambio de unas pocas monedas. En el barrio también había putas, aunque para nosotros eran casi tan imperceptibles como los yonquis, pues abundaban en la zona los locales de alterne o whiskerías donde ellas desarrollaban su actividad. Nosotros solíamos rondar por la puerta de uno de ellos, el Yolidialis Club, en lo alto de la calle Gomis, para ver si podíamos entrever algo, un pecho o una nalga, y descubrir tal vez así un secreto que hasta ahora teníamos vedado. Hablando de sexualidad, eran de sobra conocidas las mujeres del barrio que ejercían la prostitución lejos de aquellas cuatro calles. De uno de mis amigos se decía que ni siquiera su madre tenía claro quién era su padre. De otro, que sus padres se habían conocido en uno de esos locales. Se sabía quiénes eran las mujeres infieles, o como mínimo las que habían protagonizado los casos más sonados, con carreras en paños menores y fugas por las ventanas de pisos poco elevados. No se hablaba nunca, sin embargo, de los hombres infieles. Pero yo recuerdo a una conocida de mis padres que había intentado suicidarse con coñac porque su marido se había fugado con su secretaria. Incluso reconocimos a una vecina casada que se anunciaba con otro nombre en la sección de contactos del periódico porque necesitaba «ayuda económica». Se rumoreaba, en otro orden de cosas, que en la calle Gomis había vivido Johnny Weismüller, que había perdido allí la razón y que a horas intempestivas lanzaba el poderoso grito que le había hecho famoso como Tarzán. Se rumoreaba también que el padre de otro de mis amigos, de confuso apellido centroeuropeo, había sido arrestado en Berlín al intentar atravesar el Muro ilegalmente cumpliendo alguna clase de misión que nadie supo aclarar jamás; según las versiones podía ser fascista o comunista. Estaba el señor Pedro, con su aire de pirata de sobremesa del sábado, a lo Robert Shaw en *Tiburón*, con su incapacidad total, su ojo de

vidrio y su gusto por la cerveza tibia, con un pie descompuesto debido, según contaba, a la explosión accidental de una bomba que había encontrado siendo niño en el Campo del Águila. En el edificio adyacente al mío había vivido Luc Barreto, cantante melódico caribeño, que abandonó a su blanca mujer y a sus cuatro hijos mulatos coincidiendo con el declive de su corta carrera artística. Y estaba el señor Melitón, dueño del bar más concurrido de la calle Gomis, casado y con varios hijos pero muy amanerado y lenguaraz, cuya leyenda hablaba de frecuentes salidas nocturnas en solitario por los locales más transgresores del Barrio Chino.

A mí todos aquellos mitos y rumores e historietas me fascinaban. Me habría gustado estar al corriente de todos los detalles, profundizar en ellos y contrastarlos con sus protagonistas, porque estaba obsesionado con descubrir lo que se ocultaba tras las apariencias, con conocer lo que yo entendía que debía ser la verdad. Supongo que destapar la verdad era para mí el único antídoto posible al hermetismo que imperaba en nuestra familia después de la muerte de mi hermana.

En cualquier caso, si tuviese que escoger únicamente a uno de todos aquellos personajes peculiares que corrían por el barrio no dudaría en quedarme con el señor Alemán.

El señor Alemán no se llamaba así, aunque durante un tiempo yo creí que ese era su apellido. Lo llamábamos Alemán porque era de origen germánico y desconocíamos su verdadero nombre. Había llegado a España a finales de los años cuarenta y, a pesar de su marcado acento, hablaba castellano con fluidez y parecía conocer muy bien la idiosincrasia del país. Vivía en los bajos de uno de los edificios más antiguos y regios de la calle Gomis, junto al colmado El Segoviano, cerca ya del puente. En su casa, por una de esas rarezas propias de las construcciones de la época, disponía de un pequeño frontón a modo de patio interior. De ahí que nosotros le conociésemos e incluso frecuentásemos su casa: nos dejaba jugar allí algunas tardes a unos pocos niños del barrio.

El señor Alemán vivía solo, nunca se había casado; una rareza entre los

hombres de nuestro entorno. Era más bien bajo, no muy corpulento, con bigote moreno, finas gafas redondas con muchas dioptrías y siempre parecía despeinado, al estilo del típico sabio de los tebeos. Debía de rondar los ochenta, pero se mantenía lúcido y se mostraba cordial e incluso locuaz con nosotros. Le agradaba que fuésemos por allí, supongo que le dábamos vidilla. Salía muy poco de casa, no sé si por la artritis o por una severa agorafobia. Por lo visto una vecina algo más joven que él le hacía la compra y mantenía el piso más o menos en condiciones, aunque imperaba allí el polvo y una considerable sensación de caos, debido principalmente a la cantidad de cosas que había ido acumulando el viejo a lo largo de los años.

Fue la primera casa que conocí en la que los libros ocupaban un lugar preeminente. Estaban por todas partes, en las largas estanterías de madera envejecida del salón, pero también formando pilas por los rincones o amontonados de cualquier manera encima de una mesita de café o de una butaca. Libros de tapa dura, en diferentes idiomas. En aquella casa sentí por primera vez envidia por los libros; envidia y culpa. Ya he dicho que me costaba mucho dedicarle tiempo a la lectura, pero en casa del señor Alemán empecé a pensar que tal vez me estaba perdiendo algo valioso. En aquella casa los libros tenían un poder sugestivo y de evocación que no había sentido en ningún otro lugar. Y eso a pesar del polvo y del caos. A pesar incluso de la oscuridad, porque allí todo estaba siempre a media luz, en penumbra. No solo estaban entornadas todas las puertaventanas que daban al exterior, las bombillas eran de muy bajo voltaje y eso le otorgaba al espacio un aura de misterio.

Alguien me dijo en una ocasión que el señor Alemán había escrito libros siendo joven, cuando vivía en Alemania, que era filósofo, pero nunca llegué a confirmarlo. Lo que sí puedo decir es que de los bolsillos de su bata sobresalían siempre pedazos de papel con anotaciones hechas a mano.

Pero no solo eran los libros lo que llamaba la atención en su casa. El señor Alemán era un coleccionista ecléctico, variado e incomprensible. Hasta tal

punto era así que hoy en día seguramente hablaríamos del síndrome de Diógenes. En su casa había toda clase de objetos estrambóticos, la mayoría de ellos repetidos en número considerable. Recuerdo una colección de candelabros de siete brazos, menorás judías, de diferentes formas y tamaños. Y también una enorme bandeja que tenía en una repisa en el pasillo con figuritas de mazapán petrificadas. Era algo asqueroso. En una ocasión, al pillarme mirando dicha bandeja, el señor Alemán me dijo con su rotundo acento, y creo que son las únicas palabras que recuerdo directamente de él: «¿Te has fijado alguna vez en la apariencia tan enfermiza que tienen las figuritas de mazapán?». Y recuerdo también un cuadro, en este caso único, no repetido, una litografía de bordes arrugados que mostraba una extraña figura anaranjada. El señor Alemán me dijo con una ingenua sonrisa que era el ángel de la historia, pero lo que yo recuerdo es un monigote con una forma más o menos humanoide. Sin duda el cuadro adquiriría un tinte tétrico en aquel ambiente lúgubre y sucio.

A pesar de lo que acabo de decir, cuando me pregunto qué imagen condensa para mí el conocimiento, lo que me viene a la mente es la casa del señor Alemán.

Tal como empezamos a ir a su casa para jugar al frontón dejamos de hacerlo. El señor Alemán era viejo y nosotros niños, así que nuestros caminos, a partir de algún punto, fueron separándose a la velocidad del sonido hasta perderse de vista por completo. Lo último que supe de él, muchos años después, cuando echaron abajo el edificio en el que vivía, fue que una vez muerto lo enterraron en Portbou por explícito deseo suyo.

Con el tiempo también fueron derribando todas las villas señoriales abandonadas de la calle Gomis. La riera se convirtió finalmente en la calle Esteve Terrades. El barrio, tal como había deseado, empezó a cambiar, a modernizarse. La ciudad al completo se vio arrastrada por un marcado proceso de transformación que alcanzó su punto máximo de aceleración con la nominación de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992. La

decrepitud fue dejando paso a otra cosa que ahora no sé si denominar modernidad o asepsia. Al principio el proceso estuvo teñido por un inconsciente sentido de celebración. Pero lo cierto es que todo fue desapareciendo a velocidad de vértigo. Soporté bien ese proceso durante un tiempo, como el que paga una considerable suma a Hacienda después de haber ganado un premio literario inesperado. Luego me resultó insoportable.

Para mí, el barrio donde crecí no solo es ahora un lugar desconocido, es un territorio incomprensible y casi me atrevería a decir que hostil. Por eso cuando recorro las calles de Vallcarca siento ese extraño desacoplamiento: tengo la sensación de moverme en el tiempo, no en el espacio. En Vallcarca, para mí, nada está fijo, todo transcurre. El entorno al completo está sumido en un constante proceso de desaparición.

De hecho, tumbado en una cama del Hospital Clínic, convaleciente tras un grave problema de salud, me dio por pensar que a pesar de todos mis viajes, motivados siempre por un ansia irrefrenable de huir, a pesar de todos los relatos y cuentos que me conté a lo largo de los años, tal vez no había llegado a salir nunca del barrio de Vallcarca. Sumido en la confusión que me provocaba la potente medicación, me dije que quizá Vallcarca me producía esa extraña sensación de desacoplamiento porque, a pesar del constante proceso de desaparición, sus calles me recuerdan que no se puede huir de lo que siempre has llevado contigo.

Iba caminando por la arena, junto al océano Atlántico, en Cascais, a pocos kilómetros de Lisboa. Cuando la playa acabó me adentré en una zona asfaltada hacia lo que debía de ser el puerto deportivo. Soplaban un viento frontal, contundente, pero que no llegaba a incomodarme. Iba descalzo. Llevaba puesto un bañador azul marino y una camiseta blanca. Era una camiseta muy sencilla, aunque a mis dieciocho años la lucía como si se tratase de una íntima e indescifrable declaración de principios. Tenía un dibujo muy llamativo de lo que se suponía que era una isla y una inscripción en letras negras que decía: MOLOKAI, nada más. Si la playa de Cascais estaba más bien vacía a esas horas, la rampa asfaltada que ascendía hacia la punta del saliente de roca estaba desierta. Al fondo, donde el asfalto se ensanchaba hasta convertirse en una pequeña terraza o mirador, había una construcción, una especie de chiringuito de madera con un curioso voladizo. También había un par de mesas a un lado, junto a una ancha baranda de piedra que evitaba la caída sobre las rocas, con sillas de aluminio alrededor.

Al llegar a la terraza miré hacia la playa intentando ubicar a mi grupo, a mi hermana y a mis primos, pero me resultó imposible distinguirlos porque había caminado mucho más de lo que pensaba y desde aquella distancia nada los diferenciaba de otros pequeños grupos de bañistas. El chiringuito, de un incoherente aspecto futurista, cúbico e inabordable, estaba cerrado.

Aquel apartado y solitario rincón transmitía una sorprendente sensación de fin de la tierra. Como si todos los caminos que recorrían Europa de una punta a otra acabasen justo allí, en un sereno y merecido anonimato. Porque a partir

de ahí, hacia el oeste, se extendía únicamente el amplísimo océano Atlántico, ajeno a cualquier clase de anhelo humano.

Me fijé entonces en algo que había encima de una de las mesas del chiringuito. Se trataba de un cuaderno bastante voluminoso cerrado con una goma ancha del mismo color que las tapas; parecía un dietario. Alguien había colocado encima una piedra gris del tamaño de una manzana, seguramente por temor a que se lo llevase el viento.

Me gustó el tacto de las tapas de cartón del cuaderno, rugosas, secas, como si hubiesen estado expuestas durante muchas horas a la intemperie. Aparté la piedra y tomé el cuaderno en mis manos. Pesaba más de lo que había supuesto. Tal vez se debía a la cantidad de pliegues sueltos insertos entre las páginas y las tapas, o al propio gramaje del papel. Sentí un profundo deseo de abrirlo y leerlo.

La primera línea que leí decía lo siguiente: «La única manera de aprender a escribir es escribiendo». La grafía era precisa, más alargada que redonda. Aquella frase, como el resto, estaba escrita en inglés y captó mi atención por completo. Y la siguiente no le iba a la zaga: «De ahora en adelante voy a escribir cada maldita cosa que me pase por la cabeza».

¿Quién podía haber escrito algo así?

A lo largo de mi último año en el instituto, mientras fingía prepararme para las pruebas de la Selectividad, había decidido finalmente que quería ser escritor. No era más que un gesto, porque tan solo había escrito dos cuentos hasta ese momento. Dos cuentos motivados, además, por la voluntad de estar a la altura de mi propia fanfarronería: había presumido ante mis compañeros de tenerlos escritos antes siquiera de haberlos imaginado. Pero el hecho de que una mentira se hubiese transformado en realidad, redimida por el peso de la vergüenza, me había dado pie a creer en la potencia de los gestos.

Abrí de nuevo el cuaderno al azar y seguí leyendo: «¿Qué es pensar sin palabras? Si lo intentas, no puedes. El pensamiento pugna por convertirse en palabras, perversamente». A quienquiera que fuese el responsable de esas

afirmaciones sin duda le preocupaba el hecho en sí de escribir. «Las palabras son la moneda del pensamiento, pero no son el valor al contado del pensamiento.» Aunque podía tratarse de alguien interesado simplemente en escribir bien para poder retratar el mundo que se desplegaba a su alrededor.

Pero al leer lo siguiente me sentí interpelado de manera directa, como si el autor pretendiese sacarme de dudas: «La idea de escribir ha expulsado todas las ideas de mi cabeza».

Ya en aquel entonces, y a pesar de que no tenía ni idea de qué suponía ser escritor, el oficio me parecía digno de admiración. Sentía respeto incluso por los que simplemente parecían ser escritores. Por otra parte, ser testigo de semejante pasión, el hecho de que escribir hubiese expulsado todas las ideas de la cabeza de alguien, me resultaba no solo envidiable sino también excitante; quería reconocerse en algo así; sobre todo en esos momentos en que mi moral estaba por los suelos debido a mis recientes paseos por Lisboa.

Al alzar la vista del cuaderno observé una curiosa forma en mitad de la solitaria rampa que llevaba hasta la terraza o mirador. Era una forma vertical imprecisa, acuosa debido a la reverberación del sol, que parecía estar ascendiendo a buen ritmo hacia donde me encontraba sentado. Aquella forma fue perfilándose poco a poco hasta dibujar el cuerpo de una mujer madura, de unos cincuenta años. No era muy alta y caminaba con cierta dificultad, como si le doliesen las rodillas. A medida que fue acercándose mejor pude fijarme en su cabellera, que le llegaba hasta los hombros y era tupida, espesa y muy oscura, casi negra por completo, a excepción de un curioso mechón blanco que le nacía encima de la frente y se desplazaba hacia su derecha formando una amplia onda. Llevaba puesta una cazadora vaquera de un azul descolorido, pantalones blancos y zapatillas de deporte negras con gruesa suela de goma. Se encontraba ya al otro lado de la mesa cuando se detuvo y clavó su intensa mirada en mí. Jadeaba ligeramente.

Había en la mirada de aquella mujer un toque bíblico, un matiz implacable que dejaba escaso margen a la indefinición. Curiosamente, el gesto de su

rostro, a medio camino entre la severidad y una leve y juguetona voluntad de seducir, compensaba el efecto de la mirada. Me fijé en ella mientras recuperaba el aliento, intentando no parecer impertinente, incapaz todavía de decirle nada por temor a incomodarla. Era una mujer de una belleza asentada, mineral, como surgida de la tierra y vinculada a una naturaleza adusta.

La mujer se sentó en la silla de enfrente y miró hacia el cuaderno. «¿Es suyo?», le pregunté. Ella, a modo de respuesta, lo arrastró suavemente hacia sí sobre la mesa y le colocó de nuevo la piedra encima. El gesto me resultó un tanto violento, pero también incontestable.

«¿Lo has abierto?», me preguntó sin apartar la vista de la libreta. «Solo lo he ojeado. Buscaba un nombre o una dirección», mentí. «Quieres ser escritor», dijo sin tener en cuenta lo que acababa de responderle. Lo dijo como si se tratase de un veredicto, casi de una condena. «Te gusta leer.» En esta ocasión la frase sí parecía esconder una pregunta tácita. Pero igualmente no dije nada. La mujer se recostó en la silla, se pasó la mano por el mechón blanco y empezó a hablar despacio, con una voz sofisticada y radiofónica.

«Lo que me hizo ser escritora fue que yo era una lectora apasionada. Empecé a leer a una edad muy temprana y he sido adicta a la lectura desde entonces. He leído todo el tiempo. Probablemente he pasado más tiempo leyendo que haciendo cualquier otra cosa en mi vida, incluso dormir.»

Parecía tan segura de sí misma, tan acostumbrada a centrar la atención sobre su persona, que di por supuesto que se trataba de una escritora famosa. Tal vez por eso me vi impelido a decir: «A mí me gusta leer. Me encanta Borges».

«Hoy no existe ningún escritor que importe más a otros escritores que Borges», me dijo. «Muchos dirían que es el más grande escritor contemporáneo. Muy pocos escritores de hoy no han aprendido de él o no lo imitan.»

«Yo también escribo cuentos», me aventuré a decir, aunque inmediatamente me arrepentí.

«Yo empecé a escribir historias, poemas y obras de teatro cuando tenía seis, siete u ocho años. Fue como alistarse en un ejército de santos o algo así. Suena un poco absurdo, pero no sentía que me estuviera expresando, fue como si participara en una actividad noble.»

Me impresionaron esas palabras. Había épica en ellas, algo de lo que mi visión de la escritura carecía por completo; una épica que se veía reforzada por el lugar en el que nos encontrábamos, al borde del infinito océano Atlántico. «Ejército de santos», repetí para mis adentros.

Aprovechando ese instante de silencio, me fijé en otra mujer que había ido aproximándose sigilosamente hasta donde nos encontrábamos. Cargaba con una cámara fotográfica colgada del cuello con una correa de cuero marrón. Tenía el pelo muy largo y muy claro, casi blanco, y llevaba unas gafas de fina montura metálica. Tanto su camisa como su pantalón de pinzas eran de color negro. Apoyó un pie en la ancha baranda de piedra sobre las rocas y enfocó directamente hacia nosotros, sin ningún reparo. Cuando mi interlocutora se fijó en la fotógrafa entendí al instante que existía alguna clase de relación entre ellas. Tras hacerle un amplio y displicente gesto con la mano, la famosa escritora le dijo con un deje cansino: «Ahora no, por favor. Déjalo un rato».

Pero como la fotógrafa no le hizo caso y siguió a lo suyo enfocándola con descaro, la escritora se colocó unas gafas de sol muy oscuras y volvió su rostro hacia mí.

«Fotografiar personas es violarlas», me dijo, «pues se las ve como jamás se ven a sí mismas, se las conoce como nunca pueden conocerse; transforma a las personas en objetos que pueden ser poseídos simbólicamente.»

La fotógrafa, con su larguísima y prístina melena al viento, alta y espigada como una bailarina rusa, seguía revoloteando a nuestro alrededor, con gesto extremadamente serio, enfocando y disparando la cámara cuando lo creía conveniente.

«Las fotografías son quizá los objetos más misteriosos que constituyen, y densifican, el ambiente que reconocemos como moderno. Las fotografías son,

en efecto, experiencia capturada y la cámara es el arma ideal de la conciencia en su talante codicioso.»

Al oír esas palabras me pregunté si me estaba hablando a mí en realidad. Yo era dolorosamente consciente de mis limitaciones intelectuales, a las que había que sumar mi deficitario uso del inglés, pero aun así me incomodaba que no esperase ni la más exigua respuesta por mi parte.

«Pero educarse mediante fotografías no es lo mismo que educarse con imágenes más antiguas, más artesanales.» A lo que añadió, enderezándose un poco en la silla y colocándose bien las gafas de sol sobre el puente de la nariz: «El hecho es que toda la conciencia y toda la reflexión occidental sobre el arte han permanecido en los límites trazados por la teoría griega del arte como mimesis o representación. Debido a esta teoría el arte en cuanto tal, por encima y más allá de determinadas obras de arte, llega a ser problemático, a necesitar ser defendido. Y es la defensa del arte la que engendra la singular concepción según la cual algo que hemos aprendido a denominar “forma” está separado de algo que hemos aprendido a denominar “contenido”, y la bienintencionada tendencia que considera esencial el contenido y accesoria la forma».

Era como si estuviese hablándole a una cámara de televisión, como si estuviese respondiendo a las preguntas de un entrevistador invisible. O bien como si me hubiese tomado por un alumno o discípulo aleatorio y me agasajase recitando un texto escrito por ella previamente.

Fue entonces cuando me señaló con el dedo índice de la mano derecha, como si pudiese leer mi mente, y me dijo con voz profunda, verdaderamente profética, algo relacionado con el poder del arte y con la incomodidad del escritor ante ese poder y sobre la ironía y la inevitable necesidad de interpretar.

Me dijo varias cosas más antes de agarrar su cuaderno y ponerse en pie. Cosas que yo iba a olvidar durante mucho tiempo y que recordaría en el justo

momento en que me resultaran útiles; es decir, poco después de salir del hospital, cuando me dispuse a reconstruir parte de mi historia.

Cuando apartó la silla metálica y, con el cuaderno en la mano, se dispuso a darse la vuelta para regresar al pueblo, la fotógrafa se le acercó y le pasó el brazo por encima del hombro. Fue un gesto de afecto y de cuidado.

Antes de empezar a alejarse, se volvió una última vez hacia mí y dijo: «Lo que ahora importa es recuperar nuestros sentidos. Debemos aprender a ver más, a oír más, a sentir más».

La fotógrafa soltó una risotada grave, rasgada, y le dijo a su compañera casi en un susurro: «Ahora no, por favor. Déjalo un rato».

Las vi descender por la rampa sin levantarme de la silla. Tal vez algo menos decepcionado entonces por el hecho de estar en Lisboa. Notando la potencia del sol en mis antebrazos ya bronceados. Notando también la grandeza del océano a mi espalda, un océano que desde allí llegaba hasta las lejanísimas costas de América. Sabiéndome, en definitiva, en el fin de la tierra.

Años después descubrí, de manera totalmente fortuita, que aquella mujer era Susan Sontag. Tardé algo más en saber que la fotógrafa que la había abrazado con tanto cariño y delicadeza era Annie Leibovitz. Ese desconocimiento por mi parte ayudó a que durante mucho tiempo el recuerdo de ese encuentro quedase relegado a un sector periférico de mi memoria. También ayudó el hecho de que mi capacidad intelectual estuviese en aquel tiempo lejos de poder valorar de manera adecuada lo que me dijo la escritora neoyorquina.

Aunque creo que el principal motivo de que dicho encuentro quedase definido durante años como una especie de efecto secundario o colateral del descorazonador viaje a Lisboa fue que lo que de verdad me interesaba en aquella época era otra cosa: quería ver mundo. Es cierto que durante mi último año en el instituto había decidido que quería ser escritor, pero en mi

conciencia todavía pesaba mucho más ese otro anhelo. En aquellos años aún estaba convencido de que había que vivir experiencias para poder valerse de ellas a la hora de escribir.

Por aquel entonces pasaba los veranos en el pueblo de mi madre, Palomas, en Extremadura. Durante mi adolescencia, el pueblo significaba una más que deseable alteración de la cotidianidad estival; de hecho, la única alteración posible. Todos los años, los chicos del barrio, agotados ya los escasos placeres del farragoso verano en la ciudad, íbamos desapareciendo escalonadamente en pos de destinos relacionados siempre con nuestras respectivas familias y sus lugares de origen.

Debido precisamente a lo limitado de mis experiencias, para mí el pueblo, hasta los dieciséis o diecisiete años, había entrañado cierta dosis de aventura; si bien una aventura teñida de un creciente tedio monocromático. El pueblo significaba ir de pesca con el mayor de mis primos. Significaba beber cerveza en un puñado de bares diferentes durante la hora del aperitivo. Acudir a las fiestas y ferias de los pueblos de los alrededores e intentar ligar con lugareñas amables de acento pausado. Y significaba, cada vez con mayor intensidad, esperar a la puesta de sol para agarrar la bicicleta y llegar a algún altozano desde el que mirar al infinito en un amago autodidacta de lo que años después sería para mí la meditación.

Pero el pueblo, inevitablemente, se me había ido quedando pequeño casi sin darme cuenta. Esa clase de vacaciones en casa de mis tíos me sabían ya a comida recalentada. Es cierto que había aprendido a amar el paisaje extremeño, mucho más rico y variado de lo que me había permitido creer siendo niño, pero yo quería ver mundo. Montar en aviones de línea comercial, volar a grandes ciudades de Europa y América. Quería atravesar el mar o fotografiarme frente a edificios conocidos y escuchar el resonar de mis pasos en los corredores de prestigiosos museos. Quería atesorar experiencias, tachar nombres de mi lista de lugares deseables, construir por fin anécdotas valiosas con las que poder presumir, entre otras cosas, de cosmopolitismo.

Por eso ese primer viaje a Lisboa desde Palomas, propuesto por mi hermana, que estaba allí de paso con su novio, y ratificado por dos de mis primos, iba a suponer para mí un logro mayúsculo; a pesar incluso de la precariedad. Lo entendí al instante como la primera piedra de lo que quería que fuese mi vida a partir de ese momento. Después de todo, y a pesar de no ocupar una posición destacada en mi lista, Lisboa iba a ser el primero de los nombres tachados.

En ese sentido, puedo afirmar ahora, desde la perspectiva que ofrece el paso del tiempo y una vez recuperado el sentido del encuentro con Susan Sontag, que ese primer viaje a Lisboa contenía todos los viajes que vendrían después. No solo los viajes, a decir verdad, sino también una manera muy concreta de entender el mundo y la vida, la realidad y la ficción, la percepción y la escritura.

Y no fue precisamente por Lisboa. La ciudad me decepcionó. Yo deseaba sofisticación, modernidad. Deseaba presente absoluto, futuro inmediato incluso. Ver el lugar exacto donde las cosas se cocían y se llevaban a cabo, donde se generaba lo que estaba por venir. Así imaginaba yo el gran mundo. Y lo cierto es que cuando cruzamos el puente 25 de Abril, justo antes de entrar en la ciudad, me dije que era eso justamente lo que iba a llevarme de Lisboa.

Sin embargo, las calles de aquella ciudad a finales de los años ochenta transmitían una tristeza palpable, una estática nostalgia imposible de pasar por alto. Mientras paseábamos por la Baixa o el Chiado, todo me parecía sucio y dejado, tendente a la decrepitud. Miraba hacia lo alto y solo veía postigos polvorientos clausurando ventanas de pisos viejos y posiblemente abandonados. Y la cosa no mejoró cuando ascendimos por las cuestas del barrio de Mouraria o atravesamos el laberinto de la Alfama, que olía a legumbres cocidas. Desde mi punto de vista, todos aquellos rincones eran ruinas silenciosas; la misma sensación que había dominado mi percepción de Barcelona en los años setenta.

Algunas cosas de Lisboa me gustaron a simple vista, pero lo que mi mirada echaba de menos en todo momento era sofisticación y modernidad. Echaba de menos el frenesí propio de un centro neurálgico. Las multitudes, el tráfico incesante, el ruido de la actividad humana e incluso la contaminación propia de las grandes ciudades occidentales. No quería belleza decadente, no quería ritmos pausados y bochornosa melancolía.

Me encontraba por fin en el extranjero, en una gran ciudad europea, pero no era el lugar en el que quería estar, en el que mi mente y mi sensibilidad querían ubicarse. Ansiaba aprovechar ese viaje porque cabía la posibilidad de que se espaciaran en el tiempo esa clase de desplazamientos y, sin embargo, nada de lo que encontraba a mi paso encajaba en lo más mínimo con las casillas mentales que había destinado para mis futuros recuerdos y anécdotas.

De hecho, nada volvió a encajar desde que cruzamos el puente 25 de Abril.

Y si he dicho antes que el viaje a Lisboa encerró todos los viajes que vendrían después es también por ese detalle: cuántas veces iba a sufrir estando en el extranjero esa clase de desavenencias entre la realidad y el deseo, entre el ansia y la vivencia.

Por eso iba a guardarle siempre rencor a Lisboa, por esos primeros paseos que echaron por tierra mis volubles expectativas justo después de haberlas levantado. Porque sí hubo un momento absolutamente excepcional en ese viaje, justo antes de llegar a la ciudad. Un momento sublime. Una revelación imperecedera. Una epifanía que también he podido recuperar ahora.

No planificamos el viaje, simplemente acordamos hacerlo un jueves por la noche y el sábado por la mañana nos pusimos en ruta. Viajamos en dos coches. Nuestra intención era pasar la noche del sábado en Lisboa y regresar al pueblo el domingo después de comer. La distancia por carretera era

aceptable a pesar de la brevedad de la estancia: unos seiscientos kilómetros entre ida y vuelta.

Podría decirse que la expedición estaba formada por dos bloques bastante bien definidos: aquellos que deseaban por encima de todo ir a la playa y visitar Lisboa les suponía una suerte de trámite, y aquellos a los que nos importaba algo menos eso de remojarnos en el Atlántico.

Unos cuantos kilómetros antes de llegar a la ciudad la carretera trazaba una amplísima curva hacia el norte con el fin de superar el estuario del Tajo por el punto más estrecho. Allí nos topamos con una imagen absolutamente poderosa, debido en gran medida a lo sorprendente de la misma: el Cristo Rey de la Almada, esa copia un tanto tosca del Cristo de Corcovado de Río de Janeiro. En lo alto de su elevadísimo pedestal blanco nos daba la espalda con los brazos abiertos como el que pretende proteger un secreto, pues Lisboa, oculta todavía por los últimos cerros, se mantenía a buen recaudo de nuestra vista. Mientras asimilábamos ese primer mensaje grandilocuente y un tanto críptico de lo que estaba por llegar tuvimos que detenernos en el peaje del puente.

Justo después tuvo lugar la epifanía.

Yo no había oído hablar nunca del puente 25 de Abril, no lo había visto en la televisión ni en ninguna fotografía. Ni siquiera se me había ocurrido pensar que entraríamos en Lisboa por el sur, cruzando el Tajo.

Al tomar el último tramo de la gran curva, el puente 25 de Abril se desplegó ante nuestros ojos como una magnífica aparición sagrada. Parecía una entidad arcaica, casi prehistórica, el último ejemplar de una especie animal de gigantescas dimensiones; algo así como un titán sereno, tumbado, capaz de flotar sobre el agua con una incongruente gracilidad.

El puente 25 de Abril es un puente colgante de acero de casi dos kilómetros de longitud, pintado en su totalidad de rojo y sostenido por dos altísimos pilares. La superficie sobre la que discurre el tráfico está formada por unas rejillas que producen un ruido muy característico. Pero lo que me

llamó más la atención en ese momento, la primera vez que lo vi en toda su extensión, fue su alucinante similitud con el Golden Gate.

El desajuste que produjo en mi conciencia el hecho de encontrarme, de forma tan inesperada, con aquella estructura mítica teñida por el inefable esplendor de todas las series y películas que había visto en las que aparecía el puente que franquea la bahía de San Francisco, provocó que mi percepción se ampliase de golpe. Mientras cruzábamos el puente, a nuestra derecha empezó a extenderse, blanca y dúctil, adaptándose a cada pequeña alteración orográfica, la ciudad de Lisboa. Y durante unos minutos, colapsado por lo que estaba viviendo, llegué a sentirme el protagonista principal de mi propia película.

Fue una experiencia de pura fascinación. El gran mundo, pensé entonces, tenía que ser justo eso: el punto exacto en el que la ficción y la realidad se dan la mano y conviven y se mejoran mutuamente.

Pero el torrente de emoción duró solo unos minutos. Ya he contado cómo fue toparme con las calles de Lisboa, qué supuso verme en lo que yo entendí al instante como un escenario abandonado. Porque descubrir las calles de Lisboa fue como viajar a toda velocidad hacia el futuro, o hacia el pasado, y comprobar que la trama había quedado borrada y ya nadie allí era capaz de recordar de qué iba la historia que transcurría en aquella ciudad.

Creo que es comprensible que le guardase rencor a Lisboa durante años. He viajado otras veces allí, pertrechado de material cultural y literario con la pretensión de envolver y enmascarar mi decepción primera. Nunca lo he logrado por completo. Porque Lisboa me indicó en aquella primera visita dónde iba a encontrarse durante mucho tiempo la grieta por la que se escaparía el sentido en mis futuros viajes. La fascinación y la frustración se sucedieron sin solución de continuidad, y yo debería haber entendido que la perspectiva con la que inicié esa nueva etapa de mi vida iba a comportarme más de un problema.

Tardé mucho en comprender, sin embargo, que yo no era de los que hacen

fotografías, de los que pretenden fijar el momento. Tardé tanto en entenderlo como en recuperar las palabras de Sontag. Ella me dijo que «fotografiar es apropiarse de lo fotografiado», que «coleccionar fotografías es coleccionar el mundo», que la fotografía quiere «darnos la impresión de que podemos contener el mundo entero en la cabeza, como una antología de imágenes». Y no era eso lo que yo pretendía. En realidad, no buscaba anécdotas, tal como creía antes de llegar a Lisboa. Yo no aspiraba a la mimesis de la que también oí hablar a Sontag, yo anhelaba que forma y contenido fuesen lo mismo. Porque, en el fondo, como venía ocurriéndome desde que era pequeño, lo que yo buscaba era la verdad.

Llegamos a Cádiz en autocar. Viajaba con mi novia de entonces, Lena. Estábamos llevando a cabo algo parecido a un tour por el sur de España. Habíamos estado ya en Granada, también en Córdoba, e incluso habíamos tenido tiempo de visitar, aunque sin excesivo entusiasmo, la Expo de Sevilla.

Decir que en Cádiz hacía mucho calor sería mostrarse condescendiente. Sin embargo, a mí no me sentaba mal ese calor del sur, más radical que el de la costa catalana al que estaba acostumbrado, aunque también más seco y por lo tanto más respetuoso, menos invasivo. Llevábamos sobre nuestros hombros un buen puñado de kilómetros por carreteras regionales, y otros tantos realizados en tren desde Barcelona a Granada, pero yo me sentía energético, dispuesto a apropiarme con ansia de lo que se presentase ante mis ojos.

En esos años de mi primera juventud, todavía estudiante universitario, quería verlo todo, conocerlo todo. Nada me parecía poco, cualquier rincón podía resultarme exótico y digno de aventura. Cargaba con un par de libros y con una libreta pautada en la que iba anotando lo que pensaba que podría resultarme relevante en el futuro, cuando pudiese sacarle rendimiento literario. Nótese que he utilizado la expresión «en el futuro», pues en ese momento no habría sabido qué partido sacarle a la mayor parte de las cosas que me sucedían.

En la estación de autobuses de Cádiz nos estaba esperando el que iba a ser nuestro anfitrión durante los dos próximos días: Manuel María, al que todo el mundo llamaba Malili. En realidad Malili era amigo de mi hermana. Yo había aprovechado una estancia suya en Barcelona algunos meses atrás para

hacerme el encontradizo e incitarle a que me invitase a pasar unos días en la casa que tenía cerca del faro de Trafalgar.

He de decir que en cuanto puse un pie en Cádiz, o mejor dicho en cuanto empecé a notar el aire cálido y seco en la piel, en cuanto tuve la sensación de estar allí de verdad, supe que esos días iban a conllevar alguna clase de descubrimiento íntimo y personal. Aunque poco podría haber sospechado a esas alturas hasta qué punto iba a reelaborar el recuerdo de aquella estancia en años venideros en busca de consuelo o de motivación; particularmente cuando me vi postrado en una cama de hospital.

Recorrimos en coche la bahía, hacia el sur, camino de un lugar que yo no estaba todavía en disposición de ubicar en el mapa. Pasamos por Chiclana y por Conil de la Frontera. Guiado por el afán del que he hablado antes, intentaba empaparme de la amplitud de las vistas y del aroma del océano que entraba por las ventanillas bajadas. Con la desvergüenza de mis veinte años, por lo demás, pretendí mantenerme a la altura del ingenio y de la simpatía de nuestro anfitrión; sin mucho éxito, confieso, pues en cuestión de minutos me vi obligado a rendirme al imbatible poder del sentido del humor gaditano.

Durante ese desplazamiento, Malili no dejó de repetir una suerte de mantra que poco a poco, durante las siguientes horas, fue calando en mi manera de percibirlo todo ayudándome a ponerme en situación: «Aquí las cosas van a otro ritmo. Nada que ver con cómo hacéis las cosas en el norte». Nunca había pensado en mí mismo como un habitante del «norte», fuera eso lo que fuese, pero acepté sin rechistar la rotundidad de aquella sentencia.

Cuando estábamos ya cerca de Caños de Meca apareció ante nosotros una especie de cerro o colina boscosa que parecía surgida de la nada. En aquella zona eminentemente llana y más bien arenosa, casi un recordatorio del desierto que se extendía al otro lado del Estrecho, aquel montículo cubierto de pinos, de un verde radiante, llamaba poderosamente la atención. «Es la Cañada del Álamo», nos dijo Malili. «La casa está ahí arriba, en lo alto de ese cerro, que pertenece al Parque Natural de La Breña.»

Al poco abandonamos la carretera comarcal y nos adentramos en el Parque por un pedregoso camino forestal. Transmitía algo impropio aquel recorrido sinuoso que debía llevarnos a lo alto del cerro. El cambio de un paisaje a otro, de un ecosistema a otro podría decirse, me pareció demasiado radical. Finalmente llegamos al amplio claro donde se encontraba la casa. Desde allí, el punto más alto del cerro, se veía el mar, de un radiante azul en ese momento debido a la potencia del sol cenital.

Cuando llegamos, la esposa de Malili, Cristina, estaba cocinando: preparaba una apetitosa paella de verdura. Desde el primer momento, Cristina, cuyo acento gaditano era apenas perceptible, nos trató con una cortesía y un afecto desconocidos para alguien como yo, habituado a la discreta y distante formalidad propia de ese «norte» del que hablaba Malili.

Mientras acababa de hacerse la paella salimos todos fuera para tomar el aperitivo. En el exterior había una mesa grande de madera, como para diez o doce comensales, con varias sillas de plástico blancas alrededor.

Estábamos allí sentados, charlando despreocupadamente, cuando de repente, sin previo aviso, salido de entre los pinos, se manifestó el invitado sorpresa; el personaje que habría de condicionar por completo desde ese momento mi estancia allí.

«Este es John», nos dijo Malili mientras nos levantábamos para saludarlo. «Es un escritor famoso.»

No nos habían informado hasta entonces de que íbamos a compartir estancia con aquel escritor. Tampoco nos comentaron en ningún momento qué tipo de relación personal les unía a él, aunque desde el principio se hizo evidente que con Cristina mantenía un grado más elevado de confianza, posiblemente debido a que ella hablaba inglés con absoluta soltura.

John era bastante más bajo que yo y excesivamente enjuto para un hombre de su edad; debía rondar la cincuentena. Tenía el pelo cano casi por completo y la cabellera, corta y peinada hacia atrás, le nacía justo en lo alto del cráneo. Lucía una barbita bien recortada, esta sí totalmente blanca, que le daba un

aire de atildado caballero del siglo XVII o de resignado coronel del Ejército Confederado, si se prefiere. Viéndolo moverse, por lo demás, resultaba evidente que era un hombre elegante, delicado, aunque también viril a su modo.

Como cabe suponer, el hecho de que fuese escritor y además famoso generó en mí un interés muy superior a la simple curiosidad. Dado que temía que resultase patente que no era más que un joven ignorante, no quise preguntar sobre su obra ni sobre su persona en un principio, ni siquiera pregunté por su apellido. Procuré aplacar la sensación de vergüenza pensando que en cuanto escritor en ciernes no tenía por qué decir nada, que mi silencio me convertía en un digno y respetuoso colega todavía novato.

John, por su parte, no me prestó la más mínima atención durante el aperitivo. Sí le vi observar en un par de ocasiones, de soslayo aunque con mucha intensidad, a Lena, que estaba sentada en un extremo de la mesa con sus largas piernas cruzadas y los pies descalzos. También le oí hablar al menos en dos ocasiones antes de que se iniciase el ajetreo que conllevaba servir la comida. Su inglés tenía un matiz que yo no supe ubicar, pues no parecía ni británico ni estadounidense.

Comí en silencio, voluntariamente distante. Y después participé con desgana del ritual de la siesta, porque ni tenía sueño ni habría podido dormirme. El encuentro con el tal John me había inquietado más de lo que habría sido capaz de admitir. Él era lo que yo quería llegar a ser, aunque eso no implicase, al menos de momento, que le mostrase ninguna clase de admiración, porque, curiosamente, el hecho de sentir vergüenza a su lado me empujaba a distanciarme.

Por otra parte, Lena estaba tumbada en la cama, a mi lado, ajena a mis elucubraciones como siempre, lo cual no me resultaba de gran ayuda a la hora de enfocar mis pensamientos con la necesaria claridad. Lena tenía un par de años menos que yo. Era rubia, alta y muy delgada. Y resultaba atractiva de ese modo en que solo pueden serlo las personas a las que nada parece

pesarles. Se sentía sumamente segura y confiada de sus atributos físicos, aunque hacía gala de ellos con una candidez desarmante en la mayoría de las ocasiones.

A media tarde, una vez acabada la siesta, Malili y Cristina nos montaron a los tres en el coche y nos llevaron a ver el faro de Trafalgar.

El faro se asentaba sobre una exigua zona rocosa en una lengua de tierra que se adentraba en el océano como un lóbulo de arena. La carretera finalizaba en la misma base de la edificación, en una pequeña explanada vacía. No había nadie allí. No había nadie en kilómetros a la redonda; en aquellos remotos tiempos, algo así todavía era posible. Tan solo estaba el faro, con su imponente presencia: un enorme cilindro blanco coronado por una compleja estructura de lentes de cristal. Bien mirado, parecía inverosímil que la corriente del Estrecho no se hubiese llevado por delante aquella lengua de tierra abandonada.

Tal vez por esa especie de incoherencia física, pude notar estando ahí, junto a ese faro silencioso y solitario, una sensación difusa que hablaba de desolación y de supervivencia al mismo tiempo. Algo que me llevó a pensar, contra mi voluntad, pues he de recordar que no era más que un joven ignorante y entusiasta, que tal vez nuestro paso por la vida solo podía aspirar a esa clase de épica, la de la resistencia. Resistir es vencer, parecía proclamar aquel faro inútil cuya sombra empezaba a extenderse hacia el este. Supongo que ese fue uno de los motivos por los que me acordé tanto de Cádiz durante los días que pasé en la UCI del Hospital Clínic muchos años después.

En cualquier caso, ese lugar parecía encontrarse fuera del tiempo. Y si me hubiesen dicho en ese mismo instante que al entrar en las instalaciones del faro podría viajar al pasado o al futuro, lo habría creído a pies juntillas.

Tal vez, pensé entonces, se trate de uno de esos puntos geográficos que denominan «lugares de poder». Sitios muy específicos, muy delimitados físicamente, donde, por lo visto, confluyen diferentes líneas energéticas o

fuerzas telúricas que convierten esos lugares en algo único, cargado de posibilidades mágicas o espirituales o psíquicas.

En esas reflexiones andaba sumido cuando de repente oí la voz de John, a mi espalda, y eso me trajo de vuelta al presente; porque durante unos minutos me había olvidado de todo y de todos. Preferí no volverme para comprobar si me estaba hablando a mí o no. «La primera vez que estuve aquí, el paisaje estaba tan desierto que a veces era fácil pensar que mi pie era el primero en pisar un centímetro concreto de tierra, o en mover un guijarro en particular», dijo. Estaba a escasos centímetros de distancia. Su voz era apenas un susurro. «Sentí», prosiguió, «que algo dentro de mí se había liberado o se estaba liberando. Todavía no sabía lo que era, pero también sentí que aquello que hasta entonces había considerado en mí duro y correoso se estaba convirtiendo en blando y fibroso, y esas dos sensaciones parecían estar conectadas.»

Cuando pensé que no iba a decir nada más, pues llevaba más de un minuto en silencio, y estaba a punto de darme la vuelta para enfrentarme a su mirada, John volvió a hablar y me obligó a permanecer inmóvil. «¿Es esta mi educación?», me pregunté. «¿Estoy por fin aprendiendo algo de la vida aquí, en este espacio de tierra? Me pareció que la vida se representaba ante mí en escenas diferentes, y que todas estaban unidas entre sí. Tuve el presentimiento de que todas convergían, o amenazaban con converger en un significado único, aunque todavía no sabía cuál podía ser.»

John calló entonces. Y por el sonido de sus pisadas supe que se estaba alejando de mí. Al volverme definitivamente, vi su espalda erguida, ajena de nuevo. No había nadie más alrededor, Malili, Cristina y Lena estaban en la playa, a más de doscientos metros. Es decir, John había dicho aquellas palabras para mí. Me sentí tremendamente honrado, pero también abandonado por primera vez a mi suerte en un territorio inhóspito y desconocido.

Esa noche cenamos en Barbate, en un local de pescadito frito junto al

puerto. John solo pidió una ensalada verde, nada más, ni siquiera postre. Ahí fue cuando me enteré de que era vegetariano y de que su postura contra el consumo de carne y derivados animales era muy combativa, casi violenta. Ahí fue también cuando nos habló del libro que estaba escribiendo, una novela sobre Dostoievski, al parecer.

A mí me incomodó un poco que no me mirase ni una sola vez durante la cena. Tenía la impresión de que habíamos compartido algo junto al faro, algo breve y significativo, pero durante la cena se mostró distante conmigo. De hecho, estaba completamente centrado en Lena. Era a ella a quien dirigía sus palabras, a la que observaba con una vibrante intensidad solo aparentemente aséptica.

Yo había apreciado en la boca de John un leve gesto de viscosa lascivia dirigido a Lena, aunque intenté no darle importancia; posiblemente porque había bebido un poco más de la cuenta y mis intereses en aquella conversación discurrían por otros derroteros. Porque yo quería que hablase de literatura. Quería que explicase lo que suponía ser escritor; un escritor famoso, además. Y le pregunté al respecto. Pero él no estaba por la labor. Aunque sí dijo, casi con desgana, que si seguía dedicándose a la enseñanza se debía a que no solo le proporcionaba un medio para ganarse la vida, sino también porque así aprendía la virtud de la humildad, porque así comprendía con toda claridad cuál era su lugar en el mundo.

A pesar de que era ya muy tarde, cuando regresamos a la casa en lo alto del cerro estuve dando una vuelta por el salón y por el exterior con la intención de calmarme antes de meterme en la cama. Me detuve a ojear los libros que tenían Cristina y Malili en una de las estanterías y descubrí un ejemplar de una de las novelas de John. Era una vieja edición de bolsillo, con las puntas de la cubierta retorcidas. Obviamente, nunca había oído hablar de ella.

No me fui a dormir hasta acabar de leerla. La experiencia me resultó reveladora y extremadamente dolorosa a un tiempo. No solamente envidié no

haberla escrito yo, como venía pasándome desde hacía un tiempo con los libros que me gustaban, también me hizo sufrir el comprender, mientras lo leía, que con toda probabilidad jamás sería capaz de escribir una historia tan buena; entre otras razones, porque no tenía la más remota idea de cuáles eran los pasos a seguir para intentarlo. Por otra parte, he de decir que la lectura conllevó también una sensación algo menos amarga, aunque no por ello del todo gratificante: la idea de la autoafirmación. Es decir, no sabía cómo escribir bien, ni siquiera sabía cómo escribir con soltura a pesar de llevar algunos años intentándolo, pero refrendé que era a eso precisamente a lo que quería dedicarme.

Al levantarme a la mañana siguiente, supe que no podría volver a mirar a John del mismo modo. Tampoco yo era ya el mismo después de una lectura tan reveladora.

Tras el desayuno, y a pesar de que nos aproximábamos con cierta celeridad al mediodía, nuestros anfitriones propusieron llevarnos a la playa. «Un chapuzón y volvemos», dijo Cristina. Fuimos a un lugar llamado Caños de Meca. Desembocamos en una playa desierta, larguísima y muy ancha, después de recorrer un fantástico laberinto de caminos de tierra flanqueados por cañas amarillentas. Insisto en ello porque sé que hoy en día resulta difícil hacerse a la idea: estábamos en mitad del verano y no había nadie en la playa. Un potentísimo sol reinaba casi en el centro de un cielo azul sin nubes, aunque por fortuna corría una suave brisa de levante que, de vez en cuando, provocaba que se me erizase el vello de los brazos.

Sin comentarlo siquiera, Cristina, Malili y John se desnudaron por completo. Yo, con la intención de no pasar por el jovencito ingenuo e ignorante que era, aunque confirmándolo de nuevo por otros medios, también me desnudé intentando aparentar naturalidad. Lena me miró en un par de ocasiones, interrogándome con la mirada de forma evidente, pero yo no le ofrecí salida alguna. Me limité a decir en voz muy baja: «Son hippies. Ya sabes», como si con eso pudiese justificarme. Ella no se quitó el biquini.

Lena y yo nos habíamos conocido hacía dos años, en una fiesta en el Pueblo Español de Barcelona. Empezamos a salir juntos casi por inercia, porque en términos generales nuestros intereses más íntimos distaban mucho de desarrollarse en la misma dirección. Lena era una persona de una envidiable simplicidad: a pesar de su juventud parecía tener muy claro lo que quería de la vida, lo que podía esperar de ella incluso, y actuaba en todo momento siguiendo una pauta de coherencia que no tenía nada que ver con mis abstractos sueños literarios y mi errático comportamiento en tantas ocasiones. No le avergonzaba en lo más mínimo mostrarse siempre tal como era, evidenciar sus puntos de vista fuese cual fuese el entorno.

Curiosamente, que Lena no se quitase el biquini, un gesto a medio camino entre la vergüenza y la determinación juvenil, avivó el interés de John por ella. Recorría su anatomía con la mirada una y otra vez, a la mínima oportunidad. Y es que a partir de ese momento John dejó de esforzarse por enmascarar su deseo. Es más, en un momento en que nos habíamos sentado los cinco en las toallas después de una rápida incursión en el agua helada, John se vio obligado a levantarse discretamente e ir a dar un paseo solitario por la anchísima playa con el fin de aplacar lo que, de soslayo, me había parecido una indiscreta erección.

Supongo que la patente lujuria de aquel escritor, por famoso que fuese, debería haberme incomodado un poco siquiera, pero en aquel momento yo solo podía pensar en una cosa. Al mirar a John no veía a un patético hombre maduro intentando parecerle interesante a una jovencita que estaba a años luz de su zona de influencia. Veía al escritor. Así que eso es un escritor, empecé a decirme a mí mismo durante el desayuno, y lo confirmaba con cada pequeño movimiento de John. O sea que así es como se mueve un escritor. Así es como un escritor mira y así es como habla.

De hecho, mientras lo observaba caminar por la playa intentando relajar aquella incómoda erección, me vino a la mente un fragmento de la novela que había leído la madrugada anterior: «No se veía como un cuerpo pesado que

va dejando un rastro, sino como algo parecido a una partícula liviana sobre la superficie de una tierra demasiado dormida para notar el rasguño de las patas de las hormigas, el mordisqueo de las mariposas, el revoloteo del polvo».

Con el fin de secarme, me coloqué el bañador y me fui también a dar un paseo en la misma dirección por la que había visto alejarse a John. Me sentí de maravilla caminando sin más por la playa, con los pies descalzos, sintiendo la brisa en la piel. Confirmé en esos minutos algo que venía rondándome desde que puse el pie en Cádiz: que aquel lugar, aquel clima y aquella tierra, a pesar de lo mucho que en apariencia diferían de mi naturaleza barcelonesa, parecían pensados, o creados si se prefiere, para mí.

Fue entonces cuando surgieron los toros por entre las cañas que delimitaban la playa. Era una manada de unos seis o siete, mansos, rojos, y se adentraron lentamente en la arena, hacia el agua, ajenos a todo lo que les rodeaba. Ajenos principalmente a mi mirada. No sentí miedo. Todo lo contrario. El momento me resultó tan hermoso, tan poderoso en su singularidad, que tuve ganas de vomitar. Mi cuerpo parecía incapaz de asimilarlo.

Me dio la impresión de que algo muy íntimo de mi persona, algo sin duda todavía desconocido para mí mismo, se colocaba en su sitio sin hacer ruido, encajando a la perfección. Y si bien he tardado muchos años en descubrir qué pieza de mi ser era esa, puedo decir que fui consciente de que el encaje estaba teniendo lugar en aquel instante.

Al darme la vuelta, vi que John estaba a mi lado. Antes de hablar, asintió en mi dirección. Después dijo: «Rilke nos enseña que lo que llamamos belleza es sencillamente un primer presentimiento de terror. Nos postramos ante la belleza para agradecerle que renuncie a destruirnos».

Así que este es el tipo de cosas que ve y siente un escritor, me dije sumido en una embriagadora sensación cercana al éxtasis.

No bajé de la nube durante la comida, no recuerdo nada de lo que dijimos. Estábamos, no obstante, de vuelta en la casa del cerro. De eso estoy seguro

porque después de comer hicimos la siesta, o como mínimo yo sí la hice; también recuerdo que dormí solo. Supongo que Lena seguía molesta conmigo por la escena de la playa. Fue la mejor siesta de mi vida, un sueño tranquilo y reparador de unos quince o veinte minutos que a mí me dio la impresión que duraban una vida entera. Cuando desperté me sentí gozosamente resacoso. En ese estado dejé pasar las horas hasta el momento en que Malili nos propuso ir al chiringuito de un amigo suyo en el Camino del Faro de Trafalgar. La idea era pasar allí el rato hasta la puesta de sol.

El hecho de que el chiringuito también estuviese desierto, de que fuéramos nosotros los únicos ocupantes de la terraza, me lleva a poner en cuestión la verosimilitud de mi recuerdo. Entre otras razones porque el lugar era demasiado bonito, excesivamente perfecto. Pero así es la imagen que conservo: Cristina, Malili, John, Lena y yo sentados en la terraza, atendidos por un amigo de la pareja. Los cinco mirando hacia el océano, observando a lo lejos el difuso perfil de la costa africana, hablando sin decir nada relevante, pues el entorno lo era todo.

Me dejé llevar por completo por la languidez.

Resulta curioso que ese estado de languidez se pierda tan pronto y para siempre cuando se deja atrás la juventud. Todos los demás atributos tradicionales de esa época: el entusiasmo, los afectos generosos, las ilusiones y la desesperación, todos menos la languidez, aparecen y desaparecen a lo largo de la vida. Forman parte de la misma. Pero como dice Evelyn Waugh, «la languidez, la relajación de los músculos todavía no agotados, la mente que busca la soledad y se entrega a la introspección, solo pertenecen a la juventud y con ella mueren».

Pues bien, estaba yo entregado a esa languidez propia de la juventud cuando me pareció que la vida se representaba ante mí en escenas diferentes, y que todas estaban unidas entre sí. Tuve el presentimiento de que todas convergían, o amenazaban con converger en un significado único, aunque todavía no sabía cuál podía ser. Por eso pensé que era ahí, justo en ese rincón

del mundo y no en ningún otro, donde me gustaría morir. Sé que puede parecer un pensamiento marcado por la voluble rotundidad de la juventud, por el totalitarismo de esos primeros años de conciencia. Sé que puede parecer, por lo tanto, un pensamiento ingenuo, atractivo tal vez, pero perecedero como un amor de verano. Sin embargo, la idea se instaló en mi cerebro y todavía sigue ahí; incluso después de haber visto la muerte muy de cerca. Pero en ese momento, claro está, no pensaba en mi presente sino en un futuro brumoso y sin duda muy lejano. Porque sabía que todavía tenía todo por hacer.

Tenía que aprender a vivir como un adulto, por ejemplo. También tenía que aprender a vivir como un escritor. Y para ello, entre otras cosas, debía intentar escribir algo parecido a la novela de John; intentarlo al menos.

Así pues, había descubierto que ese era mi sitio, el lugar donde me gustaría que todo acabase y, al mismo tiempo, el punto de partida, pues ahí empezaba la búsqueda en la que iba a convertirse mi vida a partir de ese momento. Porque en cuanto me fui de Cádiz supe que la pieza desconocida que con tanta perfección había encajado en mi interior estando junto al faro de Trafalgar había vuelto a desencajarse sin remedio.

Pero yo aún estaba ahí. Todavía estaba el sol y el océano en calma. Iba a disfrutar durante unas horas de esa sensación de estar en el lugar y en el momento adecuados, de escuchar hablar a John un poco más, diciéndome: «Al final todos debemos dejar el hogar, todos debemos abandonar a nuestras madres».

O diciéndome: «La cuestión no estriba en cómo podríamos mantener la pureza de la imaginación, cómo protegerla de las agresiones de la realidad. No, la cuestión ha de ser esta: ¿podemos hallar una forma de que ambas coexistan?».

Llevaba ya unos cuantos años viajando con regularidad. Me sentía particularmente orgulloso porque a pesar de lo exiguo de mis ingresos, conseguidos siempre en trabajos temporales y precarios, sin relación ninguna con mis estudios o mi afán creativo, había convertido el hecho de viajar en algo cotidiano, presente como mínimo en mi planificación anual.

A mis veinticinco años, había recorrido Andalucía en autocar, había atravesado Grecia en un coche de alquiler, conocía buena parte del norte de Italia. Pero, sobre todo, había visitado algunas de las ciudades más grandes y hermosas de Europa. La primera, como ya comenté, había sido la decepcionante Lisboa, a la que no tardé en regresar para atenuar mi mala conciencia. Pero tras Lisboa llegaron experiencias más gratificantes en Roma, París o Londres. Caminando por sus calles, disfrutando de la historia y del presente, de sus callados rincones y de su frenesí, visitando sus museos y desplazándome en sus transportes públicos, entendí que amaba todo lo que tuviese que ver con la idea de ciudad.

Por eso llegar a Nueva York supuso para mí una suerte de culminación. Porque a mediados de los años noventa, Nueva York todavía representaba la ciudad en su máxima expresión. Nueva York seguía siendo, al menos a ojos de un joven obsesionado con viajar, el centro del mundo civilizado.

Nueva York, por otra parte, representaba también, en un grado superlativo, la segunda de mis obsesiones: la escritura. O, mejor dicho, la ficción. Para un consumidor compulsivo de productos culturales norteamericanos como lo era yo entonces, Nueva York era la Meca, o el Everest si se prefiere. O ambas cosas a la vez. Porque era un lugar al que peregrinar, pero también suponía

una conquista. Estaba convencido de que Nueva York sería para mí el lugar en el que, definitivamente y tal como había intuido al cruzar el puente 25 de Abril en Lisboa, me sería desvelado el Gran Mundo en todo su esplendor. Es decir: me encontraría en el punto exacto en el que la ficción y la realidad se dan la mano y conviven y se mejoran mutuamente.

En cierta medida, me veía a mí mismo como uno de esos ingenuos e inverosímiles personajes de las novelas de Paul Auster. O incluso como uno de los protagonistas de *Rayuela*: una suerte de buscador impenitente, un tanto bobo, sometido a los designios del azar. De ahí que fuese un férreo defensor del método que empleaba para viajar.

Porque mi pareja de entonces, Irene, y yo habíamos desarrollado un método para viajar basado en una drástica política que atañía a todas las fases del viaje. Solíamos escoger destino de un día para otro, basándonos en ocasiones en detalles nimios o muy aleatorios. Como ambos deseábamos, por encima de todo, ver mundo, cualquier lugar podía resultarnos atractivo para seguir tachando nombres de nuestras respectivas listas de lugares importantes. En ese tipo de cuestiones era en las únicas en las que no nos costaba ponernos de acuerdo. En más de una ocasión, por ejemplo, nos montamos en el coche para emprender desplazamientos de mil kilómetros apenas horas después de consensuar el destino. Cuando no alcanzaba con el coche, visitábamos decenas de agencias de viaje, o consultábamos las secciones de anuncios de periódicos, o leíamos con afán hermenéutico todo tipo de folletos publicitarios. Salíamos a la caza de los precios más ajustados, jugándonos a veces el escaso dinero del que disponíamos apostando por oficinas que, en cuestión de semanas o meses, podían desaparecer sospechosamente del mapa sin dejar rastro. Pero lo más destacado de nuestro método era que nunca sabíamos dónde íbamos a alojarnos hasta llegar a la ciudad en cuestión. Llegáramos a la hora que llegásemos. A veces disponíamos de las mínimas referencias para orientar nuestra búsqueda de hospedaje sobre el terreno, apuntes tomados de alguna guía no actualizada o

copiados de revistas que sacábamos de la biblioteca. En ocasiones el método se volvía más radical y ni siquiera teníamos un conocimiento rudimentario de la ordenación de la ciudad en la que caíamos. Sabíamos buscarnos la vida. Y siempre encontrábamos algo decente.

Ese método implicaba una elevada cuota de inseguridad y también de incomodidad y de cansancio, pues durante las primeras horas había que recorrer las calles cargados con maletas o mochilas, entrando y saliendo de hostales y pensiones, negociando como mercaderes hasta dar con algo aceptable. Pero pagábamos con gusto ese peaje porque entendíamos que el proceso entrañaba autenticidad. Viajar así, sin certezas, todavía conllevaba una buena dosis de aventura, de sorpresa. Desde nuestro punto de vista, en cualquier caso, dicho método nos alejaba de lo acomodaticio, de lo previsible; de lo burgués, en definitiva. Entendíamos que lo que nosotros hacíamos no tenía nada que ver con lo que acostumbraban a hacer los turistas. Y eso nos satisfacía enormemente, porque no queríamos considerarnos turistas. Por ingenuo que pueda parecer a estas alturas, tanto Irene como yo confiábamos en las palabras de Paul Bowles y todavía nos creíamos viajeros.

A mí, debido a la importancia de la ficción en mi vida, ese método no solo me valía: me identificaba con él. Por lo pronto, ahí estaba yo, en el centro del mundo.

En esta ocasión, fue en el mismo aeropuerto JFK donde nos dieron la referencia del YMCA cerca del Lincoln Center, en el centro de la ciudad como quien dice, donde acabaríamos alojándonos esa misma noche. Una habitación diminuta, con literas, un pequeño televisor en color colocado sobre una cómoda de madera marrón y una ventana que daba a la parte trasera de varios edificios anónimos altísimos. Al observar desde la habitación aquella explosión de pequeñas ventanas iluminadas que ascendían hacia el cielo me dije: si son así de impresionantes los edificios anónimos, ¿cómo debe de ser encontrarte frente a los rascacielos más conocidos? En el

pasillo que llevaba al lavabo y a las duchas, por lo demás, varios ventanales ofrecían una ilusionante panorámica horizontal de Central Park: copas de árboles coloreando la parte baja de un *skyline* que parecía dibujar los dientes desiguales de una sierra mastodónica.

Por la mañana, la fascinación seguía ahí, intacta. Me deslumbró que la gente no se saludase al entrar o salir del ascensor, que los tres jóvenes puertorriqueños que atendían tras el concurrido mostrador del hotel, que hablaban en español entre ellos, se negasen tozudamente a compartir su lengua con nosotros y solo nos respondiesen en inglés. Me enamoró pedir un café con leche aguado, malísimo, y llevármelo a la calle en uno de esos vasos de porexpán fino con el logotipo del centro, ver salir vapor por las juntas de las tapas metálicas de las alcantarillas, caminar por Central Park West, junto a la verja metálica del parque, como si fuese a reunirme con Holly Golightly. Todo me fascinaba. Estaba en Nueva York.

Pero el efecto iba a empezar a desvanecerse muy pronto, en cuestión de minutos, como el vapor que salía de las profundidades del subsuelo de la ciudad. Y fue por culpa de Morrissey.

Estábamos llegando a Columbus Circle, donde se encuentra una de las entradas más bonitas y monumentales de Central Park, cuando lo vi. A pesar de la falta de contexto, pues a Morrissey solo podía imaginarlo en Manchester o, como mucho, en Londres; a pesar de que estuviera bajando torpemente de una incongruente furgoneta con los cristales tintados que entorpecía el tráfico; a pesar del séquito que lo rodeaba, unas cinco o seis personas, con dos fotógrafos totalmente pertrechados entre ellas, de las enormes gafas de sol y del cambio de peinado y de estilo de vestir, no dudé ni un segundo. Esa forma de andar. Esa manera de colocar los hombros. Era Steven Patrick Morrissey.

Para quien no lo sepa, Morrissey lideró de 1982 a 1987 la que para mí había sido la mejor banda de la historia: The Smiths. Después de dejar tirados a sus compañeros por vacuas desavenencias contractuales, Morrissey inició

una carrera en solitario. Tuvo algún momento brillante, pero jamás logró las cotas de excelencia que alcanzó con su banda. Mi particular manera de mostrar rechazo ante lo que siempre me pareció un gesto egoísta por parte de Morrissey fue negarme a escuchar sus discos en solitario. Porque durante los últimos años de mi adolescencia y mi primera juventud había escuchado a The Smiths con auténtica devoción.

Nunca he rendido culto a personalidad alguna, aun sintiendo reverencia o admiración por el talento en multitud de ocasiones. A esas alturas de mi vida, por otro lado, todavía era básicamente tímido y silencioso. Pero al ver a Morrissey en Columbus Circle algo se activó en mi interior, un impulso irrefrenable que parecía escapar de las pautas que regían mi comportamiento habitual. Se debería, supongo, a la energía que me transmitía Nueva York.

«¡Morrissey!», grité sin previo aviso, y eché a andar hacia donde se encontraba antes de que se volviese hacia mí, dejando a Irene detrás, desconcertada. Ni siquiera di tiempo a reaccionar a su guardaespaldas, que no pudo impedirme el paso. Me encontraba a poco más de un metro de distancia de Morrissey cuando le tendí la mano y le dije: «Qué gran honor conocerte»; lo dije sin énfasis, aunque con el poder del reconocimiento más absoluto. Aún a día de hoy me pregunto de dónde salieron esa entereza y esa determinación. Me devolvió el saludo con esa desgana suya que antaño tan atractiva me había resultado. No sé por qué le dije que venía de Barcelona, en singular, sin añadir ni señalar a Irene, observando mi reflejo en el cristal oscuro de sus enormes gafas de sol. «¿Has venido desde Barcelona para el concierto?», me preguntó mostrando apenas un atisbo de interés. Supongo que le llamó la atención el componente anecdótico, la posibilidad de colgarse la medalla de semejante esfuerzo o sacrificio por mi parte. Yo le dije que no, que había venido a visitar la ciudad. Noté cómo me observaba desde el otro lado de sus gafas, escudriñando mis gestos, y me pareció que en su expresión iba ganando terreno el desinterés y la desidia. Para contrarrestar ese efecto, sabiendo que podía salirme el tiro por la culata, pues Morrissey llevaba años

esforzándose por evidenciar la distancia sideral que lo separaba de su pasado, le dije: «Joder, adoraba a The Smiths». A modo de respuesta, Morrissey miró al suelo, con agobio más que con aflicción, y le hizo un gesto al que debía de ser su agente o el representante de su compañía discográfica al tiempo que echaba a andar hacia la entrada del parque, dándome la espalda sin consideración alguna. Dicho agente, un tipo gordo y bajito, con una americana dos tallas más grande de lo que le correspondía, sacó algo de un maletín y me lo tendió con una sonrisa torpe. Era una postal de la carátula del último disco de Morrissey, *Vauxhall and I*, en la que se veía la cara del cantante mirando intensamente. Tenía su firma en una esquina.

La comitiva desapareció al atravesar la puerta enrejada que llevaba al interior de Central Park. Observé unos segundos la postal, como esperando que la imagen de Morrissey realizase algún tipo de aclaración. Alcé después la cabeza con la intención de gritar: «¡El verdadero genio de The Smiths era Johnny Marr!», pero no dije nada. Me guardé la postal en un bolsillo y regresé donde estaba Irene, todavía confundida por mi proceder.

No fue decepción lo que conllevó para mí ese encuentro; después de todo, no esperaba nada del traidor de Morrissey. Sí provocó que se instalase en mí, o mejor dicho que despertase en mí, una tristeza inabordable que parecía haber estado esperando el momento adecuado para manifestarse con violencia. Porque al ver cómo Morrissey se adentraba en el parque rodeado por su séquito, sentí que una parte de mi pasado, de mi vida, se alejaba para siempre agarrada de su mano.

A partir de ese momento todo empezó a desmoronarse con celeridad. No me refiero únicamente a que desapareciese como por ensalmo la fascinación que había marcado mi estancia en Nueva York durante esas primeras horas. Empezaron a tambalearse, hasta caer con estrépito, una parte esencial de los ejes que habían guiado mi vida hasta ese momento.

Pude disfrutar todavía de la Quinta Avenida, del escaparate de la joyería Tiffany's, del impresionante perfil del Edificio Chrysler o de la escalinata de

la Biblioteca Pública, pero tuve que hacerlo, como quien dice, a toda prisa, porque presentía que iba a ponerse en marcha bien pronto un innegociable efecto dominó.

La primera pieza cayó esa misma tarde en el Whitney Museum. Por una de esas extrañas casualidades que únicamente les suceden a los *auténticos* viajeros, acababan de inaugurar allí una gigantesca exposición dedicada al que era por aquel entonces mi pintor favorito: Edward Hopper. Obviamente, yo no lo había tenido en cuenta al planear el viaje, pues me había enterado de la muestra un día antes de subirme al avión. En cualquier caso, visitar la exposición se convirtió en uno de los puntos centrales de la estancia en la ciudad; al menos para mí, pues Irene no compartía mi entusiasmo por Hopper.

Irene era una persona muy exigente a nivel intelectual y, por extensión, también a nivel artístico. Hasta tal punto lo era que en ocasiones ni siquiera sus propios gustos estaban a la altura de su juicio implacable; lo cual incluso a ella le resultaba chocante. A su buena vista e intuición para las tendencias por venir, en cualquier caso, se sumaba un deje de obsesión a la hora de buscar referencias que la convertía en una preceptora fiable a todos los niveles, pero especialmente buena en todo lo relativo al ámbito de la cultura. Yo, que en ese sentido me había mostrado hasta entonces más romántico que ilustrado, más parlanchín que estudioso, aprendí a su lado el valor de la constancia y del rigor. Irene me obligaba siempre a plantearme mis gustos, mis criterios; entre otras razones, porque le costaba muy poco ridiculizarlos sin compasión.

Yo había escogido a Hopper como mi pintor favorito años atrás, cuando estaba trazando el mapa estético sobre el que quería moverme como escritor. Para mí, sus cuadros eran básicamente narrativos, contaban historias. Las contaban, además, desde el silencio y la soledad. Sus paisajes y sus personajes, siempre tan bien definidos, transmitían un anhelo inconcreto, una

especie de nostalgia por el infinito perdido enmarcada en ámbitos muy delimitados.

A pesar de la ilusión que me había hecho saber que la exposición coincidiría con nuestra estancia en Nueva York, esa tarde entré en la antigua sede del Whitney Museum, en la avenida Madison, constreñido por un temor también inconcreto. A medida que recorría las salas, sin embargo, fui sintiéndome más y más agobiado. En un principio pensé que se debía a la cantidad de gente congregada allí, pues siempre me han incomodado las multitudes. Pero al seguir observando todos aquellos cuadros con atención, entendí que no se trataba de eso. El problema radicaba en las propias pinturas, en su relación con mi persona. El mensaje claro y agradable que había encontrado siempre en la obra de Hopper estaba transformándose a ojos vista en otra cosa. Los espacios delimitados, incluso tratándose de amables paisajes, los colores cálidos, las miradas perdidas de aquellos silenciosos y solitarios personajes ya no me reconfortaban. Los cuadros me resultaban claustrofóbicos, angustiantes incluso. Para cuando llegamos a la última sala, entendí que no quería seguir allí, que me resultaba desagradable mirar aquellas composiciones, porque sentía que me constreñían, que eran como una especie de jaula para mi percepción. La antigua comodidad estética se había transformado en una especie de cárcel.

Salí del Whitney Museum completamente contrariado. Hopper se había acabado para mí, de golpe, y con él una visión supuestamente metafísica del arte; una visión que, para mi sorpresa, había resultado ser mucho más superficial y reductora de lo que había querido creer.

La segunda pieza del dominó cayó a la mañana siguiente, cuando íbamos en busca del famoso banco del cartel publicitario de la película *Manhattan*, de Woody Allen. La primera sorpresa fue descubrir, tras haber pasado ya por varias de las localizaciones de *Annie Hall*, *Otra mujer* y *Misterioso asesinato en Manhattan*, que la foto no fue tomada junto al puente de Brooklyn, sino

muy cerca del puente de Queensboro, concretamente en el parque Sutton Place.

Uno de los motivos principales de ese viaje a Nueva York había consistido, precisamente, en confirmar *in situ* algunos de los paisajes que conformaban mi particular mitología de ficción relacionada con la ciudad, en la cual Woody Allen tenía por aquel entonces un papel preponderante. Sin embargo, debido al proceso que se había puesto en marcha en mi interior, encontrar dichas localizaciones más que un placer supuso una extraña obligación. Fui constatando la realidad de esos lugares como lo habría hecho una especie de topógrafo de la intimidad: con la voluntad de atestiguar que seguían en su sitio, a salvo de cualquier vaivén, los puntos imprescindibles que delimitaban una concepción estética basada en mi particular enfoque de la ficción.

No sirvió de nada. El chasco que sentí al llegar a Sutton Place fue mayúsculo. Allí no había banco alguno. Al parecer los habían quitado. O tal vez simplemente no habían existido nunca. Cabía incluso la posibilidad de que solo hubiesen colocado allí aquel banco para tomar la fotografía del cartel promocional de la película.

Me sentí profundamente desencantado, como el que despierta de un sueño delicioso para descubrir que sigue postrado en una cama de hospital debido a una grave dolencia cardíaca. De repente, Nueva York al completo, o mejor dicho *mi* Nueva York, me pareció un decorado de cartón piedra. A pesar de todo, seguí luchando casi hasta el final de mi estancia por mantenerlo en pie.

La siguiente pieza fue una suerte de extensión significativa de lo ocurrido el día anterior en Sutton Place. Íbamos camino de los Cloisters, situado en el extremo norte de Manhattan, en Inwood. Los Cloisters es un monasterio falso construido a partir de las partes de cinco o seis monasterios medievales europeos; a pesar de la distancia, forma parte de las instalaciones del Metropolitan Museum. Ir allí no había sido iniciativa mía. Si no recuerdo mal, Irene creía que se trataba de una verdadera reconstrucción piedra a

piedra, al estilo de *Ciudadano Kane*, de un monasterio francés y le hacía gracia ir a dar fe de la excentricidad.

Tomamos un autobús, como hacia la mitad de Central Park, que debía llevarnos hasta allí. Pero el viaje era muchísimo más largo de lo que habíamos supuesto. Mientras avanzábamos por la avenida Madison todo transcurrió con normalidad, pero a medida que nos adentrábamos en Harlem empecé a fijarme en un detalle curioso e inquietante: habían ido bajando todos los pasajeros blancos y ya solo quedaban afroamericanos y latinos. Y luego estábamos nosotros. Yo todavía podía pasar por alguien del barrio, un advenedizo tal vez, pero Irene era rubia y tenía los ojos de un llamativo azul claro. Para completar el cuadro, llegados a un punto de Harlem, después de haber visto ya varios grupos de personas alrededor de bidones con alguna clase de material ardiendo en su interior, en una zona donde la mayoría de los edificios de ladrillo rojo que flanqueaban las calles tenían las ventanas tapiadas, el conductor del autobús, también blanco, se bajó del mismo y dejó el volante en manos de un conductor negro. Nosotros, que habíamos querido ir en autobús para evitar lo que los locales denominaban estaciones de metro «poco seguras», nos arrugamos un poquito en nuestros asientos al notar las miradas de los otros viajeros. Esas calles, pensé sin decirle nada a Irene, no parecían pertenecer a Nueva York. En todo caso, no pertenecían a la versión de la ciudad que yo tenía en mente.

Llegamos sanos y salvos a los Cloisters y lo visitamos sin descubrir o encontrar nada digno de mención más allá de las vistas, pues estaba situado en una colina elevada que ofrecía una panorámica espectacular no solo de Manhattan sino también de Jersey City, al otro lado del río Hudson.

El viaje de regreso al Nueva York conocido fue más tranquilo, pero me llevó a pensar de nuevo, con más intensidad, que estaba adentrándome en un decorado. Un decorado que, en buena medida, había construido para mi uso y consumo privado, prescindiendo por completo de cualquier parecido con la realidad.

Hasta ese momento, siempre había ubicado los cuentos que escribía en otras ciudades, ciudades que había visitado pero que apenas conocía, a las que les otorgaba una mitología particular que, precisamente por desconocida, me parecía poderosa y significativa. Si una de mis historias tenía lugar en una ciudad importante, con un montón de anécdotas y un glorioso pasado a sus espaldas, la historia sería importante. Pero camino de Central Park, cuando dejamos atrás las ventanas tapiadas y los grupos de desocupados alrededor de bidones ardientes, entendí que ya no podría seguir confiando ciegamente en el mero poder de nombres como Roma, París, Londres. O Nueva York.

Iba a tener que encontrar nuevas mitologías. Y tendría que hacerlo en un entorno conocido, tal vez incluso en la Vallcarca de mi infancia, porque era imposible descubrir la esencia de nada, por mucho que uno se creyese viajero y no turista, estando diez días en una gran ciudad.

Varias noches más tarde, me ocurrió algo extraño en el lavabo para hombres de nuestra planta del YMCA. Había ido a hacer pipí antes de meterme en la cama. Cuando salí de uno de los cubículos junto a las duchas y me dispuse a lavarme las manos, alcé la vista y vi que alguien había escrito un mensaje en inglés en el enorme espejo que se extendía, de punta a punta, sobre los lavamanos. El mensaje decía lo siguiente: «Si quieres tener sexo seguro, espérame esta noche aquí (y podía leerse la fecha del día) a las 23.30 h. Me llamo Mike». Por una de esas extrañas casualidades que únicamente les suceden a los *auténticos* viajeros, en ese momento eran exactamente las 23.25 h. Al constatarlo miré a mi alrededor con inquietud. No había nadie. No se oía ni el más mínimo ruido. El mensaje podía no ser más que una broma de mal gusto, como las pintadas en el interior de las puertas de los urinarios del instituto. Aun así, me apresuré a salir de allí lo antes posible.

En el largo pasillo de vuelta a mi habitación, me crucé con un chico que se dirigía a las duchas. Supe sin ninguna clase de duda que se dirigía allí porque llevaba un neceser bajo el brazo y porque iba descalzo y estaba desnudo a excepción de la toalla de algodón blanco que llevaba anudada alrededor de la

cintura. No olvidaré nunca su torso fibrado y lampiño ni su cabeza casi totalmente rapada. Era bastante más bajo que yo. De su expresión facial no puedo dar cuenta porque creo que con el paso de los años, y debido a la proyección que llevé a cabo casi inmediatamente, he ido mezclando los rasgos de varios actores norteamericanos jóvenes de aquella época. En cualquier caso, antes de cerrar la puerta de la habitación me pregunté si el tipo de la toalla sería el propio Mike o alguien que había respondido a su escueta y explícita convocatoria.

Mientras me desvestía recordé la película *Philadelphia*, que el año anterior había triunfado en los Oscar convirtiéndose en una poderosa reivindicación de la comunidad gay, habida cuenta del desconocimiento que todavía se tenía respecto al sida y del pavor que despertaba. Durante unos segundos no pude evitar imaginarme al tipo de la toalla cubierto de pústulas oscuras, demacrándose poco a poco como le sucede a Tom Hanks en la película y muriendo finalmente entre horribles dolores. No pensé en ello desde un punto de vista moral, desde el juicio o la condena, sino desde lo sentimental. De hecho, al pensar en la película tenía presente, por encima de cualquier otra cosa, la emotiva escena final con las imágenes de vídeo y el tema de Neil Young.

Lo que me dije fue: ¿qué empuja a una persona a hacer esa clase de llamamiento? Y también: ¿qué empuja a una persona a responder a esa clase de llamamiento? No podía tratarse simplemente de lujuria, de deseo sexual. O al menos yo no era capaz de entenderlo así. En aquellas palabras sobre el espejo yo había apreciado una desesperada soledad; aunque tal vez se debiese al estado en que me encontraba. Aquellas palabras destilaban una imperativa necesidad de intimidad, de contacto con otra persona, fuera quien fuese. Poder mirarse a los ojos. Reconocerse. Reconocerse para poder dar por buena la propia existencia y las propias necesidades. Una búsqueda universal, sí, aunque marcada en este caso por un toque muy sórdido.

Cuánta soledad. Una soledad que crece con la noche, me dije dejándome

llevar. Miré entonces a Irene que dormía, ajena a mis tristes pensamientos, en la litera de arriba, medio tapada con la sábana, de espaldas a mí. A esas alturas de nuestra relación, y a pesar de los ingentes esfuerzos, ambos sabíamos que la buena comunicación entre nosotros no dependía estrictamente de la voluntad. Queríamos compartir nuestros diferentes universos personales siguiendo un impulso de genuina bondad, pero la mayor parte de las ocasiones hablar incluso de las cosas más sencillas podía entrañar un choque planetario. Por eso supe en ese mismo instante que nunca le hablaría de lo que acababa de ocurrirme. Por eso me limité a reconocer al mirarla la profunda soledad que sentía en tantas ocasiones a su lado. Una soledad tan profunda y persistente, tan dolorosa e incomprensible, que provocó que años después mi conciencia apenas tuviese que esforzarse por borrarla de prácticamente todas las fotografías mentales de nuestros numerosos viajes.

A partir de ese momento encontré soledad al visitar la isla de Ellis y la Estatua de la Libertad, al pensar en los millones de inmigrantes que habían pasado por allí dejando atrás para siempre sus lugares de origen. Pero también encontré soledad en la ajetreada Wall Street o al verme al pie de las Torres Gemelas. La cuestión es que encontraba soledad allí donde miraba. También en lo alto del Empire State.

El Empire State era para mí un mito de la infancia. No solo lo había visto en centenares de películas y series, había leído sobre él y, sobre todo, me había deleitado con las fotografías del libro *Maravillas del mundo*, de la editorial Salvat; mi libro de cabecera durante años. Ya lo cité anteriormente y vuelvo ahora a él para destacar hasta qué punto ese libro fomentó, siendo niño, mi deseo de ver mundo. Gracias a aquellas páginas con fotografías a todo color de lugares fascinantes como el Machu Pichu, las pirámides de Egipto o el propio Empire State, fue creciendo en mí la idea de que había ciertos lugares en el mundo en los que tal vez podría escaparse de la grisura que lo envolvía todo en el barrio de Vallcarca allá por los años setenta.

Con la voluntad de apropiarme de los restos de ese ensueño me hice fotografías en la puerta del rascacielos, en el pasillo de entrada, en el ascensor. Fotografié los artesonados y todos los brillantes detalles *art déco*. Pero fue en vano. Tampoco iba a poder quedarme con el Empire State.

Al llegar a la azotea y recorrerla de un lado a otro, intentando trazar una panorámica fiable para el recuerdo de Nueva York; después de situar visualmente, en aquella maqueta a escala real, los puntos que habíamos visitado o dónde nos alojábamos; después de sentir un vértigo inigualable al sacar el brazo a través de la verja metálica que impedía asomarse al vacío; después de pasar allí más de tres cuartos de hora, intenté orientarme espacialmente para trazar la línea recta que desde allí, atravesando el océano Atlántico, llevaba hasta mi ciudad: Barcelona. Cuando di por bueno el ángulo, noté que me invadía una profunda sensación de derrota. De repente, me sentí muy lejos. Aunque no supe decirme de dónde me sentía lejos exactamente. ¿Era Barcelona lo que estaba lejos de aquí o era Nueva York lo que quedaba lejos de Barcelona? Por decirlo de otro modo: ¿dónde se encontraba realmente el centro de mi mundo?

A lo largo de mi adolescencia y primera juventud había ido trazando una sensibilidad que ahora, en lo alto del Empire State, me parecía ingenua y limitada. Iba a tener que aprender a mirar más allá. Iba a tener que aprender a verme a campo abierto, que esforzarme por lo que quería. Iba a tener que encontrar en Barcelona lo que había ido a buscar a Nueva York. Ya no tenía excusa alguna para no hacerlo. Porque había llegado a la Gran Manzana cargado con una maleta llena de cosas que me habían resultado útiles, pero sabía que regresaría a Barcelona con la maleta vacía.

No tenía ni idea de qué iba a hacer a partir de ese momento con mi vida, pero antes de salir de la terraza del Empire State en busca de los ascensores, y casi como el que cruza una frontera irreversible, me palpé el bolsillo trasero del pantalón, saqué de él la postal con la carátula de *Vauxhall and I* de Morrissey y la tiré a una papelería sin echarle siquiera un último vistazo.

Un par de años después de mi primer y único viaje a Estambul, en 1997, escribí un cuento en el que me serví de una parte de las experiencias que viví en esa ciudad para contar lo que creía que era una historia sobre la paternidad. El protagonista y sus circunstancias no tenían nada que ver conmigo: era un hombre mayor que yo, divorciado, agente de seguros en una pequeña sucursal de Almendralejo, sumido en el proceso de formalizar su nueva relación con una mujer viuda, madre de un niño preadolescente. Dicho protagonista había deseado desde muy joven ser padre pero no había podido serlo debido a alguna clase de problema médico; algo que no se explicitaba en ningún momento pero que se daba a entender que había sido el principal motivo para el fracaso de su matrimonio. En su presente, sin embargo, y gracias a la madre viuda, el protagonista dispone de una imprevista oportunidad, tal vez la última en su vida, para llegar a ser padre. El relato se centra en las primeras vacaciones de los tres, en Estambul, antes de iniciar la convivencia juntos, pues, como se dice en un momento dado, «cuando una relación empieza, es en los viajes, o sea en un lugar fuera de lo conocido, donde verdaderamente se pone a prueba la consistencia de la pareja».

Cuando pienso en Estambul, cuando intento rememorar lo que me ocurrió durante los días que pasé allí, me cuesta horrores recuperar del olvido los detalles de lo que realmente sucedió durante aquel viaje. Recuerdo como algo real, sin embargo, todo lo que escribí en ese cuento, lo recuerdo como si me hubiese pasado a mí, como si hubiese visto y sentido las cosas desde el punto de vista del protagonista.

El cuento empieza así:

«Lo primero que pensé al observar la fotografía fue que hacía mucho tiempo que no me miraba al espejo. Aunque poco después me pregunté si realmente me había mirado alguna vez, o más concretamente si me había visto alguna vez.

»No importa que en esa instantánea aparezcamos los tres —Ángela, Ricardo y yo—, ni que nos rodee una considerable cantidad de turistas que, al igual que nosotros, querían retratarse con la impresionante silueta de Santa Sofía a sus espaldas. Hay otras personas, árboles, bancos de metal, vendedores ambulantes... Pero es mi cara lo que más destaca en esa imagen. Mi cara parece querer escapar de las dos dimensiones del papel; es como si abriera una puerta oscura en mitad de la composición. Los tres sonreímos, pero en mi caso se trata de una mueca. Mi sonrisa es patética, y contrasta con las de ellos por su total falta de brillo; es una sonrisa petrificada.

»Lo que más me sorprende es que en ese momento yo no sabía lo que iba a suceder pocas horas después. Tampoco puedo decir que fuese consciente en ese momento de lo que había sucedido pocos minutos antes en el fumadero de narguiles. Yo no sabía nada, pero mi rostro encerraba la esencia del enigma que se había puesto en marcha».

Obviamente, esa fotografía no ha existido nunca. Pero sí existió una fotografía en la que aparecía yo junto a mi pareja de entonces, Irene, exactamente en ese mismo punto de Estambul. Y recuerdo la sensación que me invadió mirándola, ya de vuelta en Barcelona, al comprobar que aquel rostro sonriente, supuestamente mío, me resultaba ajeno e incluso desagradable, pues encerraba un misterio o un secreto que me veía incapaz de desentrañar.

A partir de ese inicio, el cuento se sirve de un amplio flashback que divide la narración en dos partes. En la primera se fijan las características principales del protagonista, se detalla también de dónde salió Ángela, cómo llegó a convertirse en su pareja, se habla de su hijo Ricardo y, especialmente, de los motivos ocultos que vertebran los preparativos para el viaje a

Estambul. La segunda parte del cuento, que sigue un patrón lineal hasta llegar al momento en el que el protagonista observa la fotografía estando todavía de viaje, a pocas páginas ya del final, está totalmente centrada en los días que pasan en la ciudad.

«Llegamos a Estambul muy cerca de la medianoche. Recorrimos el camino que había de llevarnos a nuestro hotel en un minibús junto a otras diez personas. Teóricamente éramos un grupo, todos viajábamos con la misma agencia e íbamos a permanecer en la ciudad el mismo número de días. A mí no me importaba su presencia (se trataba de tres parejas, sin hijos, y lo que parecían dos viejas amigas de unos cuarenta años), pensaba que tal vez podría ser agradable pasar algún momento con ellos, que tal vez podrían echarnos una mano en caso de necesidad o de conflicto. Pero Ángela dejó bien claro, en cuanto recogimos las maletas y nos reunimos con ellos y con nuestro supuesto guía en el vestíbulo del aeropuerto, que no tenía la menor intención de compartir su tiempo con nadie. “Iremos por nuestra cuenta”, le dijo al guía. Después me miró a los ojos y añadió en voz baja: “Quiero que estemos solos”.

»A esas horas de la noche, los retazos de ciudad que iban apareciendo al otro lado de los cristales me produjeron un incómodo desasosiego. Las calles estaban desiertas, iluminadas por una precaria luz anaranjada. No pude descubrir nada que me sirviera de referencia, ya fuera la silueta de algún edificio conocido o algún cartel en el que poder leer algo comprensible. Volví la cabeza para mirar a Ángela y a Ricardo, sentados detrás conmigo. Ricardo parecía cansado, había apoyado la cabeza en el hombro de su madre y tenía los ojos entrecerrados. Ángela, por su parte, tenía la mirada perdida en algún punto inconcreto de aquellas oscuras calles y su rostro transmitía una sólida sensación de certidumbre.

»El minibús se detuvo en un callejón a medio asfaltar detrás de una estación de tren. Como salido de la nada, el hotel se alzaba en la penumbra frente a una larga tapia de piedra cubierta de hiedra que impedía el acceso a

las vías. Parecía un lugar impropio para un hotel, menos aún para aquella mole alta y rectangular con aire de ministerio soviético. Sin embargo, se trataba de un hotel de cuatro estrellas, o como mínimo así figuraba en la placa que había junto a la puerta de cristal; mayor categoría, en teoría, de la que nos correspondía según lo que habíamos contratado.»

Al igual que va a ocurrirle a la pareja protagonista del cuento, en aquel anacrónico hotel Irene y yo tuvimos que dormir en camas separadas. Tal y como le sucede también al protagonista, al clarear el día me despertó la llamada a la oración; sonaba a todo volumen procedente de los altavoces colocados en un minarete cercano. Aquel despertar me obligó a admitir que me encontraba en una ciudad regida por el islam, un detalle que me resultó bastante más chocante que exótico.

«Ángela, Ricardo y yo dejamos el hotel», prosigue el cuento, «a las nueve de la mañana, solos, después de desayunar junto a la pareja de amigas cuarentonas, sin haber cruzado más de tres o cuatro frases con ellas. Bajo la luz de un sol radiante, el callejón del hotel había perdido por completo su carácter amenazador. La hiedra brillaba y podían escucharse con claridad, aunque no entendiésemos nada, los mensajes que llegaban desde la estación gracias a la megafonía. A lo largo de la tapia de piedra había ahora una extensa hilera de coches aparcados sin demasiado orden.»

Es cierto que la impresión de la primera mañana fue casi la contraria a la que tuve cuando llegamos allí la noche anterior. A la luz del día, aquel rincón de la ciudad no parecía amenazador sino, simplemente, recóndito y anodino; muy poco representativo, a decir verdad, de lo que intuía yo a esas alturas que debía de ser Estambul.

«Pasamos gran parte de la mañana en el palacio de Topkapi, recorriendo sus salas de armas y tesoros rodeados por una muchedumbre de personas sudorosas y haciendo cola durante más de una hora para poder entrar en la zona del harén. Después llegamos caminando hasta la Cisterna de la Basílica, en el barrio de Sultanahmet. Por la tarde, recorrimos el muelle de Eminonu y

nos adentramos en el Mercado de Especias. De vuelta al hotel pasamos frente a la entrada principal de la estación de trenes, la estación europea u occidental, como la llaman ellos, y descubrí (o más concretamente me descubrió Ángela) que allí se había detenido tradicionalmente el famoso Orient Express.»

Yo fui a Estambul como un turista cualquiera. Tal vez el enfoque de mis expectativas había variado desde mi viaje a Nueva York, pero a esa edad seguía deseando atesorar experiencias, crear recuerdos, conseguir postales íntimas y personales con las que poder llegar a construir un discurso que, tarde o temprano, hablase de mí y de mi visión del mundo. Para eso trabajaba, casi única y exclusivamente, para poder viajar. Pero de todas esas imágenes que teóricamente tenía que llevarme de Estambul, de todas esas instantáneas, no han quedado en mi memoria más que las líneas que acabo de relatar y las que vendrán justo después. Tal vez conserve de manera totalmente residual el recuerdo de algún otro rincón, pero sin duda no ha tenido nunca la entidad suficiente para que pudiese construir con él ni tan siquiera una anécdota.

«De la mañana siguiente, de todos los lugares por los que transitamos, guardo tan solo una serie de imágenes e impresiones carentes de cualquier hilo conductor. Recuerdo, por ejemplo, los pescadores que lanzaban sus cañas al agua grasienta desde lo alto del puente de Gálata, intentando atrapar algún pequeño ejemplar para, en teoría, poder vendérselo a los transeúntes. O el funicular subterráneo que nos llevó hasta lo más alto del barrio de Beyoglu, aislándonos durante unos minutos del intenso ruido, de las aglomeraciones constantes y del calor y la humedad. También recuerdo la inmensa plaza Taksim, que parecía ser el centro neurálgico de la ciudad moderna, a la que llegamos después de recorrer una concurrida y ancha avenida peatonal dividida en dos por los raíles del tranvía. Y la taberna minúscula, junto a una modesta mezquita, en la que comimos ensaladas y

carne de cordero aliñada con especias entendiéndonos por señas con el camarero.»

Yo había ido a Estambul como podría haber ido a cualquier otra ciudad de las muchas que quería visitar en aquella época, pero el protagonista del cuento, que ha viajado a esa ciudad con una intención concreta, como se explica en la primera parte del relato, poco a poco, a medida que recorre las calles de la ciudad, se ve sumido en una palpable sensación de extrañeza que muy poco tiene que ver con su voluntad, y confiesa: «Cuanto más me esforzaba por sentirme allí en aquel preciso instante, más sentía el muro invisible que me separaba de las cosas. Podía verlo todo, tocarlo todo, olerlo todo, pero las sensaciones surcaban mi cerebro con un ligero retraso, como si se tratara de una grabación, lo que provocaba en mí una intranquilidad creciente».

Como lectores del cuento, todavía no podemos saber por qué el protagonista se siente así, aunque disponemos de elementos suficientes para empezar a intuirlo. Por lo que a mí respecta, esa sensación de la que habla no me resultaba ni desconocida ni ajena. Hoy en día achacaría esa empatía con el malestar del personaje a lo elevado de mis expectativas como aspirante a escritor, a la disparatada e irrealizable voluntad de quedarme con todo lo que veía para poder utilizarlo después; un modo de enfocar mis viajes que no podía sino provocarme, incluso a corto plazo, una inevitable sensación de impotencia y de desánimo. Por decirlo de otro modo: el deseo de apropiarme ansiosamente de las cosas me distanciaba dolorosamente de ellas.

Volviendo al cuento, y justo después de ese somero inventario de recuerdos, la acción nos lleva al fumadero de narguiles, donde tiene lugar el misterioso encuentro que acaba por sumir al protagonista en una severa crisis personal que tiene incluso repercusiones físicas.

«En un primer momento, creí que habíamos entrado en aquel lugar, al que se accedía atravesando una verja metálica entre dos pilares de piedra, para ver alfombras. Desde la calle no podía apreciarse qué había más allá del grueso

tronco de una mimosa, a unos diez metros de la entrada. Era necesario recorrer un estrecho pasillo a cielo abierto y pasar frente a una amplia cocina para llegar al patio entoldado en el que se esparcían las mesas. Curiosamente, a la izquierda, bajo un porche rectangular, se exhibían toda una serie de alfombras y kilims de hermosos colores que colgaban de las paredes, y si uno lo deseaba podía cruzar una puerta baja medio escondida entre las telas y preguntar precios. Pero, en cualquier caso, aquel sitio no era precisamente lo que un occidental considera una tienda de productos de lujo. A la derecha del porche, entre árboles que escondían sus copas por encima de los toldos, se extendían quince o veinte mesas con sus correspondientes sillas de madera. Cuando nos detuvimos miré a Ángela esperando encontrar una respuesta, pero lo único que obtuve fue otra enigmática sonrisa.»

No recuerdo que me ocurriese nada destacable en el fumadero de narguiles. Puedo recordar el agradable aroma dulzón del tabaco de manzana que Irene y yo consumimos con fruición durante casi dos horas. También haber hecho una foto, por encargo de un turista danés, de una polilla gigantesca, aterradora por su desmesura, que estaba posada sobre un tiesto de barro; foto que jamás envié a pesar de haber conservado aquella dirección de Copenhague durante meses. Pero si me empeño en rebuscar en mi memoria algo significativo en relación con ese momento, lo que se dibuja en mi mente, como salida de la nada pero con una contundencia incontestable, es una imagen que no logro saber si inventé o no: el rostro del viejo de bigote cosaco.

Y es que a partir de ese instante ya no hay dos posibles versiones sobre el viaje a Estambul, solo queda la que ofrece el cuento.

«Había un viejo de pelo blanco y aspecto orondo que no dejaba de mirarme. Bajo una nariz ganchuda le crecía un bigote tupido y amarillento arreglado al estilo cosaco. Poco después, cuando ya estaba hablando conmigo, no pude evitar fijarme en sus ojos grises de mirada profunda. Su voz era rasgada y grave, parecía nacerle de lo más profundo de las tripas.

“Usted es español, ¿verdad?”, me preguntó sin esperar respuesta. Señalando hacia la puerta del lavabo [porque Ángela y Ricardo habían ido al lavabo] dijo: “¿Es su hijo?”. “Sí”, afirmé. Tardó unos interminables segundos en volver a abrir la boca. “¿Es un chico sano?” Aquel hombre me miraba con una fijeza abrumadora; hacía que me sintiera escrutado en lo más íntimo. “¿Qué quiere decir?” “Me refiero a si tiene alguna enfermedad.” Negué con la cabeza sin saber demasiado bien qué estaba haciendo. “¿No ha tenido ningún accidente? ¿Atropello, caída, golpe?” Volví a negar. El viejo le dio un par de intensas chupadas a la pipa sin permitir que el humo escapara de sus pulmones. “¿Por qué lo pregunta?” Esbozó una escueta sonrisa. “Esta noche he soñado con su hijo. Venía a mi casa. Estaba enfermo. Muy enfermo. Creo que había tenido un accidente, algo le había pasado. Estaba muy mal. Quería que yo le ayudase.” De nuevo, aspiró un par de veces el tabaco de su narguile. Ahora era yo el que no podía apartar la mirada de su rostro. “Yo ayudo a la gente... ¿Sabe a lo que me refiero?” Aunque asentí con un gesto estúpido, creo que ni siquiera había atendido realmente a sus palabras. “Ricardo es un niño muy sano. No le pasa nada”, dije de manera automática. Entonces, nuestra sincopada conversación dio un giro inesperado. El viejo de bigote cosaco se enderezó en su silla y perforando mi interior con sus ojos grises dijo: “Los sueños son solo un detalle. Muchas veces no son definitorios. Simplemente señalan hacia algún lugar”. Tras otra inacabable pausa, añadió: “También puedo ayudarle a usted”. “¿A mí?”, repliqué sorprendido, aunque sin poder evitar la aparición de un leve rubor. “Sí, claro. Por lo de su pequeño problema.” “¿Qué problema? ¿De qué problema me habla?” Me eché hacia atrás y topé con la mesa, haciendo caer al suelo la pipa del narguile. “Ya sabe... Lo de los hijos.” Intenté componer el gesto de perplejidad más convincente, irguiendo de forma exagerada los hombros, pero el vello erizado de mis brazos desnudos sin duda me delataba. “No sé a qué demonios se refiere.” “No tiene de qué preocuparse. Le pasa a mucha gente.” Estaba perdiendo el control, a pesar de decirme a mí mismo que

simplemente estaba conversando con un tipo curioso en un exótico fumadero. Deseaba mostrarle de algún modo a aquel hombre de bigote cosaco mi displicencia, algo que yo había detectado en las maneras de otros turistas, pero no sabía cómo hacerlo. “A mí no me pasa nada”, balbuceé apenas. “Mucha gente tiene miedo. Los hijos dan miedo. La muerte da miedo. Esa es mi especialidad: ayudo a superar el miedo.” Ya no pude responder. Mi mandíbula había quedado sellada, me limité a mirar hacia la mimosa que franqueaba la entrada al local. “Olvídelo. Siento haberle molestado”, concluyó el viejo volviendo a su narguile sin esperar ya que le dijese nada.»

La palabra clave aquí es *miedo*, obviamente. En el cuento, durante el encuentro con el viejo de bigote cosaco, se explicita aquello que ha venido intuyéndose desde el inicio de la narración: el protagonista está empezando a verse acosado por la ansiedad, teme no poder lograr lo que tanto anhela, precisamente ahora que lo tiene tan cerca. Porque en el fumadero de narguiles se alude por primera vez a la cuestión de la esterilidad, aunque a esas alturas del relato, y gracias a lo que se nos ha contado del protagonista en la primera parte, dicha esterilidad está vinculada en última instancia con la incapacidad para afirmarse como padre, más que con el hecho de llegar a serlo biológicamente.

Ese momento de desoladora autoconciencia va a verse fijado en el cuento por lo que ocurre justo después, cuando los tres personajes salen del fumadero de narguiles.

«Una vez en la calle, recién traspasada la puerta de metal, nos llamó la atención una nutrida aglomeración de gente en mitad de la calzada, frente al primer vagón del tranvía que iba en dirección a Sultanahmet. Varios pasajeros se habían asomado por las ventanillas sacando medio cuerpo fuera. El tráfico estaba detenido pero no se oían bocinazos ni imprecaciones, tan solo una suerte de murmullo grave que iba extendiéndose entre aquellos que habían ocupado la calzada y los que, como nosotros, se detenían a ambos lados de la calle para saber qué había sucedido. A pesar de nuestros

esfuerzos, no llegamos a entender nada de lo que comentaban a nuestro alrededor, de hecho estábamos dispuestos a reemprender la marcha cuando, de pronto, el corro de personas que había frente al vagón se abrió y de él surgieron dos hombres de uniforme cargando con un muchacho. La muchedumbre se abrió como un abanico para permitir a los agentes depositar al chaval sobre la acera, tumbado boca arriba, a un par de metros de donde nos encontrábamos nosotros. Su cara morena estaba bañada en sangre, de tal modo que resultaba imposible apreciar si le brotaba de la nariz, de la boca o de alguna brecha invisible bajo el flequillo también húmedo. Le habían sacado la camiseta, ahora de un color entre pardo y granate, y se la habían enrollado en el puño de la mano derecha formando un bulto deforme que invitaba a las más aterradoras suposiciones. Pero tal vez lo que más impresionaba era el aspecto de su rodilla izquierda, que parecía haber sido vuelta del revés formando un ángulo antinatural.»

El accidente, tal como había apuntado de manera muy sutil el viejo de bigote cosaco, abre definitivamente la compuerta de aquello que el protagonista ha estado reteniendo a duras penas en su interior. Y su gesto al fotografiarse va a traslucir lo que le ocurre, si bien él no sabe de qué se trata.

«Durante el trayecto hasta Santa Sofía, el punto exacto donde nos harían aquella foto en la que mi sonrisa acabó siendo una burda mueca petrificada, Ricardo no hizo una sola pregunta acerca de lo que acabábamos de presenciar. En un principio, pensé que tal vez no había podido evitar verse en el rostro del muchacho turco, al igual que me sucedió a mí, y que eso le había llevado a permanecer en silencio debido a la conmoción. Pero en cuanto llegamos a la enorme plaza arbolada que separa dos de las más famosas mezquitas de Estambul, sus risas y sus espontáneos comentarios relativos a los vendedores de souvenirs me hicieron pensar que se trataba de otra cosa, quizá el secreto placer de saberse a salvo, vivo y en buen estado de salud junto a su madre.»

Por aquel entonces, me obsesionaba la idea del accidente como elemento

narrativo. Me gustaba enfocar el uso del accidente como medio para posibilitar alguna clase de revelación; porque entendía que todo cuento debía conllevar una epifanía o un desvelamiento. Además, no creía en las soluciones mágicas, y desconfiaba del limitado poder de voluntad de mis personajes, así que no podía imaginar una mejor manera para desencallar situaciones regidas por la parálisis emocional o la imposibilidad, la clase de situaciones que solían acaparar toda mi atención como escritor incipiente, que una buena dosis de sorpresa, sufrimiento y descontrol.

A nivel literario, exclusivamente a nivel literario, entendía el dolor como una posible vía de superación personal.

En el cuento, sin embargo, el protagonista no va a tener que gestionar un dolor o una pérdida reales, pues tan solo va a ser testigo de un accidente que no le incumbe directamente, pero sí va a tener que lidiar a partir de ese momento con la idea del dolor y la pérdida, o con el carácter simbólico del dolor y la pérdida si se prefiere, lo cual va a resultarle igualmente intolerable.

«Los primeros síntomas de mi malestar empezaron a hacerse evidentes esa misma noche, más o menos a las diez, poco después de cenar», admite el protagonista después de tomarse la foto junto a Santa Sofía. «Desperté en mitad de la noche y no dejé de dar vueltas en la cama, sumergido en un estado febril. Oí la llamada a la oración que se repetía como una aguda sirena de alarma en la lejanía, y poco después observé sin mover un músculo los sigilosos movimientos de Ángela por la habitación», dice más adelante. «No necesitamos hablar demasiado para acabar concluyendo que lo más adecuado era que me quedara en la cama. Ángela y Ricardo saldrían a recorrer la ciudad sin mí. “¿Estás seguro?”, me preguntó antes de levantarse. En cuanto asentí, salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.»

Puedo afirmar con bastante rotundidad que no estuve enfermo durante mi estancia en Estambul. No pasé varios días encerrado en la habitación del hotel como va a ocurrirle al protagonista del cuento, acuciado por temores inescrutables que van a hacerle temblar de pies a cabeza. Sin embargo, no

tengo ningún recuerdo supuestamente real que contraponer a los que él relata en relación con su convalecencia.

«Permanecí prácticamente en la misma postura todo el rato, al borde del temblor y de la fiebre. Sentía cómo mi organismo padecía extrañas conmociones ajenas a cualquier sensación que yo hubiera experimentado hasta esos días, una alteración involuntaria que parecía impropia de un cuerpo humano, llegada desde un lugar exterior, como si debajo de mi cama hubieran instalado una estación de tranvías o una fundición de acero. Empezaba a tenerlo claro: algo se había puesto en marcha, algo ajeno a mi voluntad. Se trataba de un cortante presentimiento más que de una certeza total.»

Cabe la posibilidad de que, mientras el protagonista del cuento yace en la cama, Irene y yo recorriéramos el Bósforo hasta llegar a la diminuta población de Poyraz, desde donde se tiene una espléndida panorámica del Mar Negro. Pero ese improbable recuerdo se ve acosado en mi conciencia por los rastros de una lectura infantil que me impresionó sobre manera: *Kerabán el testarudo*, de mi querido Jules Verne, cuya acción discurre por esos parajes. Es posible también que cruzásemos en ferry hasta Üsküdar, y que desde allí pudiésemos observar a la perfección la icónica Torre de la Doncella. Pero esas irreales imágenes han quedado supeditadas en mi memoria a las que fijó en mi retina *El mundo nunca es suficiente*, la película de James Bond que vi años después de estar en Estambul.

Lo único que conserva un peso específico en mi recuerdo de esos días es lo que le ocurre al protagonista del cuento, cuya voz, he de admitirlo, encuentro ahora tan cercana a la mía, tan comprensible para el hombre que soy en la actualidad.

Es en este punto cuando la narración lineal de la segunda parte del cuento se encuentra con la cita que dio comienzo al mismo: el protagonista observa la foto en la que aparece junto a Ángela y Ricardo con Santa Sofía al fondo.

«En las fotografías incluso lo más cotidiano puede resultar, a veces, difícil

de reconocer. Hay cosas que vemos y utilizamos todos los días y que al verlas reflejadas en un papel brillante pueden convertirse en algo nuevo, ajeno, o al menos distinto, como si las fotografías tuvieran la capacidad de descubrir el único ángulo desde el que aún no habíamos mirado, o como si su potencial de penetración visual excediera cualquier expectativa del ojo humano, haciendo que cosas invisibles lleguen a ser visibles. Tal vez tenga que ver con el tiempo, con el hecho de que la imagen que ha quedado impresa ya no pertenece al tiempo, o en todo caso pertenece a otra categoría temporal. Tal vez se deba a que los límites físicos de la fotografía llevan a que la visión se centre por completo en lo que ha quedado enmarcado. En cualquier caso, no deja de ser sorprendente que una máquina sin voluntad propia, un objeto mecánico formado por lentes y diafragmas, pueda reflejar emociones secretas, revelar matices oscuros e inquietantes.»

Al leer ahora este fragmento pienso en lo que me dijo Susan Sontag sobre la fotografía. Este fragmento lo escribí mucho antes de recordar el encuentro que mantuve con ella en Lisboa, así que su mensaje debió de integrarse en algún rincón de mi percepción sin que yo llegase a ser consciente de ello. Por otra parte, lo que el protagonista dice aquí sobre la fotografía podría aplicarse perfectamente a la escritura, o como mínimo a mi visión de la escritura en la actualidad.

Pero volvamos al cuento, porque el protagonista sigue sumido en su particular descenso a los infiernos, aunque ya está a punto de llegar al final del viaje.

«Me invadió entonces un aluvión de imágenes no deseadas, surgidas al parecer de un depósito de memoria sellado hasta aquel momento. Imágenes que tenían que ver con Marisa, con nuestro fallido matrimonio, con nuestro estéril empeño de formar una familia. Entonces, como surgida tras una nube de humo, apareció la cara del viejo de bigote cosaco, diciéndome al oído con tono condescendiente: “También puedo ayudarle a usted. Ya sabe... Lo de los hijos”. Y sobre su cara se superpuso la del muchacho atropellado por el

tranvía para decirme, incorporándose de golpe, y tras dejar escapar un abundante vómito de sangre: “Mucha gente tiene miedo. Los hijos dan miedo. La muerte da miedo”.»

El protagonista ha perdido totalmente los referentes que le han permitido mantener el equilibrio hasta ese momento; un precario equilibrio, a decir verdad. Ve entrar y salir varias veces de la habitación a Ángela y Ricardo, comparten comida con él, le cuentan lo que han visto durante esos días en la ciudad, pero el protagonista ha dejado de sentir cualquier clase de conexión con ellos, como ha dejado de sentirla con el resto del mundo material, porque se encuentra totalmente atrapado por las fantasmagorías que crea su miedo.

Finalmente, sufre una especie de rapto:

«No puedo imaginarme ahora vistiéndome a trompicones, golpeándome tal vez la espinilla contra la cama o topando con el marco de la puerta al salir. Tampoco puedo imaginarme bajando en el ascensor junto a una pareja de viejos eslavos, o atravesando el hall sin saludar a nadie, protegiéndome con la mano a modo de visera del fulgor incómodo que vertían las aparatosas lámparas de cristal que colgaban del techo, o zigzagueando inútilmente, sin poder controlar mis pies, por el callejón nocturno a lo largo del muro cubierto de hiedra, o torciendo por calles desconocidas, guiado por un impulso que no me pertenecía, bajando escalones y más escalones, hasta llegar a la entrada de la estación de tren. Me resulta imposible visualizar el aspecto tétrico y desangelado de aquel espacio vacío, petrificado de mala manera en el interior de otro tiempo regido por una supuesta mayor civilización: los paneles anunciadores, las cabinas de teléfono de color azul, las taquillas mal iluminadas, los andenes y las vías extendiéndose hacia la oscuridad. No puedo ver nada de todo aquello con la mirada de esa noche. No puedo ver siquiera los dos bultos con forma humana en la lejanía (tal vez una mujer y un niño), junto a la puerta del restaurante de lujo rancio, propio del Orient Express. No puedo escuchar mi voz gritando los nombres de Ángela y Ricardo. Ni tampoco puedo escuchar el recuerdo de mi voz gritando que

necesitaba ayuda y que alguien debía encontrar al viejo de bigote cosaco. No puedo revivir de alguna forma mis actos, y sin embargo sé que todo eso ocurrió. Como sé que después ya no hubo nada. Caí al suelo y mis ojos se cerraron».

En aquel tiempo, a finales de los años noventa, todavía me asustaba mucho la locura; la posibilidad de padecerla yo, quiero decir. He comentado varias veces que mi ansioso afán por atrapar el mayor número de aspectos del mundo me distanciaba inevitablemente de la realidad. Supongo que por eso me asustaba tanto la amenaza de que la realidad empezase a desarrollarse por su cuenta, como a distancia, tomándome como simple testigo de cambios y transformaciones que no respondiesen a las leyes que regían mi percepción. O bien verme arrastrado yo, ya fuese de forma repentina o como consecuencia de algún proceso de desajuste, por alguna clase de impulso irracional que se apartase del desarrollo supuestamente objetivo de mi entorno. Es decir, me asustaba justo lo que siendo niño, y pienso en mi amigo Pepe, deseaba con tanto afán: alejarme de la realidad.

Eso es precisamente lo que le ocurre al protagonista del cuento. No aceptó la oferta del viejo de bigote cosaco y ahora lo lamenta, pues se ha visto igualmente arrastrado hasta la extraña orilla del mundo simbólico, o de lo subconsciente si se prefiere, sin ninguna clase de guía o ayuda, lo cual le ha resultado insoportable. No solo se ha visto perdido, se ha sentido superado por la brecha que lo separa de las cosas; de todas las cosas. Sin embargo, el hecho de entregarse a cierto grado de psicosis, saliendo a la calle en busca de ayuda de manera desesperada, es lo que va a salvarlo, lo que va a traerlo de vuelta al mundo de lo conocido.

«Cuando volví a abrir los ojos todo estaba iluminado. Tardé unos segundos en adaptar mi visión a la nueva panorámica. La estancia estaba limpia, olía suavemente a jabón de lavanda, y todo estaba colocado en el sitio justo, creando una atmósfera armónica, ingenua, casi fulgente, como si todo estuviese cubierto por una fina capa de barniz benéfico. Y allí estaba Ángela,

sentada en una silla, a mi izquierda, con las piernas cruzadas y los labios pintados de rojo carmín, envuelta por un círculo de luz. Ricardo, tumbado sobre la moqueta, ojeaba con indolencia una revista o algo parecido; daba la impresión de sentirse satisfecho y feliz de ser aún un niño. Se volvió hacia mí al escuchar la voz de su madre. Ángela sonreía. Recuerdo que me pareció mayor, una mujer gozosamente sumida en la madurez. Su mirada parecía transmitir una sabiduría a la que yo, sin duda alguna, no podía acceder sin su consentimiento. En cualquier caso, aquella escena no tenía doble fondo, no escondía nada; y tampoco existía en el mundo una máquina fotográfica capaz de captar su evidente perfección, plana y total. Intenté incorporarme, pero Ángela se me adelantó, extendió una mano hasta mi frente y la palpó, un gesto de cuidado que se transformó sin transición en una caricia.»

Así acaba el relato, con esa imagen de radiante bienestar.

Esta es de las pocas historias que he escrito en las que, al final, el protagonista parece conseguir un premio que supera sus mejores expectativas. La estampa que se desarrolla ante la mirada del protagonista, todavía tumbado en la cama, parece sacada de un catálogo estadounidense de los años cincuenta. Dicha estampa, por su perfección, por su supuesto carácter plano, sin dobleces, recuerda también a las primeras escenas de *Terciopelo azul*, de David Lynch, cuando recorremos el acomodado suburbio residencial y vemos la cerca de madera de un blanco inmaculado, las flores rojas recortadas contra el cielo azul sin nubes, los bomberos saludando despreocupadamente con la mano al pasar. El mundo parece un lugar bello y ordenado justo antes de saber que bajo esa satinada superficie late algo oscuro, desagradable, violento y peligroso.

En estas páginas no hay nada de eso, no hay bichos nauseabundos ni asesinos despiadados, entre otras razones porque estamos al final de la historia. Aun así, alguien podría preguntarse, ¿de dónde ha surgido toda esa calma y toda esa armonía? ¿Acaso se ha vuelto loco el protagonista? ¿Será

esta imagen fruto de su imaginación, de su delirio, provocado en esta ocasión por un potente antipsicótico?

A mí me gusta pensar que al protagonista, sencillamente, las cosas le han salido bien. Pasó por un momento terrible, acuciado por pesadillas e hirientes elucubraciones, pero las circunstancias han acabado poniéndose de su parte; en gran medida porque no supo o no pudo mirar hacia otro lado cuando sus miedos llamaron a la puerta y tuvo que afrontarlos a pecho descubierto. Es decir, ha sobrevivido a su particular descenso a los infiernos. Lo dejamos convaleciente en el hotel de Estambul, sin que sepamos cuánto va a tardar en recuperarse, todavía confundido a pesar de lo que ha declarado antes de poner el punto final a su historia. La experiencia ha sido impresionante, pero parece haber encontrado justo lo que anhelaba.

Y en lo que a mí respecta, ¿por qué esa historia ha suplantado a mis recuerdos? ¿Por qué lo que le ocurre a ese personaje ha acabado teniendo en mi memoria mayor relevancia que lo que me sucedió a mí mismo en Estambul?

Desoyendo lo que me dijo Susan Sontag cuando nos encontramos en Lisboa, he intentado interpretar lo que escribí hace veinte años: «Es precisamente el hábito de acercarse a la obra de arte con la intención de interpretarla lo que sustenta la arbitraria suposición de que existe realmente algo asimilable a la idea de contenido de una obra de arte». Y si digo que no lo he tenido en cuenta, dando por hecho que he podido cometer un error, es porque también me dijo: «La efusión de interpretaciones del arte envenena hoy nuestras sensibilidades, tanto como los gases de los automóviles y de la industria pesada enrarecen la atmósfera urbana. En una cultura cuyo ya clásico dilema es la hipertrofia del intelecto a expensas de la energía y la capacidad sensorial, la interpretación es la venganza que se toma el intelecto sobre el arte».

Pero es que yo andaba buscando una respuesta desde el intelecto. Porque, tras años de enfocar la cuestión a cierta distancia, con un recelo que hacía

crecer mi inquietud, suponía que ese cuento atesoraba una verdad que me correspondía desenterrar, una verdad molesta, escondida tal vez en los intersticios de lo narrado, invisible a simple vista, en cualquier caso; tal vez, pensaba, era algo relacionado con la que iba a ser mi futura paternidad. Sin embargo, esa verdad no estaba donde creía que iba a encontrarla.

Cuando escribí el cuento, entre 1997 y 1999, no tenía una experiencia directa de aquello de lo que pretendía hablar en ese cuento, la paternidad, así que tuve que fiarme de mi intuición; porque no sabía lo que era ser padre pero sí lo que era verse acosado por el miedo. Por eso me centré sobre todo en la estructura, que era donde yo podía ejercer un mayor control. Quería, por encima de cualquier otra cosa, que la narración funcionase como una maquinaria perfecta. Ya que no estaba convencido de poder transmitir el mensaje de manera directa, confiaba en que la forma narrativa actuase a modo de red donde quedase atrapado el significado. De ahí, entre otras cosas, la importancia del entorno, de que la acción discurriese en la ciudad de Estambul, pues como escenario aporta un significado propio, extra, relacionado precisamente con la idea de red, de telaraña, por su carácter enmarañado, un tanto caótico y sobre todo incomprensible para un occidental inexperto.

Y la cuestión es que esa forma que logré estructurar, gracias a la aportación de Estambul, fue capaz de contener un mensaje que solo ahora, después de pasar por el hospital, ha alcanzado para mí todo su posible significado.

En nuestra percepción, en el hecho de contarnos el mundo y a nosotros mismos, cruzamos constantemente, en uno u otro sentido, la frontera que separa el territorio de aquello que creemos verificable del territorio que creemos fruto de la invención, ya sea nuestra o de otros.

Durante años me ha resultado muy inquietante el hecho de no saber si ese olvido o distorsión de lo real a través de la escritura, en relación con mi viaje a Estambul, había supuesto una pérdida insalvable o si, por el contrario, esa

victoria de la ficción había acabado siendo la respuesta efectiva al ansia que alimentaba mi búsqueda enfermiza de la verdad. Ahora puedo decir que esa dicotomía, en lo que a contar mi vida o cualquier otra cosa se refiere, me preocupa bien poco. Creo que lo que realmente me acuciaba al pensar en el relato de Estambul más que la inquietud era un desagradable sentimiento de culpa.

Al pensar en cómo una ficción inventada por mí venció a la voluntad de objetividad de mi memoria, me he visto obligado a aceptar el inmenso poder de la palabra para crear realidad e incluso para anticiparse a ella. Porque este relato no solo hablaba de un anhelo secreto hasta hace bien poco para mí, de algún modo prefiguró cómo se desarrollaría, tumbado también en una cama, el futuro descubrimiento.

De hecho, es tal el poder de la palabra que me remitiré de nuevo a mi encuentro con Susan Sontag para decir: «Habrán ocasiones en que el escritor se sienta tan incómodo ante el manifiesto poder de su arte que ya dentro de la misma obra instalará —no sin una nota de modestia, un toque de ironía de buen tono— su clara y explícita interpretación».

El día 19 de abril de 2005, víctima de un cáncer en la cola del páncreas, murió mi suegro en la séptima planta del hospital de Bellvitge. Entró en coma por la mañana, después de una noche dramática, y su cuerpo pasó doce horas aferrándose a la vida hasta que dejó de respirar poco antes de las once de la noche. Al día siguiente, a la una y media de la tarde, su cuerpo sin vida estaba ya en el tanatorio municipal del Prat de Llobregat, esperando para ser enterrado.

Empecé la relación con la que acabaría siendo mi esposa en 2001, así que traté con mi suegro durante poco más de cuatro años, y nunca de un modo muy profundo o constante. Estaba más o menos al corriente de su día a día, también llegué a conocer algunos detalles de su pasado en las diferentes reuniones familiares, gracias, sobre todo, a los comentarios de sus dos hijas. No puedo decir, sin embargo, que lograra hacerme una idea sólida de quién era o quién había sido. Sí sabía que junto a su esposa y sus dos hijas, mi suegro se estableció en el Prat de Llobregat a principios de los setenta, proveniente de Madrid, tras una breve estancia en el barrio de Verdún, en Barcelona.

Llegamos al tanatorio municipal del Prat a eso de las tres de la tarde. Dar con él no fue todo lo sencillo que esperaba. Había obras en la carretera de la Bunyola, que todos allí llaman «el camino de la playa», la vía que lleva directamente al Cementiri del Sud, y nos vimos obligados a dar un enorme rodeo, no demasiado bien señalizado, para retomar dicho camino un poco más adelante, pasando junto a extensos baldíos cercados de aspecto un tanto siniestro, como de base militar secreta. El cementerio está fuera del núcleo

urbano, a cosa de un kilómetro de las últimas construcciones, casi en el punto medio exacto en la trayectoria hacia la playa, y está rodeado de campos labrados y sin labrar, y de alguna esporádica formación de árboles anónimos dejados a su suerte.

Dos cosas llamaron poderosamente mi atención cuando bajamos del coche frente a la puerta del tanatorio. Por una parte, el silencio. Un silencio que parecía presagiar un rugido futuro. Un silencio que se adaptaba a las curvas de la orografía y que ayudaba a dar cohesión a una zona heterodoxa con el aspecto de un territorio intermedio o descampado. No soplaba el viento, lucía un espléndido sol de primavera y no había una sola nube en el cielo. No pasaban coches por la carretera y el paisaje al completo estaba sumido en un curioso estatismo; tan solo unas cuantas figuras humanas se movían. Y ese fue el otro detalle que llamó mi atención: la gente que recorría el camino de la playa por el sendero de tierra paralelo al asfalto. Imperaban los pequeños grupos, dos o tres mujeres u hombres de mediana edad, en ropa deportiva o informal, muy distantes unos de otros y caminando prácticamente al mismo ritmo, un ritmo que podría denominarse de concentrada tranquilidad, como si se tratase de un acuerdo tácito.

Había oído decir que entre las gentes del Prat era habitual hacer ese paseo, recorrer el camino de la playa de ida y vuelta, para pasar la tarde haciendo un poco de ejercicio y conversando con algún amigo. Mi suegro, por lo visto, era casi un adicto a esa práctica. Lo que nadie me había dicho era que ese paseo, al parecer, tenía algo de religioso. No había iglesia alguna al final del trayecto, pero me dio la impresión de que se apreciaba en los que lo recorrían la férrea aunque relajada voluntad propia de los peregrinos. No sabía qué les reportaba dicho acto, hacia qué estaba enfocado o qué pretendían con ello más allá de desentumecer los músculos, pero en seguida me resultó evidente que aquel sendero encerraba una magia secreta, y que los que lo transitaban la daban por sobreentendida.

Al salir del coche y ponerme la americana negra, sin duda el atuendo más

adecuado para un acontecimiento que requería seriedad y apariencia de consternación, me dio por pensar en Fox Mulder y Dana Scully, en las docenas de veces que en *Expediente X* se les ve salir de coches aparcados frente a todo tipo de construcciones, incluso tanatorios, con aspecto serio y concentrado; Mulder solía vestir americana negra. Y también recordé a Clarice Starling y Jack Crawford entrando en aquella casa de pueblo para examinar a la que resultaría ser la primera víctima de Buffalo Bill en *El silencio de los corderos*; ellos con aspecto serio y concentrado, rodeados de dolor pero dispuestos a llevar a cabo su trabajo.

Pero las curiosas analogías cinematográficas no acabaron ahí.

Ascendimos la rampa que llevaba hasta una puerta de cristal y entramos en el tanatorio. Todo parecía nuevo, reciente e impecable como solo pueden serlo las dependencias municipales con poca historia y escaso tránsito. Todo era blanco, con pequeños detalles de color gris azulado y acabados de madera oscurecida. Abundaban las cristalerías de enorme tamaño y la luz natural.

Atravesamos un largo y ancho pasillo flanqueado por puertas a la derecha y ventanas a la izquierda, con vistas a la carretera y al concurrido camino de tierra que lleva a la playa, dejando atrás a una pareja de jóvenes que fumaban sentados en unos silloncitos de imitación de piel, y llegamos a la sala número 3. El espacio era de un blanco crudo y había en su interior unas cómodas sillas de diseño muy actual. También había otra puerta que llevaba a una estancia anexa, de la mitad de tamaño: el lugar destinado al ataúd.

Cuando llegamos a la sala 3, solo estaban allí la hermana de mi esposa y su marido. La sensación de vacío físico era palpable.

En la solemnidad de ese momento triste, justo antes de abrazar por primera vez a mi cuñada tras la muerte de su padre y de tenderle la mano con sobriedad a mi cuñado, me vino a la mente una escena de *El Padrino*. Posiblemente se debió a la mezcla del silencio que había sentido al llegar, la sensación de inminencia, la calma que transpiraban las dependencias del tanatorio, tan nuevo y aséptico, y sobre todo la soledad y el tenso desamparo

que leí en el rostro de la hermana de mi esposa. La cuestión es que recordé el momento en que Michael Corleone va a visitar a su padre al hospital después de haber sido tiroteado y descubre que no han dejado protección alguna, que los policías se han ido, prueba irrefutable de la traición, y decide quedarse para cuidar del cabeza de familia. Es uno de los momentos más tensos de la película, a pesar de que, en realidad, no llega a ocurrir nada. La cuestión es que también yo noté esa extraña tensión al sentarme, tras los saludos, como si alguno de los presentes acarrease sobre sus hombros no solo el peso de la muerte de un ser querido sino también el peso de la culpa o de la traición, la suya propia o la de otros; como si esperase a que alguien viniera para hacer algo indeseado, o bien como si no hubiesen llegado aquellos que tenían que llegar.

No habría sabido decir en ese momento por qué pensé en *Expediente X*, en *El silencio de los corderos* o en *El Padrino*. Lo que me dije al reparar en ello tiempo después fue: no debe de haber ya otro modo de entender la realidad si no es a través de símbolos de la cultura popular. Tal vez no pueda explicarse lo que a uno le sucede sin más, tiene que haber siempre un referente o un paralelismo asociado a una película o una música determinada que explique nuestras percepciones o nuestros sentimientos, porque nos sentimos siempre inseguros de dichas percepciones o bien lo que vemos no tiene categoría suficiente para ser explicado si no existe una referencia que lo avale.

Me mantuve sentado todo el tiempo que me fue posible, no mucho a decir verdad, y después me levanté para reunirme con mi esposa en la sala anexa, frente al ataúd.

Habían vestido a mi suegro con traje y corbata, y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Tal vez debido al aspecto que adquieren los cuerpos tras el paso por la funeraria, cuando alcanzan un estatus cercano al de las figuras de cera de los museos, tuve plena conciencia de que estaba y no estaba ante mi suegro. De él, de quien había sido él, ya no quedaba nada; por eso me sorprendió el hiperrealismo de su rostro. Su espíritu, su personalidad, su

memoria o lo que fuese que alberguen los cuerpos más allá de lo estrictamente físico, ya no estaba allí. Quedaba su rostro inerte, su cuerpo tenso, vacío, hueco.

No tardaron en concentrarse en la sala 3 una veintena de personas, en su mayoría vecinos de la hermana de mi esposa. Con la llegada de toda esa gente, que conocían al padre a través, cabe suponer, de los comentarios de la hija, la tensión empezó a diluirse; a mi cuñada, como mínimo, se la veía más relajada ahora en el papel de anfitriona del evento, acompañada por fin. Incluso el pesar dejó paso a la ligereza de conversaciones más o menos formales que se sucedían sin solución de continuidad.

La que empezó a sentirse incómoda entonces fue mi esposa.

Yo había pasado por algo similar cinco años atrás. En aquella ocasión sentí que la muerte de mi padre estaba más allá de la intimidad, que se había convertido en poco menos que una excusa para que un puñado de personas se encontrasen; no lo habrían hecho sin un motivo tan importante. Noté cómo un momento que yo suponía o esperaba de recogimiento se transformaba en una reunión social en la que, es cierto, acabaron imperando las risas y los comentarios jocosos. Me costó un tiempo comprender que un velatorio era ni más ni menos que eso, porque con su presencia viva, los conocidos certificaban que uno de ellos ya no estaba, daban fe de su marcha.

La situación cambió radicalmente cuando aparecieron los amigos de mi suegro. No era aventurado suponer que dichos personajes eran los auténticos garantes de su memoria, pues lo habían conocido en las diferentes fases de su vida y con una establecida continuidad, en momentos buenos y en momentos malos, en las alegrías y en las penas. Uno de ellos relató varias historias sobre momentos compartidos con el difunto.

Aquel hombre seguía hablando cuando me levanté y recorrí el pasillo hacia la salida acristalada. Sin duda no había sido consciente de ello, pero lo que aquel hombre estaba haciendo era transformar al padre, o al suegro, en ser humano, lo personalizó dotándole de una entidad que lo situaba a nuestra

misma altura, con sus pros y sus contras, con todas sus insignificantes y valiosas particularidades. De ese modo, su vida y su muerte se convertían en algo que nos atañía directamente, no ya como parientes o familiares, sino como personas. De repente, algo nos unía a todos en un solo magma deforme y en constante tránsito de un estado a otro. Porque el relato de esas anécdotas remitía sin más a la fragilidad que entraña el mero hecho de estar vivo.

Saqué una botellita de agua de la máquina que había junto al mostrador de entrada y atravesé la puerta para salir al aire libre. Recorrí la fachada de cristal hacia uno de sus extremos, el opuesto al de la rampa de acceso, al pie de la cual habíamos aparcado el coche, y me detuve junto al límite de la base sobre la que descansaba toda la construcción, incluida la capilla de enormes puertas de madera contrachapada en línea con el resto del edificio. Sobre mi cabeza se extendía un ancho voladizo de obra que proporcionaba una buena sombra bajo la que pasear erráticamente, que fue exactamente lo que hice.

No quería pensar en la muerte, no quería pensar en mi padre, no quería pensar en el constante e inevitable declive, por eso eché a andar sin rumbo y acabé apoyado en una columna con los ojos fijos en el descampado que se extendía hacia el sur, una extensa franja de tierra y matorrales que bordeaba uno de los costados del edificio del tanatorio y corría paralela a la primera verja metálica de las instalaciones del aeropuerto. Se alejaba hacia el sur hasta topar con unos montículos de arena que apenas podían denominarse dunas más allá de los indeterminados límites del cementerio; no había valla alguna, ni muro, ni nada que anunciase dónde se encontraba el límite de los terrenos municipales. Abundaban los hierbajos y las piedras, y hacia el oeste, unos cuatro metros más allá de la primera verja metálica, se extendía una segunda verja con un enorme cartel de AENA ilegible desde mi posición; sin duda alguna clase de advertencia. Entre una y otra verja corría un canal de agua apenas visible pero flanqueado de maleza de escasa altura. Era una zona anónima, anodina incluso, sin historia ni elemento alguno que la hiciese destacar.

Aquel pedazo de tierra representaba de manera exacta lo que se entiende como periferia: una zona de nadie entre la civilización urbana y el mar, entre las pistas del aeropuerto y las distantes construcciones industriales de la Zona Franca. En blanco y negro, habría parecido el escenario adecuado para una de las primeras películas de Jim Jarmusch. Sin embargo, todo era en color y estaba a orillas del Mediterráneo.

Cabe suponer que todo lo que hacemos o nos sucede tiene siempre un contexto, físico pero también asociado a unas determinadas condiciones de percepción, a unas circunstancias. Sin embargo, también hay lugares sujetos únicamente a sus singulares leyes de ubicación o a condiciones telúricas o de distribución espacial que los hacen especiales y únicos. Es imposible saber si ese extraño rincón de tierra sin atractivo aparente era uno de esos sitios, pero de repente, por el mero hecho de contemplarlo, dejé de notarme intranquilo y empecé a sentirme extrañamente reconfortado; algo similar, aunque con diferente significación, a lo que me había ocurrido años atrás junto al faro de Trafalgar.

En ciertas ocasiones, las manifestaciones más ostentosas de la vida pueden llegar a resultar insultantes. Sin embargo, la vida manifestada según aquellas modestas formas que se apreciaban a mi alrededor (hierbajos, piedras, una corriente de agua para riego, gorriones urbanos) era como una callada celebración, un recordatorio sobrio aunque poderoso. También precisamente por la carencia de detalles llamativos, la vida en ese sencillo rincón parecía poder captarse con una mayor potencia. A pesar de que a Susan Sontag no le habría gustado esta afirmación, podría decirse que allí la vida parecía más contenido que forma. El mar, por ejemplo, estaba presente, pero más como intuición que como hecho físico. Se presentía tras las dunas, podía olerse incluso y notarse el poso salado que le daba a la brisa, pero algo en el ambiente, en los alrededores y en la distribución orográfica del paisaje impedía no solo su visión sino apreciar el sentido de continuidad entre la tierra y el agua.

Tal vez resulte difícil de entender, pero solo entonces fui consciente de la presencia de los aviones.

En todo momento supe que estaba junto al aeropuerto, ante sus instalaciones, porque era imposible no tenerlo presente, pero los aviones, incluido su ruido ensordecedor, me habían pasado completamente desapercibidos hasta ese instante. Alcé la vista entonces y vi por encima de mi cabeza la reluciente panza de un DC-10 de Iberia. Al poco, pasó otro enorme avión plateado. Cada dos minutos, aproximadamente, un nuevo aparato despegaba las ruedas del suelo y, como si su ruta trazase una línea recta desde la pista central, iba separándose de su sombra, ganando altura con los motores al máximo, sobrevolando el tanatorio y dejando tras de sí un poderoso rugido.

Ya no pude evitar concentrarme en la interminable rueda de despegues, en el desfile de los diferentes modelos de aeronave y en el abanico de coloristas logotipos de las líneas comerciales. Llegado un punto, el rítmico trasiego se transformó en una especie de lento baile. El tanatorio, el descampado y el despegue de los aviones se convirtió en un todo armónico asociado de forma indisoluble a aquel espacio y aquel momento.

Cuando regresé al interior y recorrí el largo pasillo que llevaba a la sala 3, me topé de nuevo con el amigo de mi suegro; charlaba aún con mi cuñado frente a un ventanal que daba a un diminuto patio con cactus y malas hierbas traídas de dios sabe dónde. Los dejé atrás y entré en la sala, llena por completo de gente en ese momento.

Un consistente aunque respetuoso rumor se extendía por todos los rincones, impregnando lo animado y lo inanimado. Todo el mundo hablaba sin parar mientras en la pequeña sala anexa reposaba el cuerpo sin vida de mi suegro.

Me dio entonces la impresión de que todos los comentarios se fundían bajo aquel techo formando una sola conversación. De algún modo, me dije, esa es la función de esta sala: licuar las palabras, disolver las frases y

fundirlas para formar una única masa consistente y poderosa. Una masa de lenguaje con un objetivo: transformar actos en recuerdos, el presente en pasado; transmutar un ente vivo en palabras.

¿No se parecía eso al proceso de la escritura?

Aquella sala, el tanatorio al completo, era un lugar de tránsito entre la vida y la muerte, sin lugar a dudas, diría incluso que un lugar de tránsito entre lo físico y lo lingüístico. El muerto, con el cuerpo vacío ejerciendo de último testigo, se transformaba así en lenguaje para alcanzar lo que tenía que ser sin duda otro estadio de la existencia.

La sensación de transitoriedad era palpable. La reunión había cambiado definitivamente de significado, alcanzando un poderoso grado de cotidianidad. A esas alturas todos los que estaban allí no tardarían en irse y el cuerpo vacío de mi suegro dejaría en breve de ser cuerpo, de estar presente, de ser visible.

La distribución y la forma arquitectónica del moderno tanatorio del Prat, de hecho, posibilitaban la evasión. En la línea de los últimos proyectos para este tipo de instalaciones, se encontraba a medio camino entre el bungalow y la terminal de transporte de pasajeros. Desde el exterior, en una vista panorámica, parecía la obra de un Mies Van der Rohe mediocre, de alguien que hubiese querido estirar las propuestas del hermoso e improductivo pabellón para la Exposición Universal de 1929 hasta transformarlas en algo funcional, conservando el carácter apaisado, pero eliminando las aperturas.

La visión de la entrada principal, por otra parte, remitía en toda su horizontalidad a los cuadros californianos de David Hockney, sin sus arquetípicas piscinas, pero con su blancura y sus enormes cristaleras; el radiante azul celeste del cielo sin nubes en aquella tarde soleada de primavera ayudaba a completar la visión. El interior, de anchos pasillos y despejadas salas, con sus modernas sillas de diseño y sus reconfortantes ventanales, llevaba a pensar, siquiera a pequeña escala, en un aeropuerto o en una de esas asépticas estaciones para trenes de alta velocidad.

Desde ese punto de vista, no podía negarse que era un lugar agradable. Pero de la misma forma, no podía negarse que era un lugar excesivamente impersonal. Al entrar allí, me pregunté si una construcción así, con aire de bungaló en medio de la nada, era el lugar más adecuado para el duelo. Una vez pasado el clímax de la reunión, después de que aquel acontecimiento variase de signo para convertirse en el equivalente de una presentación literaria o la inauguración de una exposición, y a punto ya de marcharnos, volví sobre la cuestión.

Porque ante la muerte, ¿había que concentrarse e intentar captar algo así como un sentido último, o lo más adecuado era dispersar la mente, difuminar los límites con la mayor suavidad posible y entregarse al narcótico fluir del tiempo? ¿Realmente había en aquel acontecimiento un mensaje profundo, de base, o solo era posible captar una vez más los detalles periféricos e insignificantes, el contorno de un círculo vacío? Y de haber un mensaje profundo, ¿era responsabilidad mía, en cuanto escritor, encontrarlo? Porque yo no me sentía en esos momentos capacitado para hacerlo.

Tal vez la muerte no era ya para nadie algo oscuro y aterrador, algo que requiriese de un rito consistente y establecido, basado en el respeto y el estremecimiento, mediante el que asimilar la más dura de las imposiciones genéticas. Nada de llantos, de plañideras, de luto negro, de golpes de pecho, de dormir al raso entre los mayores de la tribu o de echarse ceniza sobre la cabeza. Tal vez la muerte no era ya más que una anécdota coyuntural en un mundo regido por la aceleración y la transitoriedad, una contingencia como otra cualquiera, y nadie podía computar ya el deceso de nadie, a menos que se tratase de alguien extremadamente cercano, como algo personal. De ser así, no tenía sentido alguno pensar en un lugar más adecuado para asimilar la muerte, porque cabía la posibilidad de que no hubiese nada que asimilar.

Ciertas cosas se vacían de contenido y otras se llenan y adquieren una trascendencia pagana y nadie puede afirmar el porqué de esas mutaciones.

Aun así, me pregunté cómo entendería cada uno de los presentes la

muerte. ¿Como un viaje, un camino, un traslado, un establecimiento, una transmutación? ¿Y cómo les afectaría en concreto a cada uno de ellos la muerte de mi suegro, qué supondría en el decurso de sus vidas, en su manera de entender actos concretos o ideas abstractas? ¿Tendría en ellos la muerte, aquella muerte, un matiz íntimo? ¿Les haría llorar por la noche, a solas en el baño, antes de meterse en la cama? ¿Les haría reflexionar sobre su propia existencia y, conscientes de la inevitabilidad del final, proponerse con todas sus fuerzas ser mejores personas a partir de la mañana siguiente y emprender actos bondadosos?

Me fijé en la cuidada maqueta del tanatorio que se exponía dentro de una urna de metacrilato junto al mostrador de entrada. Era la visión que me faltaba de aquella construcción, como a vista de pájaro, como debían verla los pasajeros de los aviones de líneas comerciales que despegaban del aeropuerto para pasar justo por encima en su trayectoria hacia el cielo. Desde esa perspectiva perdía definitivamente toda singularidad; como la pierde prácticamente todo cuando lo miramos desde las alturas.

Esa sensación se hizo todavía más patente al salir al exterior de nuevo y mirar hacia el frente. A unos cuarenta metros hacia el norte se iniciaba la zona de pabellones con los nichos. En primer término había una zona que podía denominarse nueva, con unos doce o quince pabellones, pero más allá de un muro de piedra, con una enorme puerta metálica abierta, se extendía la zona antigua, dispuesta en semicírculo, con los pabellones más antiguos. Tanto los pabellones antiguos como los nuevos eran de una sobrecogedora fealdad, basada en el aspecto más gris y anodino de lo funcional. Una fealdad repetitiva, carente por completo de cualquier signo de especificidad, que borraba por contraste, como lo hacía la visión a vista de pájaro, los burdos empeños estilísticos del tanatorio.

Aquellos pabellones cuadriculados eran los verdaderos protagonistas, con sus lápidas y sus nombres y sus fechas. Allí se guardaban los cadáveres, los últimos restos físicos en constante desaparición. Pero si semejantes

construcciones pretendían transmitir la idea de que todos somos iguales ante la muerte, la sensación de igualdad que destilaban era absolutamente descorazonadora, casi tanto como los trajes grises sin cuello de la China maoísta.

Caminé hacia la derecha, hacia la rampa de acceso al pie de la cual habíamos aparcado el coche y, todavía desde cierta altura, observé la carretera, «el camino de la playa», los edificios del Prat hacia el oeste, los campos labrados y sin labrar hacia el norte, grupos aislados de árboles mecidos ahora por una suave brisa, las fábricas y los enormes almacenes de la Zona Franca más al norte todavía.

Asocié entonces ese paisaje a un fragmento de un libro de John Banville que había leído hacía muy poco: «Como si el lugar significara algo», decía el escritor refiriéndose a los turistas esnobs; «como si el hallarse en algún lugar exótico y lleno de vida asegurara una automática intensificación de la existencia. No: dadme un trozo de tierra anónimo, con asfalto, y una hoguera de petróleo medio consumida, y borrosas fábricas a lo lejos, un no lugar apestoso, sin nada, en el que pueda sentirme a salvo, donde pueda sentirme como en casa, si es que alguna vez me he sentido como en casa en alguna parte».

Cuando ya nos habíamos despedido de todo el mundo, mientras me quitaba la americana negra y la dejaba bien extendida en el asiento trasero del coche, me pregunté si, como afirma Walter Benjamin, después de la muerte todo será prácticamente igual y seguiremos realizando eternamente los mismos actos cotidianos, o al menos una selección de ellos, o bien montaremos en una especie de avión simbólico o metafísico que habrá de llevarnos a otro lugar, diferente e incluso antitético a este mundo nuestro y en el que nada tendrá que ver con lo conocido.

Sonó entonces el potente rugido de los motores de un 737 que pasaba justo por encima del tanatorio y alcé la cabeza. Debido al reflejo del sol no pude

fijarme en el logotipo de la compañía aérea, pero aun así pensé en la gente que iba en él: gente en tránsito.

Después, antes de meterme en el coche, eché un último vistazo al camino de la playa y al flujo de personas que lo recorrían de forma incansable. Me senté y cerré la portezuela. En el interior del coche mi esposa estaba en silencio. Aunque era un silencio diferente al que había notado al llegar al tanatorio: era un silencio humano.

Me habría gustado decirle algo inteligente. Una buena frase. Una frase sencilla aunque cargada de reminiscencias. Una de esas frases esclarecedoras a las que uno puede aferrarse en un momento de soledad o ensimismamiento. Se suponía que yo tenía que saber hacerlo porque lo mío era el uso significativo del lenguaje. Pero lo único que me vino a la mente fue una sentencia de William T. Vollmann: «Trato de entender la muerte, de confraternizar con ella y nunca logro aprender otra lección que la de mi propia impotencia».

Me dije que tal vez fuese cierto que solo podemos captar detalles periféricos y no hay modo alguno de dar con una visión completa y satisfactoria de lo que se extiende más allá de ese momento puntual, de ese actuar y retirarse, al que llamamos muerte.

Acudí al velatorio de mi suegro y, sin embargo, lo que más me llamó la atención fue un pedazo de tierra anónima, un descampado plagado de hierbajos y pedruscos. Aunque tal vez se debió precisamente a que ese baldío formaba parte del tanatorio, a que esa manifestación de la vida tenía una relación directa con la muerte. Porque la muerte es siempre la muerte de los otros, de seres humanos o de cualquier otra cosa, pero siempre causa un efecto íntimo en aquel que actúa de testigo, como si la muerte necesitara de la receptividad e incluso la aceptación de los vivos para alcanzar toda su expresión. A pesar de que los testigos no lleguen a entender nada de su puesta en escena.

No sé por qué pensar en eso me llevó a recordar mi encuentro con aquel

escritor en Trafalgar.

Puse el coche en marcha, sin prisa, y me coloqué en fila detrás de los otros coches para recorrer el sendero de tierra que llevaba a la salida de las instalaciones del tanatorio. Pasamos la primera rotonda y la velocidad de la caravana aumentó. Al llegar a Barcelona teníamos que pasar por la casa de mi madre para recoger a nuestros hijos y después ir al supermercado. No podíamos demorarnos demasiado, había que llegar a casa a tiempo para bañar a los niños, darles la cena y acostarlos temprano. Después mi esposa y yo cenaríamos algo sencillo. Con los niños metidos en la cama sin duda charlaríamos un rato, y seguiríamos haciéndolo al acabar de cenar, sentados en el sofá con el televisor encendido y el volumen al mínimo, sin fijarnos realmente en la programación, hasta el momento de irnos a dormir.

Pero antes de todo eso, y a medida que el coche avanzaba hacia el Prat por la carretera de la Bunyola, que todos allí conocen como «el camino de la playa», el tanatorio se fue empequeñeciendo en el retrovisor hasta que, tras una curva, desapareció definitivamente.

Llevaba a mi hijo pequeño unido a mi cuerpo con un arnés de color rojo engarzado en mi cinturón de seguridad. El mayor, de tan solo tres años, estaba sentado en su propio asiento, a mi derecha, entre su madre y yo.

Mi hijo pequeño se había quedado dormido en mis brazos antes incluso de enfilarse en la pista de despegue del aeropuerto de Barcelona. El mayor dibujaba apoyado sobre la bandeja, rodeado del nutrido grupo de muñecos y peluches que llevaba consigo allí donde iba. Cuando nuestras miradas se cruzaban sonreía. Lo cierto es que hasta ese momento nuestros hijos nos lo habían puesto muy fácil. Prácticamente todo se lo tomaban como una aventura, ya fuese visitar una exposición de Piranesi o ir a comprar a Ikea.

Íbamos camino de Roma; éramos gente en tránsito. Nos disponíamos a afrontar lo que mi esposa y yo entendíamos como las primeras verdaderas vacaciones en familia. Nos hacía mucha ilusión, aunque también estábamos atemorizados; o al menos yo lo estaba. Teníamos un doble motivo para ir a la capital de Italia: por una parte, mi esposa, a pesar de haber viajado mucho en los años previos a ser madre, nunca había estado en Roma y deseaba que nuestro primer viaje al extranjero, como pareja y también como padres, fuese a la Ciudad Eterna. Por otra, dispondríamos allí de alojamiento gracias a mi buen amigo el escritor francés Mathias Énard.

La muerte de mi suegro fue lo que posibilitó esas primeras vacaciones familiares. Decirlo así puede resultar chocante, pero su muerte, o más concretamente uno de los efectos colaterales de su muerte: la venta del piso en el que había vivido en el Prat de Llobregat, supuso varios cambios bastante radicales a corto plazo para nuestra familia. El primero de ellos,

como ya he dicho, las vacaciones en Roma; especialmente significativas para nosotros porque durante los últimos tres años, desde el nacimiento de nuestro hijo mayor, apenas habíamos podido salir de casa y necesitábamos imperiosamente airearnos. El segundo, la cancelación de una parte muy considerable de la hipoteca del piso en el que vivíamos entonces, lo que en breve nos llevaría a la búsqueda de una vivienda más grande. Y el tercero, aunque no por ello menos importante, que parte del dinero de la venta iba a permitirme, una vez finalizadas las vacaciones, dejar de traducir durante dos o tres meses y dedicar ese tiempo a acabar la novela en la que andaba metido. Mi primera novela.

Había empezado a escribirla en 1999. Por aquel entonces trabajaba en una pequeña editorial, lo que me permitía dedicar las tardes a escribir. Estuve dos años avanzando a buen ritmo. Tenía muy claro cuál iba a ser el final: un avión de línea comercial chocaba contra el edificio de la Pedrera, en Barcelona; un remate espectacular para una historia supuestamente reflexiva y filosófica. Sin embargo, después de lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, cuando vivía en Girona con la que acabaría siendo mi esposa, me vi forzado a dejar reposar el proyecto durante más de un año. Volví a ponerme en serio a finales de 2002, con un nuevo enfoque, más coherente y revelador respecto a lo que pretendía contar; que no tenía nada que ver, a pesar de las aparentes similitudes, con los planes de Bin Laden. Por aquel entonces ya había nacido mi hijo mayor. Es decir, me había embarcado también en el proyecto de formar una familia. Empecé a trabajar como freelance para varias editoriales, ejerciendo de lector, corrector de estilo y, sobre todo, de traductor. Mis horarios, trabajando en casa, no hacían distinciones entre días festivos y laborables; medio en broma medio en serio solía decirles a mis amigos que yo no era traductor sino una factoría de traducción. Aun así, intenté sacar tiempo de donde pude, aprovechando por ejemplo esos veranos en los que no estábamos en disposición de salir de casa, y seguí escribiendo.

Pero el tiempo pasaba, mis amigos iban publicando sus libros a buen ritmo, y siete años después de haber iniciado la escritura de mi primera novela, con un segundo hijo en casa y una hipoteca que comía con nosotros a la mesa, uno de mis mayores temores era no disponer jamás de las condiciones familiares adecuadas para acabarla.

Poco podía sospechar que sería mi suegro, con quien nunca llegué a tener una relación muy fluida, quien acabaría echándome una mano en mi carrera como escritor.

Pero mis temores no acababan ahí. De hecho, esos años en los que escribir fue exclusivamente una cuestión de fuerza de voluntad, esos años en los que aprendí sobre la marcha a hacerme cargo de las obligaciones paternales, fueron una suerte de campo de cultivo ideal para toda clase de miedos. Tal vez guardase relación con lo que me dijo en una ocasión el escritor Sergi Pàmies: al convertirte en padre descubres una nueva dimensión de lo que es el miedo, una emoción que puede convertirse en una sombra gris que se cierne sobre tu mundo al completo. En cualquier caso, en aquellos años las circunstancias que rodeaban mi día a día hicieron reverdecer viejos miedos y brotar algunos nuevos.

Como el miedo a volar, por ejemplo.

Para escribir mi novela, que en principio tenía que finalizar con un espectacular accidente de avión, me había documentado exhaustivamente sobre catástrofes aéreas. Siempre me había entusiasmado volar, pero conocer los más escabrosos detalles, dónde y cómo podían generarse los problemas graves en un viaje en avión, conllevó un efecto inesperado y sumamente desagradable. No solo me daba miedo subirme a uno de esos enormes aparatos, empecé a sentir terror días antes de emprender un viaje o incluso en el mismo momento de comprar los billetes.

A pesar de mis temores, llegamos sanos y salvos al aeropuerto de Fiumicino. Decidimos ir en taxi hasta el lugar en que nos esperaba Mathias. Nada de trenes o autobuses o transbordos o posibles confusiones o errancias

estilo *Rayuela* o epifanías inesperadas. Nada de esas extrañas casualidades que únicamente les suceden a los *auténticos* viajeros. Mi antiguo método para viajar había pasado a la historia, de golpe. Ya no tenía sentido fingir que no era un simple turista burgués. Y los turistas burgueses no quieren sobresaltos ni sorpresas, quieren obtener exactamente aquello por lo que han pagado. Y nosotros habíamos pagado por unas vacaciones con dos hijos pequeños en el extranjero. Es decir: necesitábamos que todo estuviese en su sitio, que imperase el orden.

Supongo que por eso temí que el taxista nos timase. No me fiaba de los italianos. Menos aún de los italianos del sur. Un prejuicio absurdo, lo sé, y que hablaba mal de quien yo era entonces, pero es que Roma era el único lugar del mundo en el que me habían robado, fue en la segunda ocasión que estuve allí, con Irene. Nos robaron en el tren, aprovechando un descuido. Una de las experiencias más desagradables de mi vida: al darme cuenta de lo ocurrido sentí como si hubiesen abierto el suelo bajo mis pies.

Empecé a respirar tranquilo cuando comprobé que el taxista, un tipo más bien hosco, después de llevarnos por barriadas populares que escapaban por completo de mi control, cruzaba el río Tíber por la parte norte y no tardaba en atravesar la Villa Borghese para alcanzar nuestro destino, la Via di Porta Pinciana. El taxi se detuvo frente a una pequeña puerta de madera incrustada en mitad del muro de piedra que se extendía por la acera delimitando los amplísimos terrenos de la Villa Médici, donde íbamos a alojarnos gracias a mi amigo Mathias.

El palacio de la Villa Médici es la sede de la Academia Francesa en Roma desde hace más de dos siglos. El impresionante complejo arquitectónico que la conforma, incluidos sus jardines, fue construido en el siglo XVI por el Gran Duque de la Toscana, Fernando I de Médici. En aquella época, la Villa estaba plagada de obras de arte y durante más de un siglo fue uno de los centros más elegantes y sofisticados de Roma. Con la llegada de Napoleón Bonaparte, la Villa pasó a manos de la Academia Francesa de Roma. Dicha entidad ofrece

cada año varias becas para artistas que se alojan allí durante unos meses, en una suerte de discretos bungalós que se extienden a lo largo del muro que da a la Via di Porta Pinciana. El edificio principal está a unos doscientos metros de distancia, siguiendo un sendero de tierra, y da a la calle Trinità dei Monti, casi tocando a la fachada de la famosa iglesia que preside, desde lo alto de la escalinata, la Piazza di Spagna.

En uno de esos bungalós llevaba viviendo desde principios de año el escritor francés Mathias Énard. Coincidiendo con las vacaciones, y debido al temor que despertaban los rigores del verano romano, varios de los bungalós quedaban vacíos durante dos o tres semanas. Y en uno de ellos íbamos a alojarnos nosotros durante la estancia en Roma.

Cuando llegamos al que iba a ser nuestro bungaló se puso en marcha el habitual proceso de colonización familiar, porque cuando una familia con hijos pequeños llega a un alojamiento temporal no lo ocupa, lo coloniza. Colocamos incluso el adaptador en la taza del váter, pues el menor de nuestros hijos estaba aprendiendo a hacer caca por su cuenta y necesitaba ayuda para no colarse por el agujero. Por suerte, en aquel bungaló se alojaba de manera regular una familia con un hijo pequeño, lo que hizo que la adaptación no fuese demasiado intrusiva ni violenta. Había muñecos por todas partes, un espacio seguro especialmente diseñado para el juego infantil e incluso una cuna grande que estábamos autorizados a utilizar.

Una vez instalados salimos a pasear. No regresaríamos hasta la hora de la cena. Nuestra intención era alterar lo menos posible el ritmo de vida y de trabajo de Mathias. De ese modo, sin tener que dar cuentas a nadie durante la jornada, sin someter a nadie a nuestro ritmo, nosotros también nos sentiríamos más cómodos. Me sorprendió, sin embargo, que Mathias no opusiera resistencia alguna a nuestra sugerencia, que la diera por buena sin pensarlo dos veces, sin insistir en acompañarnos. Mathias estaba casado y tenía una hija pequeña, su mujer y la niña venían a visitarlo con frecuencia desde Barcelona, pero a simple vista me dio la impresión de que en Roma mi

amigo funcionaba, al menos a cierto nivel, como una espontánea y liviana máquina soltera; un estado del ser que a esas alturas de mi vida no solo me parecía sumamente lejano, sino totalmente inimaginable.

Como el menor de nuestros hijos iba sentado en el cochecito, pues apenas había aprendido a caminar, y el mayor subía y bajaba de un patinete especial que habíamos enganchado a las ruedas traseras para que no se cansase en exceso, en seguida nos vimos obligados a afrontar una realidad incómoda: Roma no era una ciudad pensada para niños pequeños. El tráfico salvaje. Los adoquines. Los elevadísimos e irregulares bordillos. La estrechez de las aceras en el casco viejo. Las multitudes. No fui consciente de esa clase de incomodidades en las dos ocasiones en que había estado en la ciudad. Supongo que tener hijos no solo abre la caja de Pandora de los miedos, también despierta en los padres un sentido crítico implacable con todos aquellos elementos de la vida cotidiana que no están adaptados a la movilidad de una familia.

En ese primer paseo llegamos hasta el Foro Romano, pero antes tuvimos que pasar por delante del monumento a Víctor Manuel II. Y el simple hecho de cruzar la Via del Teatro Marcello suponía tal riesgo que reforzó la impresión de que Roma era una ciudad anclada en el pasado, pero no en una época arcaica, anterior al nacimiento de Cristo, sino en los primeros años sesenta del siglo xx, los de bonanza económica del país, donde parecían haberse llevado a cabo las últimas intervenciones significativas a nivel urbanístico y de transporte público. Lo que implicaba que la ciudad al completo pareciese desfasada, empobrecida incluso, y, sobre todo, sucia.

Y luego estaba el ruido, omnipresente; las calles estrechas y los viejos edificios de piedra parecían actuar como una suerte de caja de resonancia. Y también las múltiples muestras de patriotismo asociadas a la selección nacional de fútbol; otro tipo de contaminación ambiental. Italia había vencido a Alemania en la semifinal del Mundial y podía palpase en el ambiente una

euforia desmesurada ante el inminente encuentro contra los franceses en la final.

Cuando regresamos a la Villa Médici el sol descendía a toda velocidad. Después de dejar nuestras cosas en el bungaló nos encaminamos a la casa de Mathias para cenar juntos; de hecho, íbamos a cenar acompañados por un par más de becados de la Villa, amigos recientes de nuestro anfitrión.

A nivel de diseño y distribución, su bungaló era exactamente igual al nuestro, pero en su caso el salón comedor estaba ocupado por los menesteres y la parafernalia relativa a la escritura. Había libros por todas partes, amontonados de cualquier manera. El ordenador estaba colocado en una mesa amplia bajo una ventana que daba al jardín que conectaba dos de los bungalós. Y la pared junto al escritorio estaba cubierta con decenas de pósts de diferentes colores formando una suerte de mosaico indescifrable: indicaciones y notas de la novela que Mathias estaba escribiendo, una ambiciosa historia de amor y espionaje que se desarrollaba sobre el trasfondo que conforman todas las guerras ocurridas en la cuenca del Mediterráneo a lo largo de la historia.

Mathias era el único de mis amigos que había apostado plenamente por convertirse en escritor profesional. Después del prometedor inicio que había supuesto la publicación de sus dos primeras novelas, había dejado su trabajo en la UAB para dedicarse a tiempo completo a escribir. Y de momento no podía quejarse de los resultados. Supongo que era comprensible que yo sintiese algo de envidia al verle allí, inmerso por completo en su mundo creativo, ajeno a los equilibrios imposibles de la vida cotidiana y, en buena medida, seguro y confiado ante las decisiones que había tomado.

En cualquier caso, no pude evitar pensar entonces en mi propia trayectoria como escritor, que en comparación me parecía muy poca cosa. Había escrito decenas de críticas literarias y de artículos en diferentes revistas; principalmente en mi querida *Lateral*. Había acabado dos libros de cuentos que, en mi afán por dar un salto cuántico, no había logrado publicar en

editoriales de renombre y languidecían en un cajón de mi casa. Había publicado varios de esos cuentos de forma independiente y dos de ellos habían aparecido en antologías. Uno de esos cuentos era el de Estambul. Y por último, cuando acabaran las vacaciones, tenía previsto ponerle fin a mi primera novela, de convulso presente e incierto futuro, en la que llevaba trabajando desde hacía siete años.

La cena en el jardín con los dos invitados extranjeros fue muy agradable, presidida por un ambiente sofisticado y mundano; entre otras razones, y más allá de la diversidad de lenguas, porque parte de la iluminación llegaba desde las pistas de tenis de la Villa, al otro lado de un nostálgico pinar. De regreso a nuestro bungalow, ya de madrugada, me inquietó entrever a una mujer mayor, casi anciana, rondando alrededor del bungalow que estaba junto al nuestro. Su aspecto me resultó levemente familiar: era bajita y menuda, con el rostro muy arrugado y los labios finos, con unos brillantes aros dorados en los lóbulos de las orejas y la cabellera lisa, más bien clara, peinada hacia atrás y recogida sin excesivo cuidado. Llevaba una gorra de estilo francés en la mano. Su mirada, que apenas atisbé, era intensa y un poco descarada; muy turbadora, en cualquier caso.

Sentí miedo. Un miedo inconcreto e irreflexivo, como de cuento infantil. Entré a toda prisa en el bungalow, sin decirle nada a mi esposa, para comprobar que los niños estuvieran bien. Luego salí de nuevo para ver si veía a la viejita otra vez y podía decirle algo, pero ya no estaba. Me acerqué al bungalow de al lado e intenté echar un vistazo a través de las ventanas: todo estaba a oscuras.

A la mañana siguiente le pregunté a Mathias por aquella señora. Me dio la impresión de que mi pregunta le dejaba un poco fuera de juego. No supo darme una respuesta. Sí me aclaró que en el bungalow que estaba junto al nuestro no había nadie, que sus ocupantes no regresarían hasta mediados de agosto.

Durante los días siguientes visitamos todo lo que se podía visitar de la ciudad teniendo en cuenta nuestras circunstancias. Rodeamos el Coliseo.

Echamos una moneda en la Fontana di Trevi. Nos mojamos las manos en la Piazza Navona. Dimos vueltas por la Piazza del Popolo y pasamos junto a las dos iglesias paralelas que posibilitan el tridente formado por las vías del Babuino, Corso y Ripetta. Rodeados de gente visitamos el Panteón de Agripa y la tumba de Augusto. Entramos en la basílica de San Pedro y, por tercera vez en mi vida, dije: «La empresa que monta unas oficinas de este tamaño no parece tener intención de desaparecer en breve». A mi esposa no le hizo gracia.

Una mañana, detenidos en la formidable cola para entrar en los Museos Vaticanos, me dio la impresión de ver de nuevo a la anciana que había entrevisto rondando nuestro bungaló en la Villa Médici. Estaba sentada en una terraza, sola, tomando un café o una infusión. Llevaba la gorra puesta. Incluso a aquella distancia, unos cien metros, pude apreciar sus profundas arrugas. Aquel rostro enjuto lucía las marcas del tiempo casi como si se tratase de una bandera, de una muestra de orgullo e identidad; algo conseguido, ganado, en cualquier caso. A la luz del día, en aquel entorno masificado, la mujer parecía incluso más menuda. Ahora no daba miedo, más bien al contrario. Parecía sonreír. Sonreír a modo de respuesta, como si también me hubiese reconocido y se burlase de mis torpes reflexiones.

Lo cierto es que durante la visita turística a los museos no fijé la vista prácticamente en nada. Comenté algunos detalles con el mayor de mis hijos, como solía hacer cuando íbamos a una exposición, pero con mi esposa apenas intercambié unas pocas palabras relativas a la intendencia del momento y a los planes posteriores. No podía quitarme a la anciana de la cabeza, a pesar de que no tenía idea del motivo por el cual había invadido mis pensamientos. No sabía por qué me inquietaba. Tal vez porque me recordaba a mi madre, pensé.

Al día siguiente, Mathias se decidió finalmente a hacernos de cicerone y, durante un largo paseo por las calles y plazas de Roma, fue relatándonos los matices más íntimos de su experiencia como becado en la Villa Médici. De nuevo me pareció una persona segura, confiada, tranquila incluso, como si

todo eso que nos estaba contando no hubiese podido ser vivido o analizado de otro modo.

Pusimos fin a nuestro paseo al llegar a la basílica de San Clemente de Letrán. Fue un descubrimiento extraordinario. A pesar de no ser un edificio muy grande o espectacular visto desde el exterior, la basílica condensa buena parte de la historia religiosa y política de la ciudad. San Clemente de Letrán es, por así decirlo, tres iglesias en una. En lo más profundo, bajo tierra, se encuentran los restos de una vivienda romana, sede primero de ritos paganos y después de ceremonias cristianas primigenias, clandestinas. Por encima de esta queda el rastro de la primera basílica, construida a principios del siglo V, cuando el cristianismo era ya culto oficial en la ciudad. La basílica actual, la que se despliega en la superficie, se construyó, o mejor dicho se reconstruyó, en el siglo XII, después de haber sido totalmente arrasada por los normandos.

En el interior de la basílica pensé que bajo la superficie de Roma se extendía un sustrato histórico inmenso, inabarcable y multiforme, mayor que todo lo que podíamos visitar o ver en sus calles y plazas. Catacumbas, alcantarillas, cisternas, restos, ruinas. Siglos y siglos de escombros que habían ido convirtiéndose en algo fértil, integrado en el tejido conductivo de la ciudad. Es lo que imprime a Roma ese carácter único, casi inhumano por su dimensión atemporal. La ciudad está gobernada por una fuerza caótica centrípeta que no disgrega sino que concentra, pues se rige únicamente por la voluntad de cumplir con los estándares que dicta lo eterno, no lo coyuntural. A Roma, por decirlo de otro modo, solo le importa su propia historia.

Fuimos a tomar un café no muy lejos de allí, de camino a la Villa Médici. Mis hijos, cansados, dormían: uno en el cochecito y otro en brazos de su madre. Imbuido por lo que había descubierto en esa visita, me sentí más ratificado que nunca en una de las obsesiones que habían marcado mi paternidad: la creación de un relato familiar, es decir, la creación de una historia que, destinada básicamente a nuestros hijos, hablase del origen remoto y del desarrollo temporal de los miembros de nuestra familia. Los

niños tenían que saber que venían de algún sitio, que existía un sustrato del que habían salido, ya fuese para honrarlo o para apartarse de él, para construir encima o para derruirlo. Sin embargo, ni mi esposa ni yo proveníamos de familias con esa clase de tradición. Mi esposa solo podía remontarse hasta su abuela materna, porque apenas sabía nada de ningún otro miembro de su familia. En mi caso, y como ya he comentado, siempre había tenido la impresión de haber irrumpido en mi familia cuando todo lo importante había sucedido y quedado atrás. Ni siquiera conocí a mis abuelos. Por otra parte, ya he dicho también que cuando mi hermana mayor murió mis padres clausuraron para siempre el relato familiar y nadie volvió a retomarlo.

Yo no quería que nuestros hijos sufriesen esa clase de orfandad narrativa. Sabíamos poco de nuestros antepasados, pero estábamos dispuestos a crear un relato sólido con lo que disponíamos y, gracias a retazos de ciertas ficciones y a la transformación en leyenda de algunos recuerdos discutibles, nos pusimos manos a la obra. Construimos nuestra basílica familiar, formada por relatos de todo tipo, sobre una antigua vivienda vacía en la que se habían celebrado ritos paganos.

Esa noche, de vuelta en la Villa Médici, tuve un sueño muy extraño. La mujer de la cara arrugada me llevaba de la mano hasta el bungaló de al lado. Al cruzar la puerta descubría que el espacio interior era muchísimo mayor de lo que apuntaban las limitaciones exteriores: parecía la sala de exposición de un museo, grande, blanca y diáfana. En mitad de aquel espacio había una escultura de unos tres metros de altura. Representaba un conjunto de arañas de diferente tamaño, cinco en total, colocadas una encima de la otra, de mayor a menor, como si se tratase de una *matrioshka* nervuda y transparente. La escultura era metálica, de un color cercano al óxido. Provocaba algo muy contradictorio porque, por un lado, transmitía una palpable sensación de pertenencia. Es decir: podías sentir que hablaba de algo propio, de algo que conocías personalmente. Pero por otra parte provocaba repulsión, desagrado. En el sueño reconocí perfectamente aquella escultura, sabía que se titulaba *El*

nido. Sin embargo, a pesar de la familiaridad no supe si sentirme reconfortado o echar a correr despavorido.

Al despertarme le dije a mi mujer: «He soñado con Louise Bourgeois».

Mientras desayunábamos en el bungaló de Mathias, busqué información en internet sobre la escultora francesa. En un principio, lo único que pretendía era confirmar que era ella con la que me había topado en mi sueño. Pero después busqué algo más de información para ver si encontraba la clave que desvelase el porqué de aquellos extraños encuentros durante esos días en Roma.

Yo había empezado a interesarme por Louise Bourgeois cuando colocaron la gigantesca escultura en forma de araña frente al Guggenheim de Bilbao. Me perturbó que llevase por título *Mamá*. Cuando supe algo más de su obra entendí que el tema principal de sus creaciones era la familia, o más concretamente el conflictivo papel que el individuo ocupa dentro de la estructura familiar. En ese sentido, sus obras logran transmitir, fundidos como una sola y única cosa, el rechazo y la protección, la rotundidad y la inconsistencia. Madres. Familias. Nidos. Aversión y dependencia.

Pocas horas antes de dirigirnos al aeropuerto para regresar a Barcelona, con las sensaciones que me había provocado el sueño con Louise Bourgeois todavía frescas, me pregunté si sería posible crear un entorno familiar en el que no hubiese que pagar un precio por sentirse incluido. Me pregunté si la familia tenía que ser siempre como una tela de araña, protección y trampa al mismo tiempo, o podía llegar a ser otra cosa. Mientras recogíamos todo aquello con lo que habíamos colonizado el bungaló de la Villa Médici, me dije que para salir de esa dicotomía, para hacer algo diferente, habría que disponer de modelos transgresores que apuntasen en otra dirección; modelos de los que yo carecía por completo.

Cuando mis hijos nacieron, por ejemplo, tuve que admitir que no tenía ni la más remota idea de qué era ser padre. Nunca dispuse de un modelo fiable e inspirador, porque mi padre había sido un buen hombre pero sus vivencias,

durante la Guerra Civil y la posterior inmigración, así como su maltrecha sentimentalidad, debido precisamente a un padre violento y cruel, le habían convertido en un hombre poco dado a la intimidad, incapacitado para la formación o el consejo, con una dolorosa tendencia a la melancolía y, sin duda, excesivamente temeroso; lo cual le llevaba a mostrarse arisco y arbitrario cuando una situación le resultaba amenazante.

Nunca temí parecerme a él hasta que me convertí en padre. Yo siempre había sido un soñador, un optimista kamikaze, un romántico. Quería escribir, ser artista. Necesitaba espacio, libertad de movimientos para poder desarrollarme. Todo lo que en mi padre era voluntad de estancamiento, de aferrarse a unas costumbres que le diesen seguridad, resignación y desaliento, era en mí impulso de salir corriendo, de alejarme de mi barrio y de mi vida, de viajar, de ver mundo. Necesitaba todo el terreno que ese mundo pudiera ofrecerme para crecer, para crear, para escribir, para ser yo finalmente.

Sin embargo, durante los años de juventud, en los que viajé todo lo que pude, en los que con gran esfuerzo supe escapar del peso de las obligaciones, no fui capaz de acercarme siquiera a mi objetivo. No fui capaz, por ejemplo, de escribir nada decente o, como mínimo, nada que me llevase a sentirme lo bastante orgulloso para saberme escritor.

Iban a ser las responsabilidades, curiosamente, el peso de lo material, el aprendizaje de la paciencia, los horarios, los hijos, lo que posibilitase el despertar en mi interior de la potencia necesaria para trabajar en la buena dirección. Lo que me constreñía, lo que me daba miedo, iba a acabar siendo el combustible de mi creatividad. Sin embargo, todavía estaba lejos de llevar a cabo ese descubrimiento de manera efectiva y útil.

Como me ocurría al observar las esculturas de Louise Bourgeois, en mi interior el impulso de huir de la realidad seguía luchando contra la voluntad de afrontar las consecuencias de mis actos, el impulso de rendirme intentaba socavar el deseo de seguir esforzándome. Louise Bourgeois había sabido lidiar con esa clase de dicotomías y crear con ellas una obra plena de sentido.

Había sido capaz de trascender su trauma y su dolor, gracias a una descomunal dosis de paciencia, y convertirlos en una obra en la que los opuestos lograban convivir en armonía.

¿Sería capaz yo de hacer algo así?

Caracas me había parecido, nada más llegar, una mole contrahecha y gris, agigantada como un mal presagio. Pasadas las colinas cubiertas de chabolas que flanquean la autopista que lleva a la ciudad, los sucios rascacielos que crecen entre las veloces rondas de circunvalación, apelotonados hasta formar una réplica irreverente del majestuoso Monte Ávila, eran un recordatorio atrofiado de lo que debieron ser los ya remotos años de bienestar económico. No tuve que esforzarme demasiado para entender que los tiempos de gloria de Caracas eran, a esas alturas, poco menos que un ensueño que nadie estaba en disposición de rescatar.

Por otra parte, y debido a las espeluznantes cifras de muertos durante los fines de semana, salir a cenar fuera de casa implicó, durante mis días allí, queuviésemos que ajustarnos a rigurosos códigos de seguridad, atendiendo a zonas prohibidas y calles marcadas en rojo, propios de una película posapocalíptica de John Carpenter. Si dábamos un paso más allá de las invisibles fronteras, por lo visto, podíamos caer de pleno en el reino del terror.

Sin embargo, la gente seguía viviendo en aquella ciudad abominable. No solo se enamoraban o trabajaban o estudiaban en la universidad, adaptándose a todo tipo de restricciones y amenazas. Me sorprendía mucho más que aún pudiera ser importante para ellos comprarse teléfonos móviles de última generación o hacerse implantes mamarios. Y es que los caraqueños de a pie, entre los que podría haberme contado de vivir allí, me parecieron mártires, más que héroes, de una guerra que nadie tenía la confirmación de estar librando.

Por todo ello no pude evitar sentirme aliviado aquella mañana al llegar al aeropuerto Maiquetía Simón Bolívar para regresar a Barcelona. Aunque eso no quiere decir que no hubiese estado a gusto durante mi estancia en Caracas, que no hubiese pasado buenos momentos dignos de ser recordados. Después de todo, me había dedicado básicamente a no hacer nada, a reponerme de los atribulados días que había pasado en la Mérida andina, invitado a un estrambótico congreso literario.

Mi vida había dado unos cuantos vuelcos desde la publicación de mi primera novela: había cambiado de casa y también de trabajo, había dejado la traducción y ejercía como profesor de lengua y literatura en un colegio privado en la parte alta de Barcelona. Por otra parte, era uno de los tres miembros del equipo de dirección de la mítica revista *Quimera*; antaño todo un referente literario. Si me habían invitado a Venezuela era precisamente por la labor de reverdecimiento de los antiguos laureles que estábamos llevando a cabo en la revista, no por la publicación de mi novela, que no tenía distribución en Latinoamérica.

Así pues, además de la sensación de fracaso y peligro y desasosiego que parecía haberse pegado a mi piel como una lámina de sudor durante mis días en Caracas, me llevaba de Venezuela un buen puñado de gratos recuerdos; así como el CD de Jorge Drexler que me había regalado mi anfitriona en la capital y todos los inservibles bolívares que no había podido cambiar debido a las restricciones gubernamentales.

La cola de facturación de equipajes, formada por una variopinta e inquieta mezcla de viajeros, avanzaba con una lentitud aceptable. Pero todo cambió de golpe, a peor, cuando apareció por allí un joven cadete del ejército venezolano. Se acabó la diversión, pareció proclamar con sus maneras de matón caribeño uniformado.

Empezó a recorrer la cola desde el final, en dirección a los mostradores de las compañías aéreas, exigiéndonos los pasaportes a todos los que esperábamos pacientemente. Nunca había visto algo así. Jamás me habían

pedido el pasaporte en un lugar que no correspondiese y tampoco había visto nunca a miembros del ejército encargarse de la seguridad de un espacio de tránsito civil.

Era mulato, espigado y fuerte, y se daba un aire a «Limpio», el personaje que en *Apocalypse Now* interpreta un jovencísimo Laurence Fishburne. Como a su obvia bisoñez le añadía un toque de agresiva y muy creíble indiferencia, no daban ganas de bromear con él. Al llegar a mi altura me limité a tenderle el pasaporte prescindiendo de hacer cualquier clase de comentario desenfadado. Me preguntó con estudiada seriedad, sin levantar la vista de la hoja de datos, por qué estaba en Venezuela. Le respondí que había acudido a un congreso literario en Mérida. Antes de devolverme el pasaporte alzó la cara, retrayendo ligeramente el cuello, y me miró como si le hubiese hablado de algo totalmente incomprensible.

Al recuperar mi pasaporte fue cuando me fijé por primera vez en el hombre que tenía delante en la cola de facturación.

Era un tipo más bien bajo, de cuerpo menudo aunque bien proporcionado. Debía de tener unos sesenta o sesenta y cinco años. Vestía un traje de dos piezas de color gris, elegante pero pasado de moda, de una tela demasiado gruesa para el clima venezolano. Sin embargo, parecía sentirse muy a gusto ataviado de ese modo. Tenía el pelo ondulado, prácticamente blanco y peinado hacia atrás con una discreta severidad fruto de la costumbre. A pesar de las considerables entradas a ambos lados de la frente, su cabellera era recia; no había amenaza de calvicie.

No sé por qué aquel hombre, entre todos los presentes, llamó mi atención. Tal vez porque al recoger su pasaporte de manos del cadete pude leer, casi sin proponérmelo, su nombre y sus apellidos. Se trataba de una ristra larga como una cola de facturación, imposible de recordar. Me fijé también en su nacionalidad: mexicano.

El cadete siguió avanzando y no tardé en constatar una curiosa pauta que se repetía de manera sistemática: al pedirle el pasaporte a alguna joven más o

menos atractiva no se limitaba a hacerle las preguntas de rigor, intentaba entablar con ella una suerte de diálogo desenfadado. Se recostaba entonces en la barandilla metálica que delimitaba el sentido de la cola y, esforzándose por componer una sonrisa meliflua, le hacía preguntas del tipo: «¿Lo has pasado bien estos días en Caracas?».

El soldado flirteaba descaradamente.

No pude evitar realizar un comentario. No alcé mucho la voz, pero sí lo suficiente para que me oyese mi compañero de cola. Dije: «Menuda jeta». El hombre de las entradas prominentes se volvió hacia mí. Al observar su rostro comprobé que me recordaba a varios personajes famosos, como si fuese el resultado de una extraña mezcla de rasgos. Tenía algo de Richard Nixon, pero también de David Lynch y de Gregory Peck e incluso de John Banville. Su mirada, sin embargo, transmitía perplejidad y un poco de inquietud, como si le hubiese pillado en falso. Lo primero que pensé fue que, al ser mexicano y de cierta edad, tal vez no había entendido la expresión que yo había utilizado; demasiado castiza a lo mejor. Por eso insistí: «Vaya caradura, ¿eh?».

Él asintió, aunque no varió el gesto. Añadí: «Aprovecha su posición para intentar ligar con las chicas. Menudo fantoche». Mi compañero de cola miró entonces al cadete, ya a unos quince metros de distancia, y después volvió a mirarme. La perplejidad seguía ahí, en sus ojos, pero se esforzó por componer una sonrisa afirmativa.

Me presenté. Le tendí la mano y le dije mi nombre. Le dije que venía de España, de Barcelona, que había pasado unos días en un congreso literario en Mérida y que la última semana había estado alojado en casa de unos amigos en Caracas. Le pregunté entonces qué le había traído a la ciudad, imitando con cierta sorna lo que había hecho antes el cadete.

El hombre se tomó unos segundos antes de responder. Se arregló la corbata y declamó, con un tono de voz bastante más grave de lo que yo esperaba: «Vine a Caracas porque me dijeron que acá vivía mi padre. Mi

madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera».

Su manera de hablar era elegante, a pesar de que tenía un acento bastante marcado. Supongo que fui yo el que, a modo de respuesta, compuso en ese momento un gesto de perplejidad. Tal vez por eso prosiguió diciendo: «Nunca pensé en cumplir mi promesa. Hasta que ahora comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza. Por eso vine a Caracas».

Me fijé que llevaba una cámara fotográfica colgada al cuello. Era una cámara antigua, una Zeiss Ikon, telemétrica, de los años cincuenta, con carcasa negra y botones metálicos. «Qué cámara más guapa», le dije. «¿Se le da bien hacer fotos?» Él hizo un gesto con la cabeza que denotaba timidez, como si pretendiese restarle importancia a cualquier ocupación que pudiese adjudicársele a su persona. Pero acabó diciendo: «Lo hice en un tiempo, sí. Me gustaba mucho la fotografía».

Platicaba despacio, como si tuviese que fundir el metal de un nuevo lenguaje antes de armar lo que quería expresar, por sencillo que en apariencia fuese el mensaje. Por eso pude fijarme en que torcía los labios al hablar, separando apenas los dientes, como si tuviese una llaga en el interior de la boca o le hubiesen anestesiado la encía poco antes y no hubiese pasado aún el efecto. Cuando callaba, daba la impresión de haberse quedado a medias, de querer decir algo más que no llegaba a formular. Sus frases quedaban así un poco colgadas de la nada, marcadas por la indefinición, dándole a su manera de hablar un suave toque infantil.

Permanecimos en silencio hasta facturar nuestras respectivas maletas, pero no nos separamos. Seguimos caminando juntos, en paralelo, sin decir palabra, hacia la aduana que llevaba a la zona internacional.

Atravesamos una puerta y nos adentramos entonces en algo que, con el paso del tiempo, solo he podido definir como otro nivel de la existencia, una de esas zonas neutras, o muertas que diría Stephen King, donde las cosas

guardan una significación autónoma y el tiempo parece desarrollarse siguiendo una lógica propia. Algunos años después tendría esa misma sensación en la UCI del Hospital Clínic de Barcelona.

Se trataba de una enorme sala presidida, justo en el centro, por los imponentes mostradores de inmigración. La sala, de techos muy altos, era completamente blanca, como debe de serlo el limbo, o tal vez incluso el infierno. Tenía una entrada, la que acabábamos de atravesar, y una única salida al otro extremo, a nuestra derecha, donde se entreveía, como si estuviese a una distancia planetaria, la actividad propia del Duty Free. Había soldados por todas partes, fuertemente armados.

He de confesar que en ese momento me gustó tener a mi lado a aquel viejo mexicano, aunque se tratase de un hombre de otra época, de pocas palabras y más bien enigmático e inasible.

Nos encontrábamos detenidos en una cola que llevaba al primero de los escáneres para equipaje de mano. Los pasajeros estábamos amontonados y no se veía qué ocurría más adelante. «Mira a ver si ya ves algo», me dijo. «O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.» «No veo nada», dije. «Peor para ti», me respondió él. Pronto se despejó ese fragmento de cola y logramos colocar nuestras bolsas y nuestros enseres personales en las bandejas de plástico que tenía que arrastrar la cinta transportadora.

Sin saber por qué, empezó a sonar en mi cabeza un viejo tema de Giorgio Moroder, angustioso y triste, perteneciente a la banda sonora de una película de cuyo nombre no quería acordarme.

La acumulación de gente sumida en un tenso silencio, el pausado ritmo de las columnas de viajeros, propio de animales sumisos y resignados camino de un final poco halagüeño, la presencia avasalladora de militares armados, a lo que había que sumar la música que sonaba en mi cabeza, me habían puesto nervioso. Así que mientras esperábamos nuestro turno frente a los respectivos mostradores de inmigración, me puse a hablar mecánicamente con la

voluntad de detener la maquinaria de la ansiedad. Le relaté a aquel hombre, sin tomar apenas aliento en todo ese rato, un par de anécdotas que había vivido durante mi estancia en la capital. La primera de ellas tuvo lugar en un apartamento de lujo en una de esas colonias para gente adinerada que ocupan la parte alta de la ciudad. Mi amigo Marc Caellas me había invitado a la fiesta de despedida del cónsul español en Caracas. Fue una fiesta tan extravagante y surrealista, con tantos invitados inverosímiles, entre ellos varios actores de culebrones, que llegué a sentirme como Peter Sellers en *El guateque*. La otra tuvo lugar mientras tomaba una copa en una coctelería deslumbrante, el 360 Roof Bar, en el último piso de uno de los rascacielos más altos de la ciudad. Desde allí se dominaba Caracas al completo, lo que convertía aquel bar y aquel momento en el escenario ideal para una de esas escenas de transición, sofisticadas y emocionantes, habituales en las películas de James Bond.

Sorteamos sin problemas aparentes el escollo de inmigración, pero en cuanto dejamos atrás los mostradores salió a nuestro encuentro otro militar. No era en este caso un cadete en prácticas sino un experimentado sargento, uno de esos sargentos que nos gusta creer que solo existen en las películas de Hollywood. Se trataba de un hombre chaparro, de hombros anchos. No llevaba gorra y se parecía un poco a Charles Bronson, aunque con los ojos menos rasgados y bastante más oscuros. «Pasaportes», nos dijo a los dos, sin matiz alguno, como si no hubiese duda de que viajábamos juntos. Después de echarle un vistazo a nuestras fotos y compararlas con la imagen real, nos dijo: «Colóquense en esa fila». Sin más. Y se alejó con nuestros documentos camino de una puerta que llevaba a un departamento de uso privado. La fila en la que teníamos que colocarnos conducía hasta un escáner de cuerpo entero manejado por un par de soldados.

Mientras se dirigía a realizar las gestiones con nuestros pasaportes, apartado de la mirada de posibles testigos, el sargento fue detenido por uno de los integrantes de la fila, un hombre de mediana edad, con gafas, no muy alto; asiático, para más señas. Le dijo algo al sargento en lo que parecía un

castellano bastante aceptable, con esa intensa sequedad que caracteriza el discurso de algunos orientales. El sargento, pasando de cero a cien, se libró con un gesto rotundo de la mano que el chino había apoyado en su antebrazo y, señalando hacia la fila con la palma de la mano abierta, dijo: «Tira pa'llá, Jackie Chan. Tira pa'llá».

A mí, esa expresión destemplada, irrespetuosa y abiertamente amenazadora, más que cualquier otro detalle hasta ese momento, me afectó en el ánimo. Hizo que mi nerviosismo se transformase en otra cosa: una especie de campo de fuerza inverso que en algunos lugares del mundo denominan simplemente miedo. Me habían quitado el pasaporte, estaba indocumentado y en manos de gente violenta y poco razonable. Me dio por imaginar algunas posibilidades escabrosas.

Pensando en el CD de Jorge Drexler que me había regalado mi anfitriona, por ejemplo, me dije: «¿Y si mis amigos han utilizado ese CD en alguna ocasión, o en varias, para hacerse unas rayas de cocaína? ¿Y si han quedado restos en la caja del CD y los perros, o quien sea, lo detectan?». No tenía constancia de que mis anfitriones fueran consumidores de estupefacientes, yo al menos no les había visto hacerlo, pero...

La música de Giorgio Moroder que había estado sonando en mi cabeza desde que entramos en aquella enorme sala blanca, ahora sí me veía obligado a recordarlo, era la banda sonora de *El expreso de medianoche*. Así que, de repente, me vi detenido por aquellos agresivos militares, apartado de la fila a empujones, insultado de mala manera, golpeado suciamente mientras me trasladaban a un centro de retención. Me vi en una cárcel como la de la película, rodeado de mala gente, envuelto en podredumbre y corrupción. Sin papeles, sin abogado, llamando a Barcelona desesperado, babeando de impotencia.

El viejo también debía de andar perdido en sus elucubraciones porque, con un contenido gesto de espanto, me dijo: «Diles que no me maten». Me volví para darle a entender que le dedicaba toda mi atención. «Anda», prosiguió,

«vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.» Yo quise responderle con palabras tranquilizadoras, indicarle que no era necesario exagerar, que no pasaba nada y que dentro de un rato nos estaríamos riendo del asunto mientras tomábamos algo. Pero ya he dicho que mi ánimo se había visto afectado, así que no tuve fuerzas para decirle nada.

Siguió hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Estaba interesado en constatar otra de esas pautas que evidenciaban los verdaderos intereses de los soldados venezolanos.

Y es que en la fila que llevaba hasta el escáner de cuerpo entero imperaba una curiosa mayoría de mujeres bonitas. Los tipos como yo o como el viejo mexicano o como el asiático parecíamos funcionar a modo de contrapunto, pues además de que ninguno de nosotros resultaba, a simple vista, especialmente sospechoso, estábamos colocados entre las mujeres de un modo escalonado, siguiendo un orden muy primario que difícilmente ocultaba qué era lo que realmente estaba ocurriendo allí. Porque la cuestión radicaba en que, como todo el mundo sabe, o debería saber, los escáneres corporales son capaces de realizar radiografías en las que puede verse el cuerpo desnudo de las personas que pasan por él.

Pensar en ello, al tiempo que me indignó, me tranquilizó bastante.

Cuando nos devolvieron los pasaportes, seguía teniendo en la mente las imágenes de la cárcel de Estambul en la que encierran a Brad Davis en *El expreso de medianoche*, pero ya no era lo mismo. El viejo, sin embargo, parecía sumergido todavía en sus fantasías paranoicas, como el que despierta de un sueño muy intenso y durante un rato no acepta saberse en la vigilia. Me dijo: «Nos han dado la tierra, ¿no? Es eso, ¿no?». Y yo le respondí: «Venga, vamos a tomar algo. Tengo hambre».

Pero mientras caminábamos por los rutilantes pasillos del Duty Free en busca de algún restaurante de comida rápida, iba diciendo: «Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no

se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí, hay algo».

Como el viejo no parecía en condiciones de decidir nada, escogí por él y acabamos sentándonos en una taquería con el estúpido dibujo de dos pollos apoyados espalda contra espalda a modo de logotipo. Tontamente pensé que un entorno de estilo mexicano le haría reaccionar. Pero seguía tan ensimismado que incluso tuve que pedir por él; no me esforcé mucho, la verdad, pues me limité a ordenar lo que me apetecía por duplicado. En menos de diez minutos acabé con lo mío y me bebí mi cerveza, pero el hombre no probó bocado y sus fajitas quedaron intactas en la cestita de mimbre.

Lo había pasado muy mal en inmigración. Me había asustado de verdad. Y todavía no estaba en condiciones de reírme de ello, a pesar de lo que le había asegurado a mi compañero minutos antes. No podía desprenderme de la sensación de que iban a venir a buscarme, de que un pelotón de soldados irrumpiría de súbito y me llevaría a rastras sin decirme siquiera por qué. Y la actitud del viejo no me ayudaba lo más mínimo. Parecía saber algo que yo desconocía, alguna clase de oscuro presagio que le estaba consumiendo por dentro.

De repente dijo: «Acuérdate». «¿De qué tengo que acordarme?», le pregunté al instante, como un resorte. «Acuérdate de Urbano Gómez», prosiguió, «hijo de don Urbano, nieto de Dimas, aquel que dirigía las pastorelas y que murió recitando “rezonga ángel maldito” cuando la época de la influencia.» Yo noté que estaba empezando a marearme debido a la agitación. Le di un trago bien largo a la segunda cerveza. «Quizá era ya malo de nacimiento, Urbano. Dicen que su tío Fidencio, el del trapiche, le arrimó una paliza que por poco lo deja parálisis, y que él, de coraje, se fue del pueblo. Lo cierto es que no lo volvimos a ver sino cuando apareció de vuelta convertido en policía.» Intenté no mirarle a los ojos mientras hablaba, pues su mirada era ahora intensa y oscura. Se le formaban un par de profundas arrugas en la frente al hablar. Y estaba muy serio. «Fue entonces cuando

mató a su cuñado», dijo el hombre. Me contó también el modo en que Urbano había llevado a cabo el crimen, cruento y vil, y también cómo lo desarmaron antes de salir huyendo. «Lo detuvieron en el camino», siguió contándome. «Iba cojeando, y mientras se sentó a descansar llegaron a él. No se opuso. Dicen que él mismo se amarró la soga al pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran.»

Luego el viejo mexicano bajó la vista, exhausto al parecer, y guardó silencio.

Fui consciente entonces de lo extraño de la situación. Ni siquiera sabía adónde se dirigía mi insólito compañero de fatigas. Por eso le pregunté cuál era su destino. No respondió, seguía mirando al suelo. «Yo voy a Frankfurt», le dije, «allí tengo que tomar un vuelo a Barcelona. Sé que es una conexión un poco extraña, pero los del congreso literario solo pudieron conseguirme ese billete.» Cuando volví a preguntarle cuál era su destino, el hombre se limitó a asentir. Supuse que, como mínimo, volaríamos juntos hasta Frankfurt.

Estuvimos deambulando un rato por el largo pasillo de los vuelos internacionales. Hacíamos tiempo para no tener que estar mucho rato sentados, esperando a que abriesen la puerta de embarque, porque a lo mejor ya no teníamos nada más que decirnos. Aunque cuando nos cansamos de patear el Duty Free, mirándolo todo sin fijar la vista en nada, me dio por declarar lo siguiente, dejando campar mi sinceridad de un modo muy poco formal: «No puedo negar que tengo muchas ganas de marcharme de aquí. Tengo ganas de que Venezuela y Caracas sean un recuerdo que el tiempo mejore y brillante de un modo agradable, para poder hablar de este día como si fuese una broma de mal gusto, para poder escribir incluso algún día sobre ello. Creía haber tenido suficiente con lo que ya había visto, pero esta última parte de mi viaje me ha trastocado por completo».

El anciano, que al parecer me había estado escuchando con mucha atención, repitió como para sí con un tono ciertamente enigmático:

«Venezuela y Caracas». Después guardó silencio durante unos segundos para acabar añadiendo: «El día del derrumbe». Yo asentí, casi por hacer algo. «Recuerdo ahora», prosiguió, «el final del discurso del gobernador... Esto pasó en septiembre. No en el septiembre de este año sino en el del año pasado. El gobernador dijo: “Sí, conciudadanos, me laceran las heridas de los vivos por sus bienes perdidos y la clamante dolencia de los seres por sus muertos insepultos bajo estos escombros que estamos presenciando”.»

Al poco llamaron a los pasajeros para el vuelo de Lufthansa a Frankfurt y abrieron las puertas de embarque. Nosotros enseñamos nuestros respectivos billetes y nos adentramos en la oruga que llevaba a la aeronave sin saber que todavía íbamos a sufrir una última y desagradable sorpresa.

A pesar de lo que dicta la normativa internacional, al final de la oruga, como quien dice en la puerta del avión, había un retén militar venezolano. Solo eran cuatro soldados, uno de ellos una mujer, pero iban armados y tenían cara de pocos amigos. Yo sentí cómo se formaba de nuevo un nudo en la boca de mi estómago mientras nos separaban en dos filas: hombres y mujeres. Al llegar a la altura de los soldados fuimos cacheados todos, uno por uno y de manera exhaustiva, sin previo aviso y sin justificación alguna. Nadie, sin embargo, se quejó por el contratiempo. Cumplimos el trámite en silencio y al cabo entramos en el aparato para ocupar nuestros asientos.

La plaza del viejo mexicano se encontraba varias filas por delante de la mía. Como había sido testigo de hasta qué punto se descomponía su gesto al ser cacheado, una vez acomodados mis enseres me acerqué hasta donde él estaba sentado.

Apenas pude preguntarle si se encontraba bien antes de que empezase a hablar. Su tono de voz adquirió una intensidad hiriente, nueva hasta ese momento. Y me miró como si quisiese transmitirme con la mirada una información suplementaria, moldeada por un silencio milenario. «Estos hombres traen una violencia retardada», me dijo. «Son hombres a los que puede surgirles la violencia en cualquier instante. Traen los resabios de lo

hecho anteriormente, vienen con ese impulso. Se han acostumbrado al asalto, al allanamiento, a la violación y a la violencia. Quieren seguir. Traen el impulso.»

Yo no supe qué replicar a sus palabras. Me miraba de tal modo que me sentí obligado a hacer o decir algo, pero me limité a no apartar la vista.

«Hay una consecuencia lógica en todo esto», siguió diciendo. «Pero también irracional. Aunque parezca una contradicción. Porque estos personajes son irracionales, actúan de forma irracional. Se les quiere caracterizar bajo el punto de vista de la lógica, ¿no? Pero si uno estudia con lógica a esta gente se encuentra con que hay constantes contradicciones.»

Se me escapó una mirada hacia mi asiento. No quería ser descortés, pero lo cierto era que tenía ganas de sentarme y pensar en mis cosas, ver tal vez una película antes de intentar dormirme. Supongo que lo que deseaba por encima de cualquier otra cosa era olvidar lo antes posible todo lo ocurrido.

Pero el viejo tuvo tiempo de decirme algo más antes de que me alejase. «Para mí», dijo, «el ideal no es reflejar la realidad tal como es. Porque tal como es, la realidad actual ya la estamos viviendo. Estos personajes se te graban en la mente y hay que recrearlos, no pintarlos tal cual son. No hay que tomar las cosas desde la realidad, sino imaginándolas.»

Esboqué una sonrisa, le palmeé suavemente el hombro y regresé a mi asiento.

El vuelo fue tranquilo excepto cuando sobrevolamos la Bretaña francesa, pues al continente le dio por recibirnos con fuertes corrientes de aire. En mí, en cualquier caso, aquellas horas tuvieron un efecto benéfico. Tuve que ver un par de películas antes de dormirme, y también tomar varias copas de vino peleón, pero las horas que tuve los ojos cerrados conllevaron un eficaz descanso; aunque más para el ánimo que para el cuerpo. Y me alegré mucho de poner los pies en suelo alemán, en la vieja Europa. Todo me pareció al instante ordenado y limpio, reconfortantemente aséptico.

Ya en las instalaciones del aeropuerto, camino de mi enlace con

Barcelona, me detuve un segundo y me aparté del flujo de personas en tránsito. Busqué con la mirada al viejo mexicano. Me costó localizar su traje gris de dos piezas entre la multitud. Se alejaba a buen ritmo, dándome la espalda. Por el modo de caminar, sin apenas balanceo a pesar de la edad, me dio la impresión de que sobre sus hombros cargaba con un tremendo peso, sin duda impropio de un ser humano. Parecía saber algo que yo desconocía, alguna clase de oscuro presagio que le estaba consumiendo por dentro, tal vez relacionado conmigo, que no había sabido comunicarme.

Cuando no era ya más que una manchita recortada contra los enormes ventanales que daban a las pistas, me dieron ganas de llamarle. Quise decir a voz en grito, como en su día le dijo doña Eduviges Dyada a Miguel Páramo: «Ahora vete y descansa en paz. Te agradezco que hayas venido a despedirte de mí».

Pero no dije nada porque tuve miedo de que me respondiese.

Me encontraba en el Mausoleo Soviético de Treptower Park, en Berlín. Acababa de sentarme en la escalinata que lleva al pabellón de mármol ubicado en lo alto del montículo que preside el monumento. Sobre dicho pabellón se yergue la imponente estatua de bronce, ennegrecida por el tiempo, del Soldado Libertador con la triste niña perdida, aunque ahora ya a salvo, entre los brazos. La no menos imponente espada que el soldado empuña en la mano derecha, y con la que no duda en hacer pedazos la esvástica nazi que se encuentra a sus pies, parecía apuntar en ese momento directamente a mi cabeza. Como si se tratase de una admonición. Como si el dichoso soldado me estuviese exigiendo algo.

Desde el punto en el que me encontraba podía disfrutar de una panorámica completa del Mausoleo, aunque una panorámica invertida, por así decirlo, pues la figura central, como ya he explicado, quedaba a mi espalda. Tenía frente a mí cinco enormes parterres, con su radiante césped perfectamente cuidado, y, a ambos lados, los dieciséis sarcófagos con relieves que debían recordar por siempre jamás el sacrificio del pueblo soviético durante la Segunda Guerra Mundial. Y al fondo, flanqueando el paso a las instalaciones, se alzaban los dos gigantescos triángulos gemelos de granito rojo, inclinados como dos banderas indestructibles, luciendo la hoz y el martillo en la esquina superior, apuntando hacia el cielo.

Entendí que aquella imponente espada de bronce que pendía sobre mi cabeza suponía una recriminación, o un gesto de reprobación si se prefiere, porque en ese momento, sentado en la escalinata del Mausoleo Soviético de

Berlín, me sentía absolutamente desolado, triste como pocas veces en mi vida. De hecho, estaba haciendo un serio esfuerzo para no echarme a llorar.

Y lo peor del asunto era que no sabía por qué.

Con la distancia que me ofrece el tiempo puedo decir que en esa ciudad viví, en un breve lapso de tiempo, dos sucesos que, a pesar de no guardar una relación evidente, resultaron devastadores para mí. Dos sucesos que fueron como dos oscuras revelaciones en el devenir de ese viaje.

Estaba en Berlín acompañando a mis alumnos de segundo de bachillerato. Era su viaje de fin de curso, lo que venía a ser el cierre de su etapa escolar. Más que un viaje para hacer balance se trataba de una breve pausa en la que relajarse antes de llevar a cabo el último esfuerzo que entrañaba la Selectividad. De hecho, íbamos a estar en Berlín solo cuatro días.

Era el primer año en que los alumnos de la escuela realizaban ese viaje, y si yo estaba allí con ellos se debía a que había sido uno de los ideólogos del mismo. Había pensado y diseñado ese viaje junto a la tutora del curso, María, con la que compartía por aquel entonces una visión global e inclusiva de lo que podía llegar a ser la enseñanza de las humanidades. En aquella época, me veo obligado a aclarar, todavía confiaba en el sistema educativo. Por ese motivo, habíamos pensado que en Berlín los alumnos recibirían una buena dosis de datos históricos, de detalles económicos, de arte antiguo y contemporáneo y de literatura a través del proceso que mejor vehicula la adquisición del conocimiento: el paseo. Por todo lo dicho, cuando la dirección de la escuela aprobó el proyecto y me propuso que, junto a mi compañera María, acompañase a los alumnos a Berlín me sentí la mar de satisfecho.

Sin embargo, cuando llegó el mes de mayo me di cuenta de que aquel viaje me pillaba a pie cambiado. Me hallaba en un momento muy extraño de mi vida. Tenía la sensación de que las fuerzas que me habían llevado hasta donde me encontraba se habían agotado. Los códigos en los que había creído, a los que me había aferrado para superar toda clase de retos y dificultades

desde mi viaje a Nueva York, casi veinte años atrás, habían agotado su valor simbólico.

Estaba convencido de que mi estado respondía, al menos en buena medida, al conflicto que entrañaba para mí lidiar con mi vocación literaria. Había logrado acabar una novela y publicarla en una editorial bastante decente, tras nueve larguísimos años en los que había tenido que simultanear la escritura con formar una familia, entre otros pequeños detalles. Pero la editorial en cuestión había desaparecido sin dejar rastro año y medio después de la caída de Lehman Brothers, por lo que, de algún modo, me sentía de nuevo en la casilla de salida como escritor, a pesar de estar a punto de acabar mi segunda novela.

Por otra parte, estaba aproximándome a esa edad en la que se empieza a mirar hacia el pasado con creciente congoja, pues la carga de los años que han quedado atrás empieza a resultar no solo más pesada sino también más peligrosamente atractiva que la perspectiva que ofrecen los que quedan por venir. Sin embargo, me costaba tanto admitir esa situación, la del paso del tiempo asociado a mi persona, que ni siquiera fui consciente, hasta que estuve en la habitación del hotel en Berlín, del clarividente título del libro que me había llevado conmigo: *No es país para viejos*, de Cormac McCarthy.

La agenda de actividades para los días que íbamos a estar en la ciudad era muy apretada e intensa. Mi querida compañera María era una verdadera experta en gestión e intendencia, amén de tener un sólido criterio estético y una fe en las bondades de la docencia a prueba de bomba; una fe que me permitía a mí, algo más descreído, desempeñar el agradecido papel de lugarteniente o incluso de secundario de humor. Gracias a la capacidad organizativa de María, habíamos visto prácticamente todo lo que se puede ver en tres días en esa ciudad, desde la Puerta de Brandenburgo al Pergamonmuseum, pasando por la East Gallery del Muro o el Museo de la Stasi.

Fue precisamente en el Museo de la Stasi donde experimenté la primera de

mis oscuras revelaciones berlinesas.

Para que se entienda el alcance de la misma me veo obligado a aportar algunos datos que servirán para crear un contexto. Tengo que decir, por ejemplo, que la novela que yo había escrito y publicado en la editorial que la crisis se llevó por delante se titulaba *El fin de la Guerra Fría*. El título respondía a la voluntad de expresar, a través de la ficción, una idea a la que venía dándole vueltas desde hacía mucho tiempo: que la Guerra Fría fue un conflicto directo, vivido y experimentado en el interior de la psique de todos los ciudadanos del planeta, y que con la caída del Muro no desaparecieron, ni remotamente, los perniciosos efectos mentales causados por los cuarenta años de confrontación. Los personajes de la novela, o al menos esa era mi intención, pretendían mostrar cómo la Guerra Fría seguía instalada en el subconsciente de los seres humanos, afectando no solo a sus actos sino también a su emocionalidad. Era una novela, pero a ojos de algunas personas poco perspicaces, el mero título me convertía en un experto en esa etapa histórica. Siempre me había interesado todo lo relacionado con la Guerra Fría; ya he contado cómo, siendo niño, encontré en las circunstancias que la rodearon un reflejo de mi mundo más íntimo y oscuro. Curiosamente fue esa confusión la que llevó a que me encargasen varios artículos para la prensa sobre el tema, a que me invitaran a participar en alguna tertulia radiofónica e incluso a que me ofrecieran la posibilidad de impartir una conferencia. Lo mejor del caso es que después de todo eso sí me convertí en una suerte de conocedor amateur. Casi por vergüenza empecé a leer libros de historia, a ver documentales y películas y a revisar la hemeroteca de ciertos periódicos en busca de cualquier información relacionada con los cuarenta años de conflicto entre la Unión Soviética y Occidente.

Por eso cuando llegamos a las instalaciones que ocupó la Stasi en Berlín durante casi cuatro décadas, en el barrio de Lichtenberg, convertidas ahora parcialmente en un museo, sentí lo que podría considerarse una conmoción en la Fuerza. Crucé el amplio patio que da a la entrada sumido en un tenso

silencio. Tenía muy presentes las imágenes de la película *La vida de los otros*: las idas y venidas del agente Wiesler, el coche del ministro de Cultura, la detención de la actriz Christa-Maria. Esa diáfana explanada ubicada entre toscos bloques grises, verdaderos epicentros del terror y la extorsión en la extinta RDA, fue construida para semejar un insulso patio de vecinos, un entorno completamente anodino, aburrido incluso; un espacio que uno cruzaría para ir a comprar acelgas al supermercado de la calle contigua, bajo una inopinada llovizna invernal.

Una joven guía nos esperaba en el vestíbulo del bloque principal, en el que se exponía una maqueta del complejo en su totalidad, con una clarificadora leyenda que indicaba las diferentes secciones temáticas en las que el Ministerio para la Seguridad del Estado había diversificado su mirada escrutadora. La guía era joven, demasiado para mi gusto, y hacía gala de un entusiasmo exagerado, empujada seguramente por la adormilada bisonñez de los alumnos a los que iba a tener que seducir con sus explicaciones. Yo habría preferido una mujer mayor, más corpulenta y con traje de falda y chaqueta de gruesa sarga marrón.

Recorrimos los pasillos donde se encontraban las salas de interrogatorios. Vimos una exposición con toda una serie de artilugios dedicados al espionaje, tan ridículos a estas alturas, tan patéticos, que parecían sacados de un especial de Mortadelo y Filemón. Por último recorrimos los diferentes despachos de los cargos medios y altos de la Stasi. Allí estaban las largas mesas de madera pulida, los amplios sillones de cuero, las cortinas fruncidas de un inconcreto tono amarillento y, sobre todo, los mastodónticos aparatos telefónicos con carcasas de plástico negro o rojo, plagados de botones arcaicos e incomprensibles. Ese fue el momento más impresionante, pues todo seguía igual, no habían tocado nada. Como si las personas que habían ocupado esas mesas y asientos se hubiesen marchado minutos antes sin hacer ruido.

Desde esos despachos, desde esos teléfonos monstruosos, se había decidido sobre la vida y la muerte de miles de personas. Casi podía olerse el

aroma de puros rancios propio de los peces gordos de antaño. Casi podía oírse el eco de las empalagosas melodías, o de las amables marchas militares, de un imposible hilo musical comunista, favoreciendo la tranquilidad y la armonía.

Fue precisamente el marcado contraste entre la iniquidad y lo cotidiano lo que me resultó más turbador. Y también que todo estuviese detenido, limpio pero fosilizado. Recordé lo que había dicho Ryszard Kapuściński sobre los campos de trabajo de Kolima tras la caída del imperio soviético: todo ese esfuerzo, dolor y sufrimiento dieron como fruto una ruina inservible, arrasada por el tiempo. Eso era lo que nosotros estábamos haciendo allí, en el Museo de la Stasi, aunque los alumnos no lo captasen debido a su edad: estábamos recorriendo las ruinas de una absurda civilización que había muerto de la noche a la mañana sin dejar ni siquiera un atisbo de algo que pudiera ser considerado un legado digno. Porque aquel lugar y todos aquellos objetos eran ya inservibles, estaban contaminados por una radiación simbólica; como si de un aséptico Chernóbil a pequeña escala se tratase.

Tras su desaparición, como podía apreciarse en aquellos despachos pulcramente abandonados, el sueño soviético tan solo había dejado un gigantesco vacío. Nada más.

Esa misma tarde, aprovechando uno de los escasos ratos libres de los que disponíamos, me escapé al barrio de Mitte para cumplir con un encargo de mi mujer. Mi intención, amén del encargo, era airearme un poco, alejarme durante un rato de la intensidad emocional de esa estancia en Berlín. Pero el resultado fue justo el opuesto al que esperaba, pues recorriendo las calles de Mitte experimenté la segunda oscura revelación berlinesa.

Fui caminando hacia mi destino, disfrutando del largo paseo. Adoro de Berlín esa mezcla de naturaleza y edificación que caracteriza tantas de sus calles: los árboles, las hierbas, los matorros invadiendo ciertas zonas del territorio urbano. También los bosques que rodean la ciudad, un derroche de exuberancia, pues parecen querer recuperar a la mínima oportunidad el

terreno perdido o bien convivir con lo artificial en régimen de igualdad. Algo que no puede encontrarse en ninguna otra gran ciudad de Europa. Y luego está la historia, la sucesión de fases de apogeo y declive, los momentos de esplendor y también los de gris ignominia, oleadas que han dejado un poso en todas las avenidas y plazas, un legado intangible que parece exponer la fragilidad de lo humano al rodillo implacable del paso del tiempo. Porque Berlín, en cierto sentido, es una ruina viva, un vestigio que sigue latiendo.

En eso pensaba mientras recorría Linienstrasse en busca de una pequeña tienda de bisutería artesanal. Mi mujer había descubierto ese negocio, Villa Sorgenfrei, en internet y las delicadas piezas que exponían le habían encantado. Como todavía no vendían online, me pidió que si tenía la oportunidad pasase por allí. Muy cerca ya de la dirección indicada, vi que a mi izquierda, en la otra acera, se extendía un muro de piedra cubierto de grafitis que ocupaba toda la manzana y que, en su centro, tenía una vieja puerta con barrotes metálicos, abierta en ese momento de par en par. Al otro lado de la puerta, desde mi posición, vi árboles frondosos y muy altos, césped recortado y un sendero de tierra o grava. Al fondo, en un costado, se erguía lo que parecía ser una cruz de piedra. Y también había pequeños bloques de mármol en el suelo, sobre el césped. Crucé la calle y me coloqué frente a la puerta, sin atravesarla. Descubrí entonces que se trataba de un cementerio y que las piedras que había en el suelo eran lápidas antiguas con inscripciones en alemán. Estaban dispersas sin seguir un orden concreto. Pero era muy lindo. Y no estaba abandonado, como podría dar a entender su ubicación, pues todo parecía cuidado y limpio. Transmitía calma. Daban ganas de pasear por él o de sentarse en alguno de los bancos de madera pintados de verde para leer un rato. Pero yo me quedé donde estaba. Algo me impedía cruzar la puerta. Ahí había gente enterrada. Personas muertas hacía ya mucho tiempo. Decenios, tal vez incluso siglos. Al reparar en ello, de repente me sentí mayor, no viejo, pero sí camino de serlo. Soplaban una suave brisa que apenas movía las hojas de los árboles. No pasaban coches a mi espalda, por

Linienstrasse. Me invadió entonces una profunda zozobra que me llevó a plantearme todas las cosas que yo ya nunca sería. Todas las cosas que jamás viviría.

Tras hacer el encargo de mi mujer, cogí el metro de vuelta al hotel con esa sensación de pérdida pesándome en los hombros, como si se hubiese pegado a mi piel. Rodeado de gente extraña me dio entonces por pensar en mis hijos, a los que sentía dolorosamente lejanos. Me habría gustado llamarlos por teléfono para decirles dónde me encontraba. Decirles simplemente que estaba en Berlín, en el metro, y que si miraban el plano de la ciudad podrían situarme en la parada de Stadtmitte, que está en Friedrichstrasse, no muy lejos del famoso Check Point Charlie. El no hacerlo, el no telefonarlos por considerarlo irracional, no hizo sino aumentar la sensación de pérdida hasta convertirla en algo parecido a la angustia. Una angustia asociada a lo que podría ser definido como una indeseada sensación de libertad extrema, sin retención alguna.

Pues bien, al día siguiente me encontraba sentado en la escalinata que lleva al pabellón de mármol que preside el Mausoleo Soviético de Treptower Park. Con aquella gigantesca espada pendiendo sobre mi cabeza. Tenía ganas de llorar y no sabía por qué. Observaba la perfecta perspectiva que dibujan las líneas rectas de los parterres bajo los que están enterrados los soldados soviéticos que murieron en la heroica toma de la ciudad, y también los triángulos de granito rojo con la hoz y el martillo apuntado hacia el cielo, y me sentía abatido como pocas veces en mi vida.

Me dio la impresión de que en ese parque no solo estaban enterrados los soldados soviéticos, allí yacía el sueño imposible de una manera de entender el mundo.

La derrota y la desolación que presidían aquel lugar parecían haber penetrado en mi interior sin que me hubiese dado cuenta; aunque tal vez se tratara más bien de un proceso de reconocimiento. De nuevo, al igual que me había pasado siendo niño en Vallcarca, tenía muy presente, como si se tratase

del anuncio de una tormenta aproximándose por encima de los edificios de Berlín, la idea del fin, la idea de la muerte. Me sabía repentinamente sin fuerzas, notaba sobre los hombros el enorme peso muerto de mis ilusiones, de todos los sueños que jamás podría cumplir. La espada del Soldado Libertador parecía preguntarme, sin posibilidad de escapatoria alguna, dónde había ido a parar mi deseo irrefrenable de viajar, de encontrar el gran mundo, por ejemplo. Porque todavía no había llegado el momento de la desilusión; ese proceso tendría lugar después de salir del hospital. Todavía estaba convencido de la existencia de un punto concreto en el que la ficción y la realidad se daban la mano y convivían y se mejoraban mutuamente. Pero era yo el que no parecía estar ya en disposición de encontrarlo. Pensarlo me provocaba una oleada de ansiosa nostalgia prácticamente insoportable.

¿A quién podía recurrir en un momento así en busca de consejo? Nunca había tenido a nadie a quien acudir cuando me enfrentaba a semejantes inquietudes. Solo disponía de mis lecturas o de las películas que me servían como referencia para casi cualquier cosa. Pero lo cierto es que habría estado bien que apareciese alguien para ofrecerme algo de consuelo.

Me habría gustado notar que me tocaban el hombro con los dedos reclamando mi atención. Dos, tres veces. Yo volvería la cabeza sobresaltado. A mi lado, de pie, un tipo corpulento, vestido con una camiseta negra, lisa, unos tejanos algo raídos y unas deportivas Nike sucias. El pelo liso, más bien corto, más o menos peinado, con raya a la izquierda. Con poblada barba, bastante descuidada, prácticamente blanca. Sus pequeños ojos azules, como escarbados en lo más profundo de su rostro ojeroso, me mirarían con una seriedad acongojante. Me tendería la mano.

«Soy Slavoj Žižek», me diría en inglés. «He venido para hacerte compañía en estos momentos de confusión y tristeza.»

Antes de que pudiese levantarme del todo para mostrarle mis respetos, me obligaría a sentarme de nuevo apoyando su poderosa mano en mi hombro. Se sentaría a mi lado.

«Esto que estás sintiendo no es *Ostalgie*, no es ese anhelo de la vida en tiempos del comunismo que ahora está tan de moda. Lo que realmente te está ocurriendo es que estás adquiriendo distancia para enfrentarte al trauma. Recuerda la película *Goodbye Lenin*, con su propuesta de la construcción de una RDA idílica y alternativa. No era una nostálgica historia de amor de un hijo por su madre, era una historia mucho más dura que *La vida de los otros*. Venía a decir que no había resistencia posible en aquel entonces, que la única manera de escapar a la locura era desconectar de la realidad.»

Como presentación me parecería de lo más extraño. Aun así, no me atrevería a preguntarle a qué trauma se estaba refiriendo, porque la expresión «desconectar de la realidad» me inquietaría; tal vez porque la sentía peligrosamente cercana a mi manera de comportarme en aquel tiempo.

«La posición del testigo débil es también un componente crucial de la experiencia de lo Sublime», diría Žižek. «Esta experiencia tiene lugar cuando nos encontramos frente a algún acontecimiento horroroso que excede nuestra capacidad de representación; es tan abrumador que no podemos hacer nada excepto permanecer en el horror; a un tiempo este acontecimiento supone una amenaza inmediata para nuestro bienestar mental, así que podemos mantener la protectora distancia del observador.»

Eso sí lo entendería. Aunque el hecho de que hablase sin referente, sin crear un contexto, me lo pondría muy difícil. Yo entendía lo Sublime como aquello que te impacta de tal modo, a un nivel estético y sensible, que en tu percepción no encuentra el correlato en un discurso lógico y, por tanto, la sensación que provoca mezcla la fascinación y la repulsa a partes iguales, sin límite concreto. ¿Y acaso no era eso lo que estaba experimentando yo allí, en el Mausoleo Soviético, y también durante buena parte de mi estancia en Berlín?

«¿Por qué, entonces, es el observador pasivo e impotente?», proseguiría Žižek. «La habilidad del observador para actuar aporta luz al hecho de que se convierte en esclavo de su propia fantasía.»

Yo querría preguntarle: entonces, ¿estos sentimientos que tengo tienen que ver con una fantasía que yo mismo he creado respecto a mi situación en relación con el tiempo y el lugar en el que estoy? Sin embargo, no me atrevería a preguntárselo. De algún modo, la pregunta me parecería un poco pueril. Así que Žižek reanuda su discurso.

«El problema de los medios de comunicación contemporáneos no reside en que nos lleven a confundir la ficción con la realidad sino en su carácter hiperrealista, que hace que saturan el vacío que mantiene abierto el espacio de la ficción simbólica.»

Sin duda Žižek sería consciente de mi cara de pasmo, por eso me agarraría del antebrazo y me miraría con intensidad. «Hablamos de representar en palabras aquello que da la impresión de que no puede ser expresado, ¿no es cierto?»

Se expresaría con su habitual vehemencia, con gestos bruscos y haciendo uso de esa manera suya tan particular, casi intimidatoria y sin duda voluntaria y estudiada, de hablar en inglés: con su característico acento metálico, arrastrado, torpe y chirriante. Con la intención de suavizar un poco la tensión del momento, que amenazaría con aplastar mi congoja por la fuerza, le diría: «Tengo la impresión de estar falseando el pasado simplemente para contar una historia en la que las piezas encajen. Creo que por eso me siento apesadumbrado. Soy un falsario, mis sentimientos no son reales, ¿no es cierto?».

Žižek, no sé si a modo de respuesta a mis palabras, haría una mueca de repulsa y diría: «La narración tiene un poder transformador que satisface la necesidad de construir realidades ficticias alternativas. Reescribir el pasado es un acto de generosidad que permite al sujeto cambiar el futuro. Aun cuando las realidades ficticias no sean bonitas, aun cuando dé la impresión de que el dolor es reemplazado por otro dolor mayor, existe en ese cambio un beneficio patológico secreto, se genera un excedente de placer».

Miré hacia la lejanía, dejándome llevar por la perspectiva perfecta que

trazaban las líneas de fuga que iban a morir justo entre las dos banderas de granito rojo.

«La verdad tiene la estructura de la ficción. Recuérdalo siempre.»

Žižek habría dicho que reescribir el pasado era un acto de generosidad que permitía cambiar el futuro. Así pues, no tenía necesidad de retirar mi fantasía ni de sentirme culpable.

«Es mucho mejor un desastre basado en la fidelidad a un acontecimiento que mostrar indiferencia hacia el mismo. Parafraseando la memorable frase de Beckett, después de fracasar, uno tiene que seguir adelante y fracasar mejor. La indiferencia, sin embargo, hace que profundicemos cada vez más en la ciénaga de la imbecilidad.»

Fue entonces cuando me levanté, casi de un salto. Aquellas posibles explicaciones apuntaban hacia un territorio que yo no estaba todavía preparado para transitar. Creía disponer de algo más de tiempo para mirar hacia otro lado. No quería responder a la admonición que la espada que pendía sobre mi cabeza intentaba transmitirme.

Llegué hasta donde se encontraban reunidos parte de mis alumnos. Parecían cansados a pesar de que eran poco más de las doce del mediodía. En breve almorzaríamos, les recordé, recogeríamos nuestras maletas en el hotel y nos dirigiríamos al aeropuerto de Tegel.

Cuando atravesé el arco de piedra que da entrada al Monumento a los Soldados Soviéticos, en la avenida Pushkin, al observar de pasada la estrella comunista con la hoz y el martillo grabadas en lo alto, me di cuenta de que tarde o temprano iba a tener que hacer frente a mis propias derrotas, a mis propias ruinas, y que el tiempo para hacerlo se iba acortando.

El primero de los escritores a los que vi o creí ver, o tal vez intuí o soñé durante aquel viaje por Inglaterra fue David Lodge. Me crucé con él unos pocos segundos en el aeropuerto de Heathrow, estaba de pie en la cola de facturación de una compañía aérea norteamericana, acompañado por dos mujeres, una tan mayor como él y otra de mediana edad pero de aspecto bastante estrafalario, vestida con atuendo deportivo fosforescente.

Me sorprendió que Lodge llevase puesta una gorra con el logotipo de una conocida multinacional alimenticia, pues me dio la impresión de que le hacía parecer un pobre jubilado voluntarioso pero inoperante. Y todavía me sorprendió más que, a pesar de seguir luciendo aquel impenitente flequillo juvenil por debajo de la visera, su rostro denotase un oscuro desasosiego, como si estuviese abrumado debido a la cantidad de gente que corría por allí de un lado para otro.

Supongo que, en una situación así, me habría gustado imaginar a Lodge en un rincón, o acodado en la barra de una de las cafeterías del aeropuerto, o a cierta altura, como levitando pulcramente por encima de la multitud y del tráfico, con una chaqueta de tweed con coderas, luciendo esa familiar sonrisa suya a medio camino entre la compasión y la ironía. Aunque, bien mirado, supongo que también me habría gustado imaginarlo más joven, con unos veinticinco o treinta años menos, como cuando escribió esto en *Noticias del Paraíso*: «La única manera de parar el turismo, legislación aparte, consiste en demostrar a la gente que en realidad no disfrutan cuando salen de vacaciones, sino que se entregan a un ritual supersticioso. No es una coincidencia que el

turismo ascienda precisamente al declinar la religión. Es el nuevo opio del pueblo, y como tal debe ser denunciado».

En cualquier caso, mientras atravesaba el vestíbulo de Heathrow alejándome de David Lodge envidié su maravillosa capacidad de observación, su perspicaz puntería a la hora de escoger los detalles en los que incidir para realizar una descripción breve y eficaz. Me habría gustado disponer de sus dones narrativos para poder decir algo certero y agradable sobre el propio Lodge. Pero solo me quedé con el tema de la edad. Lo vi muy mayor. Y no había modo de sacarle punta a esa cuestión sin resultar ofensivo; entre otras razones, porque tampoco disponía de su irreprochable sentido del humor.

Para subsanar esas carencias, quise decirle a mi mujer: «¿Te has fijado? Era David Lodge». Simplemente por compartir el momento. Pero habría supuesto tal esfuerzo crear el contexto necesario para que ella entendiese lo que ese encuentro podía significar para mí, que lo dejé correr.

Había acabado de escribir mi segunda novela hacía poco más de un mes. Durante los últimos seis años había dedicado los veranos, casi en exclusiva, a intentar liquidar ese proyecto literario. Pero que le hubiese puesto el punto final no implicaba que me sintiese tranquilo o confiado, dispuesto a disfrutar relajadamente de unas verdaderas vacaciones; todo lo contrario. Por una parte, no verme sometido a la obligación de escribir, tal vez por la falta de costumbre, me hacía sentir inútil, como una marioneta dentro de su caja; o como un albatros en tierra, si se prefiere. Por otra parte, el hecho de haber puesto el punto final al manuscrito de mi segunda novela me generaba dudas que afectaban seriamente a la visión que tenía de mí mismo como escritor al proyectarme en un futuro inmediato.

Siempre que viajaba a Londres, ya fuese solo o con la familia, me alojaba en las inmediaciones de la estación Victoria. Más por costumbre que por comodidad. En esta ocasión, sin embargo, Victoria iba a ser tan solo otra estación de paso en nuestro tránsito hacia el hotel, ubicado en el Royal

Victoria Dock, distrito de Newham, junto al Centro de Exposiciones ExCel; es decir, en el quinto infierno. Pero no nos importaba que se tratase de una zona desolada y sin atractivo alguno, ya que Londres sería solo un lugar de paso, pues estábamos en Inglaterra para recorrer durante unos días la campiña.

Estaba convencido de que pasar unos días en la campiña inglesa, un lugar en el que suponía que no abundaban los estímulos intelectuales que solían alimentar la vertiente más ansiosa de mi espíritu, despejaría mi mente y permitiría que mis dudas se calmasen.

Ubicar la campiña en el mapa de Inglaterra, sin embargo, no resulta tan sencillo como podría suponerse. Suaves colinas y caminos de tierra flanqueados por muretes de rocas, así como pueblos pintorescos bien conservados, los hay en Inglaterra a montones, por lo visto. Pero existe una zona denominada los Cotswolds, un amplio triángulo cuyos vértices los marcan Bristol, Oxford y Stratford-upon-Avon, donde la densidad de parajes de singular belleza es especialmente elevada. Ahí era donde pensábamos dirigirnos en cuanto saliésemos de Londres.

Pero antes de alquilar un coche y ponernos en ruta pasamos un par de días en la ciudad. Aprovechamos para visitar, entre otros lugares de interés, la tienda de Twinings, la famosa marca de té, situada en el Strand, muy cerca de los Reales Tribunales de Justicia. Fue allí donde vi o creí ver, o tal vez intuí o soñé con Martin Amis, el segundo de los escritores con los que iba a cruzarme durante ese viaje.

Estaba haciendo tiempo en la acera junto a mis hijos, mientras mi mujer pagaba en la tienda, cuando pasó a nuestro lado, solo y con cierta celeridad, el autor de *Dinero*. Iba fumando con el ceño fruncido. Me sorteó por la derecha, permitiéndome apreciar la dimensión de sus entradas, imposibles de disimular a pesar de que ya no llegarían a convertirse en calvicie absoluta. Amis me recordó ligeramente a mi difunto suegro, supongo que por su aire de matoncillo de barrio en horas bajas, camino de una indeseada jubilación.

Bajito y cabezón, resultaba evidente que la mala leche había moldeado sus líneas de expresión facial. De espaldas, su cabellera entrecana, del mismo color que el humo de tabaco que iba dejando atrás, no parecía tan escasa.

En esta ocasión no lo pude evitar y dije, con un tono que denotaba asombro y desconcierto y, por qué no decirlo, también algo de nostalgia: «Es Martin Amis». Mis hijos me miraron, después miraron hacia la figura que iba empequeñeciéndose de manera intermitente entre la multitud, y luego se miraron entre ellos. Y el mayor dijo: «Martin Amis es un jugador del Arsenal, ¿no?». A lo que el pequeño replicó, con algo de las maneras de su abuelo materno: «No te enteras de nada. Pero si era un viejo. ¡Martin Amis fue entrenador del Newcastle!».

Cuando mi mujer salió de la tienda Twinings incidí de nuevo: «Acabo de ver a Martin Amis». «¿Ah, sí?», se limitó a responder mientras comprobaba el estado de sus compras. «Es extraño», le dije. «Pensaba que vivía en Brooklyn. ¿Por qué estará aquí?» «Mmm», respondió mi mujer camino ya de la parada del metro. «La primera reseña que publiqué fue de un libro suyo, *La información*. ¿Te lo había contado?», añadí con una sonrisa boba. Entre nosotros dos se impuso un silencio momentáneo, roto finalmente por las palabras de mi mujer: «Qué bonita la tienda de Twinings, ¿verdad?».

Mis hijos, por su parte, seguían discutiendo sobre aspectos de la Premier League que a mí se me escapaban por completo, parecían hablar en una jerga futurista que me hacía sentir mayor y desfasado. Pensé entonces en aquellas palabras de Martin Amis que había leído años atrás en *La guerra contra el cliché*: «La gente tiene hijos por una razón muy importante, aunque tal vez no sea buena. Por más que nadie sepa qué serán cuando crezcan, los hijos prolongan nuestra andadura vital. Nos ayudan a liberarnos del desierto biológico, en el que los únicos sonidos que oiríamos serían los jadeos del sexo y la muerte».

A la mañana siguiente alquilamos un Vauxhall Corsa de color pistacho en un concesionario que había dentro de las instalaciones del ExCel, lo

cargamos con nuestras maletas y nos fuimos de Londres. No comentaré nada sobre la dificultad que supone conducir con el volante a la derecha (¡esas infernales rotondas invertidas!), ni del calvario que entrañó cruzar la capital de Gran Bretaña en hora punta. Lo importante era que por fin estábamos en ruta. Sin embargo, mi mujer había previsto un par de paradas de camino a los Cotswolds. La primera de ellas fue Stonehenge. La segunda sería Glastonbury, una vez establecidos ya en la casita que habíamos alquilado en Axbridge, pocos kilómetros al sur de Bristol; el que iba a ser durante varios días nuestro primer cuartel de operaciones.

El lugar donde está enclavado el conjunto megalítico de Stonehenge es, en esencia, una inmensa llanura con levísimas elevaciones aquí y allá que apenas pueden ser descritas como lomas. Hay varias poblaciones en los alrededores de dicha llanura, pero por alguna extraña razón no se aprecia ninguna marca de civilización a medida que te acercas a Stonehenge. Allí todo es verde, tranquilo, solitario, aislado. Es decir, el inquietante paraje ideal para un encuentro con seres alienígenas o de otras dimensiones.

A pesar de ser esencialmente una gigantesca llanura, desde la carretera resulta imposible avistar las rocas, lo que obliga a dar un rodeo de varios kilómetros hasta llegar a la entrada principal del recinto, denominado ahora Stonehenge Visitor Centre. Las instalaciones de acceso tienen ese aire desapegado y aséptico propio de cierta arquitectura contemporánea que no te permite saber, a primera vista, si te encuentras en un Centro de Atención Primaria, en una moderna estación de tren o en un tanatorio; como el del Prat de Llobregat. Es muy caro entrar en el complejo, y la tienda de regalos es aburrida, pero para dirigirte al conjunto megalítico, a un par de kilómetros de la entrada, te obligan a montar en unos vehículos todoterreno que recuerdan gozosamente a los transportes de *Parque Jurásico*.

Aun así, resultaba un tanto extraño recorrer a pie el perímetro del conjunto megalítico siguiendo el trazado del camino de asfalto que lo rodea. Tal vez lo que pretendieron con ese diseño los gestores de aquel tinglado, English

Heritage, fue hacer totalmente palpable la sensación de anacronismo que lo presidía todo allí, pues daba la impresión de que estábamos rodeando un incomprensible y maltrecho radiotelescopio de la Edad de Piedra.

En eso andaba pensando, sin dejar por ello de sacarle fotos a las rocas como cualquier otro turista, cuando en la pequeña pantalla de mi cámara digital, en una de las esquinas, vi o creí ver, o tal vez intuí o soñé con la tercera escritora con la que iba a cruzarme durante ese viaje. Se trataba de A.S. Byatt.

Ella llegaba y nosotros nos íbamos, pero, como no podía ser de otro modo, me detuve a observarla durante unos segundos. Iba con otras cuatro mujeres. Vestían todas de un modo muy similar: pantalones vaqueros holgados, cortavientos o chubasqueros de marcas reconocibles y colores básicos y cómodas zapatillas de running con gruesa suela de goma. Otro detalle más: todas ellas tenían el pelo corto, peinado con cierto descuido; la autora de *Posesión* era la única que no lo llevaba teñido.

Atisbé su rostro apenas durante unos segundos, estaba a treinta metros de distancia, pero lo reconocí al instante porque aprecié en él, una vez más, lo que a mí siempre me ha parecido un inconfundible gesto de seria alegría, de confianza serena y de seguridad en sí misma y en su posición como escritora. Qué envidia, me dije sin moverme un ápice. Siempre he admirado a Antonia Susan Byatt. Es cierto que la composición de su cara me recuerda, Dios me perdone, a la del Pato Donald, aunque un tanto más redondeada y grave, pero su mirada es tan penetrante, tan llena de inteligencia y de esa poderosa voluntad que tanto se asemeja al anhelo de trascendencia. Y además escribe como yo creo que escribiría Johann Sebastian Bach: con una predisposición natural a la armonía que posibilita la perfecta convivencia de la rotundidad y la ligereza.

«Nada de ideas sino es en las cosas», me dije con la cabeza gacha, apesadumbrado, mientras me dirigía de vuelta al vehículo todoterreno. Pero no lo dije pensando en William Carlos Williams, sino en Byatt citando al

poeta de *Paterson* en un magistral relato suyo, «Material en bruto», incluido en *El libro negro de los cuentos*. También me vinieron a la mente las primeras líneas de ese mismo relato, que solía tener muy presentes en esa época: «Intentad evitar lo falso, lo forzado. Escribid sobre aquello que verdaderamente conozcáis. Convertidlo en algo nuevo. No inventéis un melodrama por el gusto del melodrama. No intentéis correr, y mucho menos volar, antes de que seáis capaces de andar con comodidad».

No tenía presentes esas palabras por casualidad. Ya he dicho que había acabado de escribir mi segunda novela hacía poco. Pasé seis años redactándola, un proceso duro y complejo. Cuando por fin decidí poner el punto final me sentí lo bastante satisfecho, al menos durante un rato, para presentarla a un famoso premio literario. Si ver a Byatt junto al conjunto megalítico me provocó cierto malestar fue porque en mi novela hablaba de cosas que conocía, pero también de muchas otras que ignoraba por completo. Tenía la sensación de que en aquellas quinientas páginas había intentado abarcar el mundo entero, o como mínimo una visión de ese mundo, y ahora, a ratos, me sentía absurdo debido a lo pretencioso de mi afán. Tal vez había querido correr, o volar, antes de sentirme cómodo caminando.

Seguramente fue la oscura energía que generaban esas dudas lo que convocó la presencia de la siguiente escritora que vi o creí ver, o tal vez intuí o soñé en ese viaje por Inglaterra, Zadie Smith.

Ya llevábamos un par de días instalados en Axbridge. Habíamos alquilado una casita de madera, poco más que una cabaña prefabricada, enclavada en las instalaciones de algo que podría haber pasado por un camping de costumbres híbridas. Habíamos estado en Glastonbury, visitando su famosa abadía, o lo que queda de ella, para ver el lugar en el que supuestamente enterraron a Arturo y Ginebra, y también recorrimos lo que se conoce como el Pozo del Cáliz, un delicioso e imbricado jardín donde supuestamente se reunían en tiempos remotos seres feéricos y mujeres dotadas capaces de comunicarse con ellos. Aunque lo que más me interesó fue todo el negocio

que habían montado en el pueblo alrededor de esas supuestas creencias paganas.

Imbuidos precisamente por lo que allí denominaban la «Leyenda de Avalon», subimos una tarde hasta la Torre de San Miguel, situada en lo alto del único cerro que había por los alrededores, un lugar al que había que ascender a pie, superando un desnivel más que considerable, con la promesa de dominar desde allí, a falta de recompensas más esotéricas, una vista completa de toda la comarca.

Fue durante el ascenso a la Torre cuando me crucé con Zadie Smith. Iba resoplando a mucha distancia de mis hijos, que no dejaban de recordarme obscenamente mi patética forma física. Smith descendía deprisa, seguida a duras penas por un tipo delgado de barba rala que apenas podía mantenerle el ritmo; supuse que era su marido, Nick Laird. Parecían haber discutido o estar de mal humor por alguna cuestión ajena al entorno. A pesar de tener poco aire en los pulmones, pensé que siempre que había visto a la autora de *Dientes blancos* me había dado la impresión de que estaba enfadada, enfadada con todo y con todos. Pensé también que su habitual displicencia olímpica, propia de quien se sabe por encima del común de los mortales debido a su talento literario, la había convertido en un personaje inaccesible y admirable a partes iguales. Para mí, como mínimo, lo era desde hacía mucho tiempo, por su poderío narrativo, por descontado, pero también por haber alcanzado el éxito mundial con su primera novela, a los veinticinco años, y por no haber dudado de su papel como escritora ni del lugar que ocupaba en el mundillo literario desde entonces.

Sí, había envidiado siempre a Zadie Smith, aunque por razones mucho más mundanas de las que me llevaban a envidiar a A.S. Byatt.

Tras ese encuentro con la autora de *Sobre la belleza*, mi incomodidad y mi nerviosismo se hicieron patentes y me resultó imposible disimularlos. Porque todos esos encuentros teóricamente fortuitos no podían ser producto de la casualidad o del azar. Mirándolos en conjunto, de hecho, daba la impresión

de que estuviesen interpeándome directamente. Sin duda esas apariciones tenían que significar algo, me dije, pero ¿qué?

En los días siguientes visitamos Bath, la elegante y discreta ciudad donde se encuentra el Jane Austen Centre, y Avebury, donde puede recorrerse uno de los monumentos neolíticos más grandes de Europa, mucho mayor, por ejemplo, que el de Stonehenge.

Después nos instalamos en Cheltenham, donde habíamos alquilado la segunda casita que haría las veces de cuartel de operaciones. Y fue a partir de entonces cuando nos entregamos al supuesto placer de recorrer carreteras comarcales y permitir que el GPS, que hablaba en un castellano psicodélico, recalculase una y otra vez las rutas que habían de conducirnos a rincones como Bourton-on-the-Water, Bibury o Chipping Campden, llevándonos por caminos de tierra flanqueados por muretes de rocas que atravesaban suaves colinas... Es decir, pudimos vivir con intensidad la campiña inglesa. Sin embargo, la experiencia no produjo en mí el efecto que había esperado cuando planeamos ese viaje.

De hecho, en uno de los muchos pueblecitos encantadores que visitamos, Castle Combe, seguramente el más hermoso de todos, vi o creí ver, o tal vez intuí o soñé no ya con un escritor, sino con dos a la vez. Se trataba de Evelyn Waugh y de Ian McEwan.

Habíamos entrado en un pequeño pub junto a Market Cross, el único del pueblo que estaba abierto. Era media tarde y nos apetecía tomar un refrigerio para poder seguir transitando por aquellas estrechas carreteras un par de horas más. Ian McEwan atendía tras la barra. Evelyn Waugh estaba sentado en un taburete tomándose una pinta de cerveza tostada. Le pedí a mi mujer y a mis hijos que tomaran asiento en la terraza interior y mientras yo fui a pedir las consumiciones, como el que decide proteger a su familia y acude en solitario a enfrentarse a una amenaza desconocida. Mientras me acercaba, oí decir a Waugh: «¿Qué dejaba a mi espalda? ¿La juventud? ¿La adolescencia? ¿El amor romántico? Lo mágico de todas estas cosas, el compendio del joven

magos». Tras pronunciar estas palabras, con una voz modulada y nostálgica que sonaba a antiguo imperio, bajó del taburete con dificultad debido a su corpulencia y se encaminó hacia el lavabo dándome la espalda.

Me apoyé entonces en la barra, forrada de escay rojo, y le pedí a McEwan las bebidas. En su gesto creí apreciar un ligero deje de burla, pero intenté no darle importancia. A pesar de mis esfuerzos, la situación resultaba muy perturbadora, cuando no directamente estrambótica. McEwan no tardó en colocar una pequeña bandeja de metal frente a mí, dejó los vasos encima y me comunicó el importe. Supongo que estaba empezando a acostumbrarme a la deficitaria relación calidad-precio de los pubs británicos, porque pagué sin rechistar. Cuando me disponía a salir a la terraza, con la bandeja ya en las manos, McEwan, que siempre me ha recordado a David Carradine, aunque sus gafas de montura metálica le hagan parecer un implacable inspector de Hacienda, me miró fijamente y, apuntándome con el mentón, me dijo: «Qué relajante debió de ser, en otra época, ser próspero y creer que una fuerza sobrenatural omnisciente había asignado a cada persona su posición en la vida». Sonrió y, solo cuando yo le correspondí con otra sonrisa forzada, me dejó marchar.

No le comenté nada de lo ocurrido ni a mi mujer ni a mis hijos. No habría sabido qué decirles. Me bebí la Coca-Cola en silencio, intentando recuperar la compostura. Si alguien me hubiese preguntado en ese momento sobre mi situación, le habría dicho que estaba tenso, nervioso, y que tenía unas ganas locas de salir de allí y volver a la carretera. Pero si esa misma pregunta me la hubieran hecho dos años después, durante mi estancia en el hospital, me habría limitado a decir que tenía miedo y que no sabía por qué.

Al día siguiente estuvimos en Stratford-upon-Avon, el pueblo natal de William Shakespeare. Iba a ser la última escala de nuestro recorrido por los Cotswolds. Después de eso regresaríamos a Londres para tomar el avión de vuelta a casa.

Habida cuenta de que había sido yo el que había propuesto visitar

Stratford-upon-Avon, a modo de remate significativo a nuestras vacaciones, debería tal vez haberme sentido conmovido al entrar en la que se supone que fue la vivienda de la familia del dramaturgo. Pero no sentí nada especial, si acaso una extraña sensación de incongruencia. Luego pasamos junto al solar donde estuvo la casa del propio Shakespeare, adquirida con los beneficios que la representación de sus obras en Londres le generó, convertida ahora en un anodino jardín, completamente olvidable. Por último, recorrimos el camino que lleva hasta la Holy Trinity Church, donde en teoría está enterrado el autor de *Hamlet*, completando así una suerte de peregrinación carente de cualquier clase de fe y marcada, sobre todo, por la desgana.

«Buen amigo, por Jesús, abstente / de cavar el polvo aquí encerrado. / Bendito sea el hombre que respete estas piedras / y maldito el que remueva mis huesos.» Eso es lo que puede leerse en la lápida de la supuesta tumba de William Shakespeare, enmarcada por un cutre cordón azul y señalada por un indigno cartel con letras doradas apoyado en el suelo. Los huesos de William Shakespeare podían estar allí, bajo tierra, o no, pero lo cierto era que importaba bien poco. Tal vez ese sea el auténtico destino de un escritor, me dije, que tu nombre presida una tumba aleatoria, cutre y prescindible, sin valor real alguno.

No sé si a esas alturas mi familia estaba pendiente de mi estado de ánimo, pero les conduje de regreso a Chentelham sumido en una profunda decepción. No sé qué había esperado encontrar en Stratford-upon-Avon, pero fuera lo que fuese no lo encontré. Tal vez se debía simplemente a lo que había escrito Lodge en *Noticias del Paraíso*, eso de que la gente no disfruta realmente cuando sale de vacaciones, sino que se entrega a un ritual supersticioso, y que no es una coincidencia que el turismo ascienda en importancia precisamente al declinar la religión.

A la mañana siguiente, después de arreglar la casa, hacer las maletas y cargarlas en el coche, me dispuse a devolverle las llaves a la casera. A nuestra llegada, fue mi mujer la que habló con ella. Vivía en la planta de arriba, que

disponía de una entrada independiente a la que se accedía por unas escaleras exteriores de madera. Tuve que llamar un par de veces antes de escuchar unos pasos lentos que se aproximaban. Cuando se abrió la puerta, me hallé frente a una mujer mayor, una anciana, corpulenta y no muy alta, vestida con algo parecido a una bata ligera de color oscuro. Su rostro ancho y de rasgos muy definidos era un variado muestrario de arrugas. Tenía el pelo ondulado, totalmente blanco, y lo llevaba recogido en un moño en la parte trasera de su cráneo, invisible desde mi perspectiva. Sus ojos estaban hundidos, pero no tanto físicamente como a nivel conceptual, pues parecía mirar desde una profundidad personal insondable. Y sonreía de manera acogedora a pesar de carecer casi por completo de labio superior.

Me quedé mudo. Paralizado. La anciana miró hacia mi mano derecha, en la que sostenía las llaves. Me hizo un gesto sin dejar de sonreír. Yo se las tendí. «¿Han estado a gusto en la casa?», me preguntó con una voz curiosamente tintineante, casi juvenil. «Sí, sí», respondí arrobado como un adolescente. «Hemos estado muy bien. La casa es genial.» Ella reforzó la sonrisa, añadiéndole un toque juguetón, y dijo: «Tal vez le interese saber que ahí abajo se han alojado personas importantes. Escritores famosos». «¿Ah, sí?», repliqué. Ella asintió con solemnidad, con una socarronería cada vez más evidente. «Le di cobijo a Kazuo Ishiguro cuando todavía era estudiante. Y antes aun durmió en esa casa William Boyd. ¿Qué le parece?» «Impresionante», respondí, incapaz de añadir nada más. Permanecí inmóvil durante unos segundos, asintiendo como un muñeco de plástico. «Deje que le diga una cosa», me dijo la anciana poniéndose seria sin previo aviso. «No solamente resulta infantil que un escritor persiga que los lectores vean lo que él ve, y que entiendan la estructura y la intención de lo que escribe como él lo ve. Que el autor desee esto demuestra que no ha entendido el punto más fundamental: a saber, que un texto está vivo y es poderoso, fructificador y capaz de remover el pensamiento y la discusión solamente cuando su forma, intencionalidad y plan no se comprenden, debido a que el momento de captar

la forma, la intencionalidad y el plan coincide con el momento en que no queda ya nada por extraer.» Seguí asintiendo, no solo porque quería mostrarme amable, sino porque entendí perfectamente a qué se refería. La anciana dio entonces un paso atrás y agarró el pomo de la puerta desde dentro, dispuesta a despedirse. «Bueno», dijo. «Espero que tengan muy buen viaje de vuelta. Tal vez volvamos a vernos en otra ocasión. Yo seguiré aquí», remató con una sonrisa más radiante incluso que aquella con la que me había recibido. «Sí, por qué no. Muchas gracias por todo», declaré yo.

Estaba por darme la vuelta para bajar las escaleras y la anciana había empezado a cerrar la puerta cuando me detuve y, haciendo acopio del poco valor que corría por mis venas, le pregunté: «Usted es Doris Lessing, ¿verdad?».

Todo el mundo merece ser tratado como una estrella de rock al menos una vez en la vida. Todo el mundo tendría que conocer en alguna ocasión, por breve que fuese, las mieles del éxito, lo que supone ser considerado un triunfador en su disciplina, sea esta cual sea. No me refiero aquí a un reconocimiento sincero y justo por los servicios prestados, porque el éxito nunca es justo y prácticamente nunca responde a los propios méritos, estoy hablando de la recompensa que entraña lo que consideramos triunfo, ya sea merecido o no, es decir, los halagos, los parabienes, la atención, las prebendas; el trato de favor, las ofrendas y, con mucha suerte, la vida regalada.

Le dediqué nueve años a mi primera novela. Desde mi punto de vista, tuvo una recepción más que aceptable a pesar de que la editorial despidió a la persona encargada del departamento de prensa justo antes de la publicación y durante seis meses nadie ocupó su lugar. En cualquier caso, la editorial quebró al poco de iniciarse la crisis dejándome huérfano y obligándome a empezar de nuevo lo que se suponía que era ya una carrera iniciada. Cinco años después de publicar la primera, finalicé mi segunda novela. Tan orgulloso me sentía de ella y tenía tan poco que perder que, como ya he dicho, la presenté a un premio literario.

Durante mucho tiempo creí que lo peor que le podía pasar a un escritor era ganar un premio. Una buena obra no necesitaba que la empujasen o la hiciesen visible, pensaba yo. Y todavía lo pienso. Pero en la valoración del hecho de ganar un premio dejaba de lado un detalle fundamental: el factor humano. Porque es cierto que una obra sigue siempre su camino y alcanza el

reconocimiento que le corresponde, ni más ni menos; ya sea en su tiempo o en un esperanzador e incognoscible y remoto futuro, como me dijo en una ocasión Juan Villoro. Pero al autor sí le va de maravilla que le den un empujoncito, que lo reconozcan, siquiera de vez en cuando; siquiera una vez en la vida. Y los premios literarios son básicamente eso, una palmadita en la espalda del escritor.

La llamada del que hoy en día es mi editor para comunicarme que había ganado el premio me pilló en el coche, saliendo de la escuela en la que trabajaba, camino de casa. En el asiento del copiloto llevaba a una de las profesoras de inglés, Jenny, que me había pedido que la acercase hasta la Cruz de Pedralbes para tomar el autobús. Tuve que detener el coche junto al bordillo para poder exteriorizar mi emoción sin arriesgarme a provocar un accidente. Le pedí permiso a mi compañera para abrazarla y la abracé. Tenía que abrazar a alguien.

A partir de ahí, todo fue muy rápido y apenas tuve tiempo de hacerme a la idea de lo que estaba ocurriendo. Me hicieron las fotos promocionales un día antes de anunciar públicamente el fallo del premio. Al día siguiente me llevaron a comer a un lujoso restaurante de la calle Rosselló para el anuncio oficial. En la comida había un montón de periodistas y dos de los miembros del jurado: Juan Marsé y Almudena Grandes. Ambos fueron sumamente amables, casi obsequiosos conmigo. Desplegaron todo su sobrio encanto para que me sintiera uno de ellos. Los periodistas, por su parte, me hicieron varias entrevistas y me tomaron un montón de fotos en el restaurante; algunas de ellas francamente inverosímiles.

En cualquier caso, pocas horas después mi cara aparecía en todas las páginas web de todos los periódicos de España y de Latinoamérica. Del anonimato total a la sobreexposición absoluta; hay que aclarar que se trataba de una sobreexposición literaria, que nada tiene que ver con la verdadera fama.

Durante dos semanas todo transcurrió con cierta tranquilidad, porque

todavía no estaba impreso el libro. Pero a mediados de octubre empezaron las entrevistas y las reseñas. Por otra parte, al tratarse de un premio internacional, la editorial había optado siempre por presentar al ganador en la mayor de las ferias literarias de habla hispana: la FIL de Guadalajara, en México. A mí también iban a llevarme allí para mantener la tradición.

Volé solo. La gente de la editorial ya estaba en la ciudad, esperándome. Al llegar al aeropuerto me comunicaron que mi maleta había sido transferida a otro avión en el tránsito desde Ciudad de México y llegaría una hora y media más tarde. Por lo visto, no fui el único damnificado. Me encontré con uno de ellos en la barra de la cafetería más cercana a las cintas de recogida de equipajes. También venía de Barcelona. Después de charlar unos minutos con él me di cuenta de que me sonaba su cara y le pregunté su nombre. Era Daniel Cassany, el famoso especialista en lingüística y comunicación, profesor de la Universitat Pompeu Fabra, autor de un libro que me había marcado siendo estudiante: *La cocina de la escritura*. Pagó él los cafés porque llevaba pesos mexicanos.

Una vez en el vestíbulo acristalado del aeropuerto, antesala de la salida, con la maleta a mis pies, me tocó unirme a algunos autores pertenecientes al grupo editorial del que dependía el sello que había publicado mi obra. A los de mi tanda, porque los grupitos se formaban y salían de allí con una pasmosa asiduidad, nos metieron en una furgoneta plateada y nos condujeron casi sin mediar palabra al centro de la ciudad. Cuando llevaba unos veinte minutos apretujado en mi asiento, me di cuenta de que la viejecita risueña que tenía a la izquierda era la escritora Elena Poniatowska, que había recibido el Premio Cervantes en 2013. Cuando se percató de que no le quitaba ojo de encima, se presentó. Sin tenderme la mano, aunque con una aplastante naturalidad, me dijo con una sonrisa: «Me llamo Elena Poniatowska».

Me alojaron en el Hilton, un lujoso complejo hotelero situado justo frente a uno de los laterales del gigantesco recinto que ocupaba la feria del libro. Apenas iba a tener que cruzar la calle para verme inmerso en la vorágine. De

la suite que me tocó en suerte, lo que más llamó mi atención fue la cama, de un tamaño descomunal, en la que perfectamente podrían haber dormido tres personas de tamaño medio sin llegar a rozarse. Horas después acredité la calidad excepcional de las almohadas, mullidas y adaptables; las mejores de las que he disfrutado jamás estando de viaje.

En el Hilton estaban instalados buena parte de la nutrida e ilustre comitiva de invitados de la FIL 2014. Pude comprobarlo a la mañana siguiente, durante la estrambótica escena que tuvo lugar antes del desayuno. Debido a la cantidad de clientes que se arremolinaban en el restaurante durante las primeras horas de la mañana, te obligaban a dar tu nombre a una camarera colocada tras un atril junto a la puerta. Tenías que esperar a que te llamasen cuando quedaba libre una mesa. Pocos minutos después, empecé a oír nombres muy reconocibles del panorama cultural en lengua española. «Jorge Herralde», dijo la camarera del atril. Al poco vi al editor entrar en el comedor acompañado por Lali Gubern, su esposa. «Arturo Pérez Reverte», dijo al rato. «Juan Cruz.» «Luis Goytisolo.» Parecía el desarrollo de un chiste. La camarera iba pronunciando aquellos nombres como quien constata un pedido en una hamburguesería, sin emoción alguna, con un deje por completo atonal. Finalmente pronunció mi nombre y mi apellido y me adentré, todavía impresionado, en aquel espacio destinado a acoger a la flor y nata de las letras hispanoamericanas.

El resto de las mañanas que pasé en el Hilton tuvo lugar el mismo ritual: nombre conocido, nombre conocido, nombre conocido y mi nombre. Una vez en el interior del restaurante, donde podías gozar de decenas de variedades alimenticias asociadas a todos y cada uno de los países del continente, había que llevar a cabo el protocolo de los saludos. Cada cual según sus tendencias personales. Y había mucho donde elegir. Rodrigo Fresán, Diego Fonseca, Julio Villanueva Chang o el solicitadísimo Juan Villoro estaban entre los más cercanos a las mías. Aunque también solía detenerme a darle los buenos días a editores independientes como Luis Solano o a agentes literarias como

Antonia Kerrigan o María Lynch, con las que tenía buena relación desde tiempo atrás.

Volviendo a la primera mañana en Guadalajara, mi editor me entregó la acreditación justo después de desayunar y entré con él por primera vez en las instalaciones de la feria. Nada más poner el pie en el interior del mastodóntico pabellón principal uno se hacía en seguida a la idea de que todo allí era excesivo: el tamaño del recinto, obviamente, pero también el número de stands, la cantidad de puntos dedicados a los medios de prensa, las salas para conferencias y presentaciones. Luego estaba el ruido. Por no hablar de las personas que pululaban por los pasillos enmoquetados. Y eso que todavía no era la hora de entrada del público general. Mi sello editorial disponía de stand propio, en un rincón relativamente cercano a la entrada; era un espacio muy coqueto y elegante.

Tuve tiempo de pasear por aquel dédalo de pasillos y paneles de separación, carteles anunciadores y gigantescos altavoces antes de que me sentasen en una mesita y me pusiesen a firmar varias decenas de ejemplares de mi novela. Durante esas primeras horas en la feria me presentaron a un montón de hombres y mujeres vinculados de un modo u otro a mi sello editorial o al grupo que lo auspiciaba. Para todas esas personas, algunas soldados rasos y otros detentores de cargos intermedios, parecía ser yo el personaje del momento. Pero dado que no habían leído mi novela, ni tenían la más remota idea de quién era yo, se limitaban a mirarme con una suerte de profesional admiración o embeleso fugaz que, con el paso de los días, se me hizo muy familiar.

De todas formas, el verdadero conocimiento de la feria iba a adquirirlo al día siguiente, cuando empezasen los actos promocionales. Pero antes de eso, esa misma noche, cené en el lujoso y sofisticado restaurante del hotel Westin con Beatriz de Moura, fundadora del sello en el que acababa de publicar mi novela; una leyenda del mundo de la edición. Dos detalles de esa velada me resultaron particularmente asombrosos, a la par que muy agradables. El

primero fue darme cuenta de la cotidiana sencillez con la que la célebre editora hablaba de escritores que para mí habían sido verdaderos mitos hasta entonces. Beatriz, especialmente dotada para acaparar la atención y gestionarla con gracia y poderío, dedicó buena parte de su tiempo a relatarnos encuentros personales, más que profesionales, con algunos de los más conocidos autores de la casa a los que yo, como ya he dado a entender, admiraba profundamente. Habló, por ejemplo, de John Irving como quien habla del conserje de su edificio, o de Milan Kundera como si se tratase de un autoestopista al que hubiese recogido camino de Andorra. El otro detalle que me sorprendió para bien fue que, a pesar de estar en un restaurante de lujo, o precisamente por eso, podía pedir lo que me viniese en gana sin fijarme en los precios, porque alguien se encargaría de pagar la cuenta sin mediar palabra conmigo.

El tema de los restaurantes de lujo se convirtió en una maravillosa rutina durante mi estancia en Guadalajara; y después también en Ciudad de México y en Monterrey. Alguien me llevaba a un restaurante de relumbrón, ya fuese en un taxi o en un transporte asociado a la feria, yo me quedaba boquiabierto ante la decoración del lugar y la calidad de los platos, comía y bebía con catalana moderación y, al finalizar, ese alguien se hacía cargo de la cuenta sin que yo llegase a conocer el importe. Jamás practicar la ignorancia me había complacido tanto.

En Guadalajara estuve en varios restaurantes muy llamativos. Tal vez el más singular de ellos fue el Hueso, regentado por el famoso chef Alfonso Cadena, que se caracterizaba por disponer de una única y larguísima mesa que todos los comensales teníamos que compartir, con las paredes pintadas de un blanco roto cubiertas con representaciones, algunas ficticias y otras inquietantemente realistas, de toda clase de huesos de animales. Esa noche abrieron en exclusiva para la comitiva de la que yo formaba parte, comandada por algunos pesos pesados del grupo al que pertenecía mi editorial, y que incluía a ilustres invitados como el irlandés John Connolly,

que despertó mucho interés entre algunas de nuestras acompañantes, no tanto por su físico como por la inquietud que generaba no saber qué andaría maquinando su mente retorcida; o el nicaragüense Sergio Ramírez, algo taciturno y obviamente ajeno a los fastos que iba a implicar el premio que le otorgarían en España años después. Pero también me encantó cenar en El Santo Coyote, un par de días después, un local de una folclórica posmodernidad, donde estuve acompañado por dos representantes de la editorial y también por la escritora mexicana que había presentado mi libro esa misma tarde: la brillante y divertida Cristina Rivera Garza. Disfrutamos de «auténtica comida mexicana» y bebimos únicamente tequila. Mientras lo hacíamos, un grupo de mariachis nos agasajó durante un buen rato con un repertorio musical de lo más variado.

Pero es imprescindible que me centre en el papel que me tocó desarrollar en Guadalajara. Porque yo había ido allí a promocionar mi novela, y a eso me dediqué en cuerpo y alma durante casi cuarenta y ocho horas seguidas. Mi agenda de actos más que nutrida era frenética. Fueron dos días plagados de entrevistas, ruedas de prensa y presentaciones. Televisiones, radios, medios escritos, sesiones de fotos. Es decir: fui de aquí para allá sin descanso diciendo poco más o menos lo mismo a diferentes personas. Como ya he contado, la FIL de Guadalajara era excesiva en todo, también en el uso y consumo sistemático e impersonal de escritores invitados. Porque para los periodistas eras poco menos que una presencia indefinida, el entrevistado número X. Los reporteros disponían del tiempo justo para leer tu nombre en la cubierta de un libro o en las páginas del dossier de prensa. Poco más. Trabajaban sobre plantillas de preguntas, remitiéndose a tópicos que permitiesen al entrevistado de turno desarrollar las posibles respuestas a su libre albedrío; confiaban ciegamente en su buena voluntad.

En una de esas entrevistas me ocurrió algo que ejemplifica lo que fue aquel descabellado carrusel. Se trataba de una televisión local. La entrevistadora, una chica muy joven, seguramente en prácticas, se colocó a

un lado de la cámara y empezó su perorata. Pronunció mi nombre y, sin mencionar la cuestión del premio, una rareza hasta el momento, dijo: «Esta novela es la segunda entrega de tu trilogía». Me miró esperando a que entrase al trapo. Yo, profesional a tiempo completo, intenté echarle un capote componiendo una mueca mezcla de incomodidad y simpatía y respondiendo: «Bueno, es mi segunda novela, y guarda cierta relación con la primera, pero yo no la definiría como la segunda entrega de una trilogía». «Bueno», insistió ella, «tratándose de la segunda entrega de tu trilogía de ciencia ficción...» No sé de dónde me salió el impulso para hacer justo lo que hice en ese momento. Le dije: «Deja de grabar. Para un momento». Me acerqué a ella libro en mano y con tono profesoral, casi como un entregado y amable maestro de primaria, añadí: «Yo soy este. Y mi novela ha ganado este premio. No soy el de la trilogía, pero no pasa nada». La muchacha, contrariada pero a un tiempo empujada todavía por su mandato robótico, me escuchó con atención, sin replicar. Finalicé diciéndole: «Tú dame la entrada. Pídeme que te hable del título o de cualquier cosa y yo me enrolló. No te preocupes». Y así lo hizo. Y la entrevista salió bien. O como mínimo salió igual de bien que las doce o trece anteriores.

Ese agotador periplo me llevó a entender que, a pesar del premio, allí yo era un personaje insignificante, una pequeña ruedecita, por completo prescindible o intercambiable, del enorme mecanismo que hacía que funcionase ese monstruo alucinante llamado FIL Guadalajara.

En cualquier caso, en el avión de vuelta a Barcelona, mientras hacía repaso de lo ocurrido durante esos días, me vi obligado a reconocer que no me había enterado de nada, que había ido de un lado para otro como pollo sin cabeza, disfrutando brevemente de los lujos de ser considerado un escritor premiado, pero desubicado por completo respecto a qué posición real ocupaba yo en todo aquel tinglado; un tinglado marcado por la vanidad y lo rabiosamente transitorio. Y el desconcierto se agravó al llegar a mi ciudad, pues allí me esperaba la reseña de mi novela que acababan de publicar en el

periódico de mayor difusión del país. Era una crítica demoledora. Que fuese una reseña arbitraria y, sobre todo, mal argumentada me ayudó a entender que en ese mundillo, del que yo ahora formaba parte, la mayoría de los movimientos respondían a códigos arcanos que iba a tener que aprender por las buenas o por las malas.

Antes de llegar a Ciudad de México, la promoción me llevó a Bilbao, Madrid y Sevilla. Después de haber sido entrevistado más de una docena de veces a mi regreso de la FIL, me vi obligado a aceptar que lo ocurrido en Guadalajara con la prensa no había sido una excepción sino una costumbre establecida. Es decir: excepto en contadas ocasiones, los periodistas culturales no leían los libros antes de entrevistar a los autores. Es decir: a pesar de dedicarte una parte de la sección de su periódico o de su programa radiofónico o televisivo, no les interesaba gran cosa aquello que pudieses representar a nivel individual. Lo que les interesaba era el conjunto de su programa, el ritmo, el movimiento. Minutos antes de tu aparición le habían dedicado tiempo a alguien y en cuanto te marchabas se lo dedicaban a otra persona. Y al día siguiente más de lo mismo. Porque un tour promocional consiste precisamente en eso, en lograr que te permitan meter un piecicito en la imparable cadena de producción de noticias. Por ese motivo, cuando estuve en Sevilla, le dije por teléfono a mi mujer que yo era el escritor desconocido que aparecía en el programa de turno justo detrás de la joven promesa del equipo local de fútbol y delante del tipo que había criado en su huerto una calabaza gigante.

Mi paso por Ciudad de México, de hecho, podría reducirse a ese axioma. Sin embargo, he de reconocer que mi editora mexicana se esforzó por hacer que me sintiera como una auténtica estrella de rock durante los días que estuve allí. De entrada, envió a un chófer muy dicharachero a recogerme al aeropuerto que me llevó al alucinante hotel en el que iba a alojarme: Camino Real, en el barrio de Polanco, cuya colorista entrada aparece en los primeros planos de *Quiero la cabeza de Alfredo García*, la película de Sam Peckinpah.

Aunque, tal vez por las vistas de la piscina que tenía desde mi habitación, por la iluminación indirecta de los largos pasillos anaranjados o por el hecho de tener que cenar solo esa primera noche en un restaurante vacío, tuve la impresión de encontrarme más bien en una película de James Bond.

A la mañana siguiente se puso en marcha de nuevo la maquinaria promocional, igual o más farragosa que en ocasiones anteriores. Entrevistas para periódicos, televisiones y, sobre todo, emisoras de radio que me llevaron a saltar de un punto a otro de esa inabarcable urbe que es Ciudad de México. En todas ellas las mismas preguntas: «¿De dónde salió la inspiración para esta novela?» o «¿Hay algo de autobiográfico en el protagonista de la historia?». En todas ellas respuestas formales, sonrisas forzadas y comentarios enlatados que se difuminaban al instante como lágrimas en la lluvia.

En esos trayectos en coche que me llevaban de una emisora a otra tuve que aceptar, a las pocas horas de estar allí, que no iba a captar nada de la urbe, que no iba a poder hacerme la más mínima idea de lo que era o suponía o entrañaba Ciudad de México si me limitaba a cumplir con mis compromisos profesionales. Supe que, sin alguna clase de asesoramiento o guía, iba a pasar por esa ciudad mutante y avasalladora y orgánica y contradictoria como el que realiza un *trávelin* acelerado y superficial. Por eso mismo intenté centrar toda mi atención en los paseos, en los momentos de descanso o asueto, y dejar de lado todo lo que tuviese que ver con mi novela o con el premio; alejarlo al menos de lo anímico y delimitarlo al ámbito de lo laboral. Quería llevarme algo de allí, no quería irme en esta ocasión con las manos vacías, tal como me había ocurrido en Guadalajara.

Con esa intención visité, por ejemplo, el Zócalo; aunque en mi memoria las imágenes de ese día se mezclan con la escena de apertura de la película *Spectre*, de la saga James Bond; siempre el agente 007 como referencia esencial, de la que echar mano, cuando viajo por el mundo. O recorrí la Colonia Condesa, con su aire *cool* y cosmopolita, una especie de Le Marais

de París a la mexicana. También paseé por San Ángel, el barrio colonial, colorista y lleno de vida, prácticamente intacto desde el siglo XVIII, poco menos que un oasis inverosímil en mitad del caos que es esa ciudad. Fue en esas calles donde descubrí una de las más llamativas características de Distrito Federal: la convivencia de los que lo poseen absolutamente todo junto a la pobreza más beligerante, pues en la entrada de alguna de las villas podías encontrarte estampas de una sociedad quebrada, un auto desballestado, por ejemplo, y a la vez toparte con los armados miembros de la seguridad privada vigilando las posesiones de los poderosos metralleta en mano. Vi también ese tipo de síntomas en Polanco, junto a mi hotel, al cruzar el parque del Museo Nacional de Antropología y llegar a la avenida Campos Elíseos: coches todoterreno con los cristales tintados escoltando vehículos de particulares, sin duda blindados también, que llevaban a algún vecino adinerado a su lugar de trabajo o adondequiera que fuese.

La última noche de mi estancia en Ciudad de México, mi editora me llevó al mejor restaurante en el que he estado en mi vida, el Antiguo San Ángel Inn, una hacienda y monasterio carmelita del siglo XVII convertido en un templo gastronómico, muy cerca de la Casa Museo de Diego Rivera y Frida Kahlo. Me sentí allí, a la luz de los faroles en los jardines del claustro, como el que se dispone a atravesar el umbral de lo que podía llegar a ser la vida regalada.

En Monterrey todo fue diferente. Allí retomé la dinámica propia de las ferias literarias, aunque en este caso, al estar organizada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, todos los actos tenían un aire bastante más distendido, a medio camino entre lo académico y lo lúdico. De hecho yo fui allí, además de a promocionar mi novela, a impartir un curso de narrativa breve de tres días. En cuanto entrabas en las instalaciones de la UANL te sentías uno más, pasabas a formar parte del evento; los asistentes, la mayoría de ellos estudiantes, se mostraban muy cercanos a la par que muy respetuosos. La mayoría de los actos se celebraron en un patio cubierto de

gran tamaño que conectaba los diferentes bloques que componían la facultad, de modo que la gente pasaba por allí mientras se llevaban a cabo las presentaciones o coloquios o charlas, algunos protagonizados por personajes muy destacados. Uno de los reclamos de la feria, precisamente, era una propuesta que podía leerse en diferentes carteles colgados por todos los rincones de las instalaciones y que afirmaba que allí iban a reunir a cuatro premiados (supuestamente) relevantes: el ganador del Nobel, Jean-Marie Gustave Le Clézio; el ganador del Pulitzer, David Finkel; el ganador del premio Planeta de ese mismo año, Jorge Zepeda, y un servidor. Con Le Clézio llegué a conversar en una cena que organizaron para nosotros, y pude oírle hablar con su oxidado castellano durante una velada en que me pareció muy mayor y, además de cansado, fuera de lugar. Con el mexicano Zepeda trabé una relación algo más intensa pues nos habíamos conocido en Guadalajara, en el stand del grupo editorial que me había publicado, y habíamos intercambiado ejemplares de nuestros libros. En Monterrey Zepeda y yo nos alojábamos en el mismo hotel, el Crowne Plaza, y debido a que no nos costó conectar, pasamos varias noches, ya a última hora, justo antes de retirarnos a nuestras habitaciones, charlando junto a otros invitados a la feria en el vestíbulo del hotel como desencantados colonos en ultramar. A Finkel solo lo vi de lejos. Apenas nos dedicamos una inclinación de cabeza.

Por todo lo que he dicho hasta ahora, podría pensarse que mi estancia en Monterrey fue una balsa de aceite, días tranquilos en los que dejarse mecer por el azaroso vaivén de los acontecimientos. Y podría haber sido así si no hubiera estado tan presente en mi percepción una cuestión que, en cuanto ingenuo y temeroso europeo, me marcó casi desde mi llegada a la ciudad: la seguridad. El primer día no me fijé en la obsesión de los organizadores de la feria, presentes tanto en las instalaciones de la universidad como en el hall del hotel, por tener controlados a los invitados, por asegurarse de que fuesen de un sitio a otro en transportes oficiales de la propia feria. Tanto para salir del hotel como para salir de la universidad, jóvenes voluntarios se encargaban de

constatar que montabas en la furgoneta o el automóvil que te correspondía. En la segunda jornada, ese detalle sí me resultó llamativo. Me fijé entonces en las calles que atravesábamos en nuestros desplazamientos, en lo estridente que resultaba todo lo relacionado con la UANL; estridente por elegante y bien organizado. Por no hablar de lo mucho que llamábamos la atención los extranjeros como yo, siempre trajeados. Lo cierto era que no apetecía ir andando a ningún sitio. Desde la planta del hotel en la que se encontraba mi habitación tenía unas vistas impresionantes del «fenómeno urbano» que era Monterrey, pero a pie de calle la sensación era desoladora y amenazante. Entre otras razones, porque las avenidas y las calles parecían pensadas exclusivamente para los grandes autos yanquis que corrían de un lado para otro y para personas que daban la impresión de haber quedado arrellanadas en los márgenes del desarrollo social. Es decir: mis temores, no sé si totalmente infundados, frenaron mi habitual necesidad de callejear para conocer un poco el lugar al que viajo. Y me fui de Monterrey sin tener la más mínima idea del tipo de ciudad que había visitado.

Una vez en el taxi que me llevaba al aeropuerto, acuciado por una desagradable sensación de desasosiego, no pude evitar ponerme a pensar en lo que me había llevado hasta allí.

Siempre había querido ser escritor, ser reconocido como tal. Siempre había deseado que al entrar en un acto literario, del tipo que fuese, todos los presentes supiesen que yo era escritor de pleno derecho, que formaba parte del mismo club que John Irving o Milan Kundera o Juan Marsé o Almudena Grandes. Es más, siempre había querido vivir como un escritor, sentir y ver el mundo como uno de ellos, aunque no había tenido nunca una imagen plenamente formada de qué era lo que eso significaba. Y siempre había esperado que, de algún modo, esa confirmación llegase del exterior; como si no fuese suficiente haber escrito todo lo que había escrito y publicado todo lo que había publicado. En cualquier caso, a partir del momento en que recibí el premio ese reconocimiento exterior llegó de golpe, como si me hubiesen

colocado una gran chapa metálica en el pecho en la que podía leerse: escritor. Durante mis días en México, por lo demás, conocí las mieles del éxito, los halagos, los parabienes, la atención, las prebendas. Importaba bien poco que fuese un éxito injustificado, sin base sólida en la que apoyarse; es decir: sin grandes ventas y sin miles de lectores. Precisamente en México descubrí lo poco que importaba esa base sólida a la hora de recibir atención, pues la única diferencia en el trato que recibía una superventas como María Dueñas, por ejemplo, y un servidor radicaba en la frecuencia, en el número, no en la intensidad: a Dueñas había más personas en más lugares que deseaban agasajarla. Y a mí, como quien dice, en breve se me iba a acabar el chollo, la centelleante carroza en la que viajaba se iba a convertir en calabaza.

Montado en el taxi camino del aeropuerto de Monterrey, pude observar con perspectiva mi situación. Había conseguido lo que soñaba desde el final de la adolescencia, cuando tuve el placer de cruzarme con aquel famoso escritor junto al faro de Trafalgar. Incluso había logrado entrever por una rendija lo que podría llegar a suponer el éxito como escritor, algo que en buena medida había marcado, por ejemplo, mi viaje por la campiña inglesa. Sin embargo, constatarlo no me hizo ningún bien. Todo lo contrario. Al igual que le ocurrió a Iván Illich, el personaje de Tolstói, me pregunté, mientras tiraba ya de mi maleta hacia el mostrador de la compañía aérea, qué había fallado, en qué me había equivocado.

Porque todavía me faltaba una última estación, mi particular descenso a los infiernos, para entender de una vez por todas que a mí ya no me interesaba ser escritor. Lo que yo deseaba, por encima de cualquier otra cosa, era escribir.

Había sido invitado a la Feria del Libro de Bogotá. Iba a ser el último desplazamiento internacional en el marco de la promoción del premio que había ganado meses atrás.

Llegué a la ciudad cuando estaba anocheciendo. Me recogió en el aeropuerto un tipo con un cartel que lucía un apellido mal escrito que pasaba por ser el mío. El chófer, más bien parco en palabras, me llevó hasta el hotel en un auto grande que olía a recién estrenado. El tráfico nos permitió recorrer ese trayecto a buen ritmo, sin sobresaltos de ninguna clase. No puedo decir que viese nada de la ciudad más allá de las escasas edificaciones que surgían de vez en cuando a ambos lados de la autopista: casas bajas, curiosamente, y algún que otro almacén destartalado. Cuando los edificios empezaron a crecer hacia arriba y a concentrarse a lo ancho, a medida que avanzábamos hacia el centro de Bogotá, las luces chillonas que surgían de cualquier rincón, ya fuese de anuncios o faros de vehículos o de farolas mal alineadas, me llevaron a que dejase de mirar hacia fuera; me dolían los ojos porque mi tendencia a la fotofobia se había visto acentuada por las muchas horas de vuelo con los ojos fijos en la pantalla. Lo cierto es que no estaba interesado en mirar algo que sabía que no iba a poder captar como se merecía en ese momento. Reservaba todas mis fuerzas para un fin superior: cenar en cuanto llegase al hotel, a ser posible algo ligero, meterme en la cama a la brevedad y cruzar los dedos para pasar la noche de un sueño.

No tuve suerte. Me desperté seis o siete veces durante la madrugada. Dormí poco y mal. Y tuve pesadillas reiterativas. Pero me levanté de un salto, como un resorte al notar que empezaba a clarear. No iba a tardar en pagar las

consecuencias de la falta de sueño, en cuanto empezó a asentarse la implacable sensación de irrealidad; pero el hecho de tener que afrontar algunos retos en las horas siguientes me iba a aportar una energía suplementaria esa mañana. Aunque he de confesar que en ocasiones, sobre todo si no he dormido bien, tiendo a confundir la tensión y el nerviosismo con la sensación de estar cargado de energía.

Llegué al recinto ferial a pie, acompañado por un conocido editor español que también se alojaba en mi hotel. Recorrimos unas cuantas calles de aspecto popular, propias de un barrio obrero, con mucho tráfico rodado, pero aun así tranquilas, de aspecto agradable. Una vez dentro, las edificaciones, los gigantescos hangares o almacenes que componían el recinto, con sus correspondientes calles asfaltadas que llevaban de un lugar a otro, transmitían un dudoso glamur trasnochado que recordaba a las instalaciones de los viejos estudios cinematográficos de Hollywood.

A pesar de las voluntariosas indicaciones del que había sido mi acompañante hasta entonces, encontrar el pabellón en el que estaba ubicado el stand de mi grupo editorial no resultó sencillo. La feria ya había abierto las puertas al público y una verdadera muchedumbre, formada en buena medida por estudiantes, algunos ataviados con uniformes de colores llamativos, ocupaba cada centímetro de las calles que cruzaban de un sector al otro. Los nombres y los números de los pabellones, por otra parte, parecían responder a un código hermético imposible de descifrar; imposible al menos para mí y mi cada vez más persistente sensación de inestabilidad física y mental.

Días atrás, el representante colombiano de mi editorial me había enviado un correo diciéndome que en el stand de la feria me encontraría esa mañana con Mario Mendoza, el escritor que habían elegido para que presentase mi novela. Sabía más bien poco de él. Había leído un libro suyo años antes de imaginar siquiera que me presentaría en Bogotá, precisamente a modo de documentación para escribir la novela que ganaría el premio, pero cuando conocí el nombre de mi presentador no lo asocié ni al libro que había leído ni

mucho menos al motivo de su lectura. Fue investigando en internet como llegué a conectar ambas cosas.

Tenía claro su aspecto físico, los rasgos de su rostro al menos. Poco más. Si acaso cierta querencia suya por lo paranormal y lo escabroso. En ese sentido, pensé que parecía un escritor algo alejado del espectro temático en el que podía situarse mi novela, por eso me intrigaba saber por qué lo habían escogido y si llegaríamos a encontrar un lugar común, a nivel intelectual, en el que compartir puntos de vista. Temía que fuese aburrido, que no me interesase lo más mínimo aquello que pudiese contarme o, lo que me parecía mucho peor, que fuese engreído, pagado de sí mismo: un soporífero experto en ocultismo de esos que se comportan como si fuesen catedráticos de Oxford.

La conclusión a la que llegué en cuanto hablé con Mario Mendoza unos pocos minutos no pudo distar más de mis temores previos.

Abriéndome paso entre la multitud y con algo de retraso respecto a mis cálculos llegué al stand de mi editorial. Era un espacio muy grande, con diferentes apartados. La mujer que se encargaba del buen funcionamiento de aquel lugar me dijo que Mario Mendoza llegaría un poquito más tarde ya que antes debía cumplir con el trámite de firmar ejemplares de sus libros.

Al ver a Mario por primera vez, departiendo pacientemente con las personas que se le acercaban, una verdadera legión, me di cuenta de que le envolvía una aura misteriosa y extraña no del todo luminosa, su condición remitía más a la de un sátiro o un fauno que a la de un elfo o cualquier otro ser mitológico de aspecto más grácil. Los que se acercaban a él dejaban de lado durante unos segundos la ilusión y el ansia y se dirigían a su autor de cabecera con evidente devoción.

Me fijé también en que Mario se sentía muy a gusto en esa tesitura, que llevaba de maravilla el hecho de que toda aquella gente hubiese colocado sobre sus hombros ese manto de santidad pagana.

Cuando me lo presentaron, en lo que podía denominarse el *backstage* del

stand, Mario todavía estaba de subidón, como una estrella de rock después de un concierto. Aún no se había quitado siquiera las gafas de sol que acostumbraba a lucir en sus fotos promocionales; de montura redonda, pequeñas, muy pegadas a las cuencas de los ojos, muy negras. Parecía el único habitante de un mundo subterráneo refractario a la luz del sol.

En seguida, como ya he dicho, mis temores respecto a su persona se desvanecieron. Bastaron unas pocas frases para comprobar que se trataba de una persona de carácter abierto, amable y cercano. Tampoco tardé en descubrir que era culto, que le gustaba argumentar con precisión sus afirmaciones, y que era generoso, de los que disfrutan compartiendo lo que tienen, ya sea su dinero o sus conocimientos. De hecho, mis prejuicios hicieron que tardase algunos minutos en entender que él era así, que no había cinismo en su actitud, que no se trataba de una broma. Me dijo que iba a llevarme a comer a un sitio especial, en Monserrate, y que después daríamos un paseo por el barrio de La Candelaria. Así pues, salimos juntos de las instalaciones de la FILBo, como quien dice, agarraditos de la mano.

Poco podía sospechar al montar en el taxi que nos esperaba en la puerta principal la odisea que estaba a punto de iniciarse y de la que yo iba a ser protagonista junto a aquel popular escritor colombiano. Mario Mendoza se convirtió, a partir de ese momento, en mi particular Virgilio a lo largo de aquella primera incursión en Bogotá. Y si bien no recorrimos juntos un infierno físico, sí puedo decir que fui adentrándome poco a poco en un territorio mental en el que acabé rodeado por una consistente y amenazadora tiniebla.

En la relación con Mario no hubo un momento de transición, ni siquiera uno muy corto, en el que tantearnos como dos púgiles amables. Fue una relación intensa desde el primer minuto. Nada más sentarnos en el auto, Mario se volvió hacia mí y llevó a cabo un abrumador elogio de mi novela. No tuve tiempo siquiera de echar mano de las buenas maneras o de una deportiva y concisa modestia. Y cuando le conté que había leído su novela

Los hombres invisibles para documentarme, la cosa subió incluso un poco más de tono, como si aquel detalle nos hermanase de un modo insoslayable y para siempre.

Mientras hablábamos de libros, y dado que avanzábamos a un ritmo muy lento debido al colapso del tráfico, yo me fijaba en las calles que íbamos atravesando. La impresión que me dio Bogotá desde el interior de aquel taxi fue muy positiva; la ciudad me pareció mucho más racional y limpia que cualquier otra de las que había visitado en Latinoamérica. Al pasar junto a unos altos edificios de oficinas en el centro me acordé, por ejemplo, de Frankfurt. Poco después, cuando iniciamos el ascenso hacia el funicular que había de llevarnos a lo alto del Cerro de Monserrate, recordé la señorial Avinguda del Tibidabo de Barcelona, por donde sube el tranvía azul; aunque aquí la naturaleza era algo más agreste.

Antes de llegar a nuestra primera parada, Mario me contó que sus inicios como escritor habían sido muy complicados. «No tenía donde caerme muerto. Estuve desesperado hasta que gané el premio Biblioteca Breve», me dijo. «Pero me duró poco. Decidí entonces trabajar en los barrios humildes para promover la lectura en las escuelas.» De ahí los lectores jóvenes que había visto en la cola de firmas de la FILBo, pensé. «Tuve que pelearlos uno a uno», prosiguió Mario, «convencerlos para que leyeran. Y algunos acabaron eligiendo mis libros.» Yo pensé: algunos no, muchos. Tal vez más que promover la lectura durante aquellos días en los barrios humildes, me dije, llevó a cabo alguna clase de oscuro ritual para convertirlos en adeptos.

Y es que Mario tenía algo de flautista de Hamelín.

La musicalidad de su acento colombiano te atrapaba al instante. Y venía acompañada de una manera de hablar pautaada por una obvia teatralidad, muy bien pensada, con un ritmo que el uso y la práctica habían perfeccionado. Su intensa mirada de ojos verdes, por lo demás, transmitía entusiasmo, pasión y entrega. Te prestaba atención cuando hablabas, pero en realidad estaba entregado a una única misión: comunicar.

Cuando bajamos del taxi y nos dirigimos hacia la estación del teleférico que debía llevarnos a lo alto de Monserrate, me preguntó si había notado los efectos de la altura. Le dije que no. Me advirtió entonces de que, con toda probabilidad, los sentiría arriba, pues en tan solo ochocientos metros íbamos a ascender unos setecientos. Y lo cierto es que aquel teleférico se parecía más a un ascensor que a cualquier otra forma de transporte, pues la inclinación que trazaba el cable por el que transitaba hasta llegar a lo alto era sumamente pronunciada.

No tuve tiempo de sentir vértigo ni asustarme, sin embargo, pues Mario no dejó de hablar en todo el trayecto, centrando mi atención en su persona. Mezclaba de manera sumamente amena la descripción de curiosas enfermedades mentales con aspectos relativos a la escritura o la vida cotidiana; lo cual me llevó a pensar en los relatos de Oliver Sacks. Y se dirigía a mí dando por supuesta una complicidad tácita.

Me habló, por ejemplo, del síndrome de Koro o pene menguante: «En 1967, en Singapur, varios hombres afirmaron que el pene les estaba desapareciendo y que alguien se lo estaba robando mediante prácticas de brujería o algo parecido. La histeria de unos pocos se volvió una histeria colectiva, hasta el punto de que miles se contagiaron y terminaron tomando sedantes y antipsicóticos para poder recuperar su vida». A lo que añadió: «¿Hay fuerzas que pasan de mente en mente hasta terminar construyendo una realidad aparte, como en el teatro o en el cine? ¿Es la realidad solamente una escenografía? ¿Es la realidad una enfermedad?». Y tras decir esto se acercó a la ventanilla de la barqueta del teleférico y dirigió la mirada hacia el abismo. Yo permanecí inmóvil, soportando a duras penas la tentación de llevarme la mano a la entrepierna para comprobar si todo seguía en su lugar.

Y más cuando acto seguido, y sin venir a cuento, me dijo: «No deja de parecerme curioso que cuanto más se desarrollan el consumismo y la tecnología más nos masturbemos». ¿Qué clase de asociación se habría producido en su cerebro para ponerse a hablar de esos temas mientras

estábamos colgados a tantísimos metros de altura? «Es curioso que la gran mayoría hayamos copulado primero con fantasmas y después con personas de verdad, palpables», remató antes de que el aparato se detuviese en la estación de llegada.

Tal vez dichas asociaciones, que produjeron en mí un efecto muy perturbador, tenían relación con lo que me dijo cuando echamos a andar, camino del santuario, y yo empecé a notar cómo el aire escapaba irremediablemente de mis pulmones. «En muchas ocasiones me he preguntado si la escritura no será una variante del trastorno obsesivo compulsivo. En lugar de estar obsesionados con los números, los escritores lo estamos con las palabras.» Antes de volverse para comprobar que no podía seguirle el paso, que ascender uno solo de aquellos escalones de piedra entrañaba para mí en ese momento algo más que un esfuerzo titánico, me dijo: «Si nos quitan la posibilidad de escribir nos descomponemos, nos deprimimos, perdemos todo interés en la realidad, y al final sentimos que sin el lenguaje el mundo no vale la pena». Y mirando al infinito, concluyó: «¿Será la literatura un trastorno psiquiátrico, una enfermedad?».

Estábamos subiendo aquella escalinata, infinita a mis ojos, para llegar al santuario de Monserrate. «Te he traído aquí porque a esta iglesia acudían muchos asesinos a sueldo, durante la guerra del narco, para encomendarse a santos y vírgenes.» Me habló entonces de rituales y creencias mágicas. Por lo visto, la mayoría de los narcotraficantes eran sumamente supersticiosos y beatos. Me contó cómo algunos encargaban cabezas de yeso o de madera para albergar espíritus benéficos; cabezas que tenían que alimentar a diario; cómo rezaban a las balas, citándome un fragmento de la novela *La Virgen de los sicarios* de su compatriota Fernando Vallejo: «Por la gracia de San Judas Tadeo, que estas balas de esta suerte consagradas, den en el blanco sin fallar, y que el difunto no sufra». Me contó cómo los sicarios acudían allí, precisamente, a dejar toda esas oraciones entre las fisuras que dejaban las piedras del templo en una esquina detrás del altar, para que los cielos les

fueran favorables. Y de carrerilla, casi con emoción, citó otra de esas invocaciones, al parecer muy conocida: «Si tienen ojos, que no me vean. Si manos tienen, que no me agarren. Si pies tienen, que no me alcancen. No permitas que me sorprendan por la espalda. No permitas que mi muerte sea violenta. No permitas que mi sangre se derrame. Tú que todo lo conoces, sabes de mis pecados, pero también sabes de mi fe. No me desampares. Amén». Me habló de ritos de protección, de pulseras o escapularios proporcionados por santeros. E incluso de cómo, cuando los narcos escondían el dinero en algún lugar, mataban a una o dos personas para encomendarles la protección enterrando los cadáveres junto al dinero.

Volví a pensar entonces que era posible que el propio Mario hubiese llevado a cabo alguno de aquellos extraños ritos con la intención de hacerse con un número lo más amplio posible de lectores. Y es que yo ya no tenía filtro intelectual para lo que me estaba contando. Todo penetraba en mi conciencia con la incómoda suavidad metálica de un afilado cuchillo de carnicero; debido sin duda a la escasez de oxígeno en la sangre que llegaba a mi cerebro.

Mario, que lucía exultante, se apiadó finalmente de mí y se decidió a llevarme al restaurante que había reservado para nuestro almuerzo, a escasos metros de la iglesia. Se trataba de Casa San Isidro, un lugar fantástico, de aire colonial, con vigas de madera a la vista. Nos sentaron en la galería acristalada, desde donde se tenía una panorámica completa del extenso territorio que ocupan las calles de Bogotá.

Cuando sentí que había recuperado el aliento y cierta compostura, le dije a Mario, a modo de halago indirecto, que Bogotá hasta ese momento me había parecido una ciudad muy agradable, mucho más que Caracas o Monterrey, por ejemplo. «He podido caminar tranquilamente por la calle, desde mi hotel hasta el recinto ferial, sin sentirme amenazado ni inseguro.» Él me miró con condescendencia, con una sonrisa ambigua, y señalando hacia la ciudad de manera un tanto imprecisa dijo que yo me había movido por un pequeño

rectángulo. Trazó entonces una línea invisible en el aire, con rotundidad, y dijo: «En las calles que van desde ahí hasta este lado, jamás pondrás un pie. Y allí viven más de tres millones de personas». Me dio por imaginar en ese momento a toda esa gente viviendo en un mundo aparte, cerrado e inaccesible para mí. Un mundo tal vez regido por la violencia, la santería y los rituales oscuros, o quizá por la muerte y el caos.

Como si fuese capaz de leerme la mente, Mario me dijo entonces: «Es preciso que el escritor ingrese en realidades inéditas, que ahonde, que penetre y que agudice de tal modo su forma de percibir que los demás podamos, después de leerlo, modificar y reinventar el mundo que nos rodea. Y para eso es preciso que el artista esté enchufado a dimensiones curiosas de lo real, que haya vivido a fondo, que conozca los límites de la euforia, de la desdicha, de la locura, de la bondad y de la entrega. Escribir es un acto de generosidad excesiva y de plenitud delirante, por eso es tan exigente. Y en ese aullido que es un relato o una novela se esconde un cuchillo, una navaja, un machete con el que el lector debe cortarse y sangrar. Y esa sangre nos purifica a todos, nos ayuda a celebrar, nos une en una comunión sagrada».

La comida en Casa San Isidro fue estupenda, todo un manjar, pero las palabras de Mario provocaron, con ese y otros tantos monólogos inquietantes, que la sensación de irrealidad en la que me veía inmerso se espesase hasta ocuparlo todo.

Descendimos del Cerro de Monserrate en el teleférico y caminando a un paso sosegado, con los pulmones de nuevo casi a pleno rendimiento, llegamos hasta las estrechas y coloristas calles del barrio de La Candelaria. Antes de adentrarnos en aquel curioso laberinto urbano que parecía hablar de un tiempo remoto, Mario me llevó a un pequeño mercadillo donde me hizo tomar un té de coca. «Acabará de reponerte del mal de altura», me dijo.

Las callejuelas y las plazuelas de La Candelaria estaban llenas de jóvenes estudiantes universitarios, pero Mario no les prestó atención. Volvía a estar completamente centrado en la misión de transmitirme sus conocimientos

sobre cuestiones paranormales o escabrosas, generando a su paso, a medida que avanzábamos por aquellas callejuelas, una suerte de mapa de lo arcano y lo tenebroso a escala 1:1.

«En la casa de Cordovez Moure, el escritor, en la calle 11», me dijo, «decían que habitaba un fantasma. Los vecinos aseguraban haber visto varias veces a una mujer rondando por el primer piso.»

No llegaba a asimilar la información cuando, sin previo aviso, cambiaba de tema: «Una cuadra más abajo quedaba en los años ochenta el antiguo edificio del DAS, el servicio de inteligencia colombiano, ya por entonces abandonado. No solo llevaron allí a estudiantes universitarios para interrogarlos: algunos de ellos fueron torturados, masacrados y desaparecidos. Hoy en día queda, en uno de los nuevos locales, el Café de la Bruja. Muchos clientes aseguran haber sentido presencias extrañas en el baño».

Yo me fijé en el modo de andar de Mario, un tanto simiesco, propio de un hombre no muy alto pero con hombros anchos y espalda recia. Su cráneo estaba muy bien perfilado, al estilo del de Gil de Biedma. Era el suyo un rostro bien compuesto, regular, de barba rasurada, medio cana, con labios carnosos y nariz recta. Podía decirse que era un hombre atractivo, pero no tanto por sus rasgos como por lo que emanaba. Había en él algo intrigante y amenazador.

«En la calle novena, a tres cuadras de aquí, finalizado el milenio estalló un escándalo en la residencia de unas monjas de la Orden de las Adoratrices. Una de ellas apareció muerta en la carretera a los Llanos. Le dispararon en la cabeza y la mutilaron. Culparon a una de sus compañeras, la hermana Leticia López. Finalmente, la declararon inocente, y ella aseguró que delataría a agentes estatales y a antiguas compañeras suyas como cómplices de crímenes de “limpieza social”. Habló de abortos en esa casa, de lesbianismo, de ritos extraños llevados a cabo en la oscuridad de aquellas habitaciones. La casa

quedó maldita. Los vecinos aseguran que se oyen voces ahí dentro, gemidos de niños pidiendo ayuda.»

Acabamos llegando a la Patisserie Française, en una calle muy larga bastante empinada. Por lo visto, aquel iba a ser el punto final de nuestro trayecto. Antes de entrar, y como si se tratase de una advertencia de lo que estaba a punto de suceder (algo parecido a una confesión), Mario me agarró por el brazo y, clavándome su ardiente mirada esmeralda, me dijo: «Los que tenemos ojos nunca vemos nada. Nos especializamos en cierta información práctica y eso nos impide ahondar, precisar, percibir de verdad los objetos y los fenómenos que nos rodean. Aprender el universo del que formamos parte es un proceso religioso por medio del cual entendemos la infinitud y la eternidad de cada partícula, de cada sustancia, de cada átomo que compone la materia y la energía. Y eso no se logra con los ojos de la rutina y la costumbre. Hay que decodificar los sentidos para poder percibir de verdad. Hay que dejar de ver para Ver».

Tras esta advertencia atravesamos aquel pequeño local, con una nutrida exposición de dulces en los aparadores, todos acompañados por cartelitos escritos en francés, y después de pedir un par de cafés llegamos a una terraza exterior con varias mesas a la sombra de unos árboles de frondoso ramaje. No había nadie más allí.

Me fijé en que mi acompañante sudaba copiosamente.

Mario se acomodó en la silla como si su cuerpo fuese mucho más voluminoso. Se inclinó hacia delante con aire teatral y me miró con suma intensidad. En ese momento no supe si seguía siendo su colega, su invitado o bien me había convertido en uno de sus alumnos o de sus adeptos.

«Un día entré aquí solo, me senté en la barra y me puse a beber coñac. Me dije que mi futuro como escritor estaba liquidado, que no había nada que hacer, que el país no quería saber nada de esos mundos oscuros que atravesaban mi escritura. Me sentía deprimido, extraviado en un territorio remoto e inhóspito, fuera de base. Al cabo de un rato se acomodó a mi lado

un tipo delgado, con lentes de carey, de una estatura que bordeaba el enanismo. Después de liquidar la primera botella, aquel hombre me contó una historia aterradora. Me dijo que junto a la puerta del servicio para caballeros, oculta tras un biombo chino, había una puerta.»

Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de su frente con un gesto brusco.

«Yo le dije que había oído decir que aquella puerta daba a un almacén en el que el francés que abrió esta pastelería había ocultado el cadáver de su esposa durante casi un lustro. El hombre delgado negó con la cabeza. Me dijo que el cuerpo de la mujer jamás se encontró y que el francés en cuestión aseguró en los interrogatorios que ella había desaparecido una noche metiéndose por esa puerta y que no la había vuelto a ver.»

Mario hizo una pausa que aproveché para pedir dos botellines de agua.

«El hombre me dijo que en realidad aquella puerta daba a otro mundo, a otra realidad», prosiguió Mario. «Que él lo sabía por experiencia propia. Yo, a pesar de estar ya francamente borracho, no le di crédito en un primer momento. Pero empezó a hablar de Arthur Rimbaud y de cómo este, cuando llamaba a los artistas a convertirse en videntes, lo decía porque entendía el cuerpo como una máquina experimental de percepción. Me dijo que al desajustar los engranajes de los sentidos y poner el cuerpo en movimiento cambiaba la forma de percibir y, por ende, cambiaba el entorno. Y me dijo que todo eso lo había aprendido al atravesar aquella puerta, porque antes de hacerlo había sido un simple funcionario de prisiones; un hombre vulgar, en definitiva. Y me dijo que desde entonces, tras su viaje de ida y vuelta, para él el tiempo ya no era rectilíneo, sino múltiple, relativo, curvo, sinuoso.»

Eché mano de toda esa tácita complicidad, de la que en ningún momento llegamos a hablar abiertamente, antes de añadir: «Como en tu novela, ¿te das cuenta?».

Yo no fui capaz de asentir. Tampoco pude pensar en el argumento de la novela que había escrito y que había acabado ganando un premio que me

había llevado a Bogotá. Sin duda no habría sido capaz de encontrar aquello a lo que se refería ni las palabras adecuadas para confirmarlo. Mi pensamiento transitaba por una bruma de irrealidad que no parecía tener fronteras.

De hecho, no he logrado desentrañar lo que Mario dijo justo después; algo relativo, creo, a cómo se desarrolló su vida desde aquel día. Dijera lo que dijese, en cualquier caso, Mario se sumió a partir de ese momento en un silencio mineral e impenetrable que duró casi un cuarto de hora.

Me planteé durante esos minutos la posibilidad de levantarme e ir al lavabo para comprobar si se encontraba allí o no el biombo chino. Pero no lo hice. No voy a negar que me dio miedo. Miedo a que fuese cierto lo que me había contado, pero también a que no lo fuese. Me planteé también la posibilidad de preguntarle a Mario directamente si él había atravesado la dichosa puerta, si había experimentado en carne propia lo que le contó aquella tarde el hombre delgado y misterioso. Pero tampoco lo hice. Por el mismo motivo. Me dije que preguntarle sobre ese tema implicaría, de algún modo, cruzar ya una puerta que yo no estaba todavía en disposición de cruzar. Una puerta simbólica que podía transportarme a un lugar insólito y desconocido o llevarme de vuelta a algún punto conceptual previo a lo vivido con Mario durante esas horas. Y ambas posibilidades me aterraban; tal vez porque intuí que estaban íntimamente relacionadas con mi persona.

Permanecimos allí sentados, exactamente en la misma posición, un buen rato, mirándonos a los ojos, como retándonos a decir la palabra que habría de despertarnos de aquel embrujo. Y sí, es cierto que en ese momento podría haber empezado a sonar *White Rabbit* de Jefferson Airplane y que a los dos, estoy convencido, nos habría parecido lo más adecuado.

Porque a esas alturas de la tarde, bajo aquellos árboles de ramaje frondoso, no tenía ya ninguna duda de que la literatura era un trastorno psiquiátrico, una enfermedad.

Fue un mediodía a finales de enero de 2016. Estaba en casa, sentado a la mesa del estudio, leyendo algo en el ordenador; no recuerdo qué. Habíamos llegado hacía poco más de una hora del partido de balonmano que mi hijo mayor, por aquel entonces en segundo de ESO, había disputado en el pabellón de la Mar Bella; no recuerdo si ganaron o perdieron.

De entrada no me dio la impresión de que la molestia que sentía en el pecho fuese nada de lo que preocuparse. Pensé que era una contractura muscular, tensión en la parte frontal de la caja torácica. He sufrido de los nervios desde muy joven, así que sabía que esa clase de cosas pasan: estás tenso y en el esfuerzo por seguir adelante como si nada ciertos músculos se agarrotan, incomodan, hacen daño, pero al cabo de un rato se pasa. Además, tenía ligeramente irritado el esófago, algo que también suele ocurrirme cuando estoy nervioso. De hecho, había estado hablando de ese asunto con uno de los padres del equipo de balonmano, un reputado estomatólogo que le había restado importancia.

Era poco más de la una y media. Mi esposa estaba pasando el día en un pueblecito en la zona del Montseny, había acudido con una amiga a la inauguración de un centro budista, una visita de cortesía que, a decir verdad, le había pillado algo a trasmano. Se habían llevado nuestro coche. Así pues, estaba en casa con mis dos hijos, que en ese momento se entretenían viendo la televisión. O tal vez jugaban con la videoconsola. No lo recuerdo.

Me levanté varias veces y caminé por el pasillo hasta el dormitorio con la intención de comprobar si el supuesto agarrotamiento se relajaba, si los

músculos se aflojaban lo suficiente para volver a sentarme frente a la pantalla del ordenador un rato antes de preparar la comida.

Pero la supuesta tensión muscular no aflojaba. Es más, daba la impresión de arraigarse, de crecer. Ocupaba ya todo mi pecho, de un lado a otro. Al ver que los estiramientos que hice sentado al borde de la cama, o que moverme y agacharme varias veces no servía de nada, empecé a preocuparme.

No puedo precisar en qué momento me permití pensar que lo que me estaba ocurriendo no era algo pasajero, no iba a aflojar en cuestión de minutos. Recordé entonces las fases en las que se manifestó mi cólico nefrítico, años atrás, justo antes de la muerte de mi suegro; aquel dolor que empezó como una rareza apenas apreciable, casi un mero apunte, para convertirse poco después en un dolor indestructible que me llevó a arrastrarme por los jardines del Hospital de Sant Pau en mitad de la noche hasta llegar a la puerta de urgencias de la Clínica Puigvert. Recordé el momento en que decidí, antes de que el dolor se agudizase, acudir al hospital guiado por la intuición de la terrible punzada futura.

«Tal vez se trate de algún tipo de úlcera», me dije mientras recorría el pasillo pensando en la irritación del esófago. «Úlcera de hiato», aventuré, aunque no tenía la más remota idea de en qué consistía semejante úlcera.

Mientras mis hijos seguían en la sala de estar ajenos todavía a mis idas y venidas, me miré al espejo. Estaba tan pálido, mi gesto parecía hasta tal punto descompuesto, que en el fondo de mi mente se formó un pensamiento fugaz pero aterrador. Me dije: «Esa es la cara de un hombre muerto».

La presión era ya muy fuerte, me costaba respirar mientras recorría inquieto el pasillo. Ahora, además, me dolían los brazos, los dos, de un modo extraño, por debajo, como en el interior de los tríceps. Empecé a aceptar que la fase de confiar en un milagro había quedado atrás. Fue entonces cuando me decidí a llamar al servicio de urgencias. Fue un impulso que hasta ese momento había mantenido a raya porque todavía sentía el amago de la vergüenza al pensar que cabía la posibilidad de que no fuese nada serio, de

que se tratase de algún síntoma asociado a la ansiedad. Sin embargo, ver mi rostro cadavérico en el espejo me ayudó a vencer esa primera tentación. De hecho, he de reconocer que a esas alturas la vergüenza me parecía incluso una solución honrosa, muy deseable.

Mi hijo pequeño, al verme marcar el número en el teléfono fijo, supongo que tras fijarse en mi rostro y en mis movimientos sincopados, me preguntó: «¿Te encuentras bien, papá?». Y yo le respondí: «No, no me encuentro bien. Me pasa algo».

Cuando me atendieron en el servicio de urgencias y quise hablar apenas me salió la voz. Tuve que tirar de ella como si de un trapo se tratase, un trapo sucio y manchado de grasa que estuviese atorado en mi garganta. Tal vez fue la voz, pero lo poco que dije (que me dolían mucho el pecho y los brazos y que el dolor no aflojaba al tomar aire) sirvió para que enviaran una ambulancia sin hacer más preguntas. Vivíamos junto al Hospital de Sant Pau, así que la ambulancia no podía tardar, pero esos minutos se convirtieron en un larguísimo puente, como el puente 25 de Abril, cuyo extremo se perdía entre brumas que impedían ver la otra orilla.

Es curioso cómo las cosas se hacen reales al nombrarlas. No sabía qué estaba pasando, pero a partir de ese instante todo adquirió la solidez de una tormenta perfecta. El pasillo se cubrió de nubes negras. Acepté de golpe que aquello era grave. Les había dicho a los niños que llamaran a su madre, que le pidieran que volviese a casa. No me atreví a hablar con ella, no me vi con fuerzas para seguir tirando del trapo sucio atorado en mi garganta; oír a mi esposa me hubiese desmontado, me hubiese hecho perder la escasa entereza que me quedaba.

Retomé el ritual de caminar por el pasillo arriba y abajo mientras esperaba a la ambulancia, cada vez más desencajado y débil. Aunque ahora, una vez aceptada la situación, un único pensamiento se había apoderado de mi mente: que no me caiga al suelo, que no pierda todavía el conocimiento, que no

tengan los niños que lidiar solos con esto. Y en un momento dado el pensamiento se transformó en súplica: por favor, por favor, por favor...

Oír la sirena de la ambulancia en la calle, siete plantas más abajo, supuso un instantáneo alivio. «Ahí están», le dije a mi hijo mayor. El alivio no fue por mi dolencia sino por el pensamiento que me ocupaba. De algún modo quise pensar que estaba a punto de cumplir con mi cometido: mis hijos no iban a tener que ocuparse solos de lo que me estaba ocurriendo. Fuera lo que fuese. A partir de ahí, sabía que sería capaz de sobrellevar la vergüenza o resistir el dolor. Todavía no pensaba en otra cosa. La idea de la muerte no había aparecido aún. Aunque iba a verme obligado a pensar en ella muy poco después.

No recuerdo quién contestó al interfono. Supongo que la puerta de nuestra casa la abrí yo, pero tampoco estoy seguro. Sí recuerdo, en cambio, el momento en que me encaré a los dos paramédicos, un hombre y una mujer, y les relaté lo que me sucedía. Venían pertrechados con maletines y varios aparatos voluminosos. Se movían con diligencia militar. No tardaron en tomar el mando de la situación. Me trasladaron hasta nuestro dormitorio mientras yo le preguntaba al que llevaba la voz cantante si podía tratarse de una hernia de hiato. Negó con rotundidad. Empezaron a despojarme de la sudadera y la camiseta, sin que apenas me diese cuenta, cortándolas con unas largas tijeras. Es posible que me hiciesen ingerir ya en ese momento alguna pastilla.

Me recuerdo de pie, a los pies de la cama, con la puertaventana que da a la terraza a mi espalda. Hacía un día precioso, despejado y radiante a pesar del frío de finales de enero. La habitación estaba sumida en un torrente de luz limpia y fresca, como si la primavera estuviese ya a la vuelta de la esquina.

Fue entonces cuando sentí la presencia de la muerte.

No fue una epifanía. No fue un rayo. Fue una constatación. Fue como atravesar una puerta; parecida tal vez a la puerta tras el biombo chino de la Patisserie Française de Bogotá. Me di cuenta, con una rotundidad que jamás

había experimentado anteriormente, de que había cruzado una línea. Sentí también que no había modo de dar marcha atrás, que el proceso era irreversible. Había roto la barrera del sonido, no tenía ninguna clase de control. Todo adquirió de repente una intensidad abrumadora: era como poder ver el revés de la realidad, el código secreto que sostiene lo aparente.

«Así que esto es morir», me dije.

No sentí miedo. Dejé de notar tensión y mis extremidades se relajaron. Solo cabía rendirse, dejarse caer a una velocidad supersónica por aquella especie de tobogán de los sentidos, porque no puede hacerse otra cosa cuando tienes la certeza absoluta de que te enfrentas a lo inevitable.

Desde hacía años estaba obsesionado con los accidentes de avión. Ya he hablado de lo mucho que me documenté sobre esa cuestión para escribir mi primera novela. Me obsesionaban especialmente esos segundos, o tal vez minutos, en que los pasajeros tienen la certeza de que van a estrellarse, de que les espera una muerte segura. Me preguntaba desde hacía años cómo viviría yo una situación así; la última situación posible. ¿Me invadiría el pánico? ¿Vería pasar ante mis ojos la película de mi vida? ¿Sentiría por fin esa anhelada paz que venía persiguiendo, a través de la búsqueda de la verdad, desde que era niño?

Me tumbé en la cama con el torso desnudo. Seguía sin saber qué me estaba ocurriendo. Pero ya no volví a abrir la boca. Me convertí en un testigo mudo. Habían colocado uno de esos aparatos para medir la tensión y el pulso cardíaco sobre mi mesita de noche. Me conectaron a él en un abrir y cerrar de ojos. Me pincharon varias veces en los brazos para inyectarme sustancias indescifrables. Oí la voz del médico, acuclillado a mi lado, junto al aparato, dando órdenes a su ayudante. Oí con claridad los rítmicos pitidos que indicaban que mi corazón latía deprisa.

Pero de repente el pitido se prolongó, se hizo agudo, afilado y penetrante. Pude oír cómo se dilataba durante un segundo, tal vez dos. Oí también la voz del médico al fijarse en la pantallita del aparato. Dijo: «Oh, oh». Eso fue lo

último que oí. Acto seguido se produjo el fundido en negro y dio inicio la primera fase del viaje más importante de mi vida.

Estuve muerto siete minutos. Parada cardiorrespiratoria. Por lo que pude saber después, una placa de colesterol se desprendió sin motivo aparente de una de mis arterias, la que nace en el seno coronario izquierdo, y acabó taponando por completo el flujo sanguíneo que va al corazón. Utilizaron varias veces el desfibrilador. Realmente debieron de verlo muy negro porque en el proceso físico de la reanimación emplearon una fuerza descomunal, fruto sin duda del miedo o de la desesperación. Me provocaron varias fisuras en las costillas y me rompieron la punta del húmero del brazo izquierdo. Por no hablar de los posteriores problemas de visión causados por el brusco cambio de presión sanguínea intracraneal debido a la fuerza que emplearon al golpearme el esternón.

En cualquier caso, me salvaron la vida. Aunque los paramédicos en ningún momento llegaron a afirmar algo semejante, se mostraron muy conservadores, incluso pesimistas. Entre otras razones, porque tardaron mucho en estabilizarme lo suficiente para poder trasladarme al hospital con garantías.

Me cuesta hacerme a la idea de la cantidad de sustancias tóxicas y agresivas que corrieron por mis venas en esos primeros minutos. No solo tuvieron que lograr que mi flujo sanguíneo sortease la obstrucción de la arteria, por lo visto a esas alturas presentaba también agitación psicomotora, es decir: tenía espasmos involuntarios, por lo que tuvieron que sedarme para poder llevar a cabo el traslado.

Salí de casa convertido en algo que tan solo se asemejaba a un ser humano normal. Mi mujer, que ya había vuelto a casa, me dijo que iba prácticamente desnudo, sedado por completo, lleno de moratones y con algún hueso roto, con los ojos hinchados y ennegrecidos, anegados en sangre, y colocado en

una camilla vertical a la que iba ligado por el torso y las piernas; un poco como Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*. Por otra parte, me mantuvieron conectado a la máquina que controlaba mi ritmo cardiaco y mi presión sanguínea; la máquina del pitido. No sé cómo pudieron embutir todos esos elementos en el diminuto ascensor de nuestra finca.

A partir de ese momento dio comienzo la segunda fase del viaje más importante de mi vida. Porque al ponerse en contacto por radio con el Hospital de Sant Pau, que se encuentra a un par de minutos de nuestra casa, les dijeron a los paramédicos que no había quirófanos disponibles y que tenían que llevarme al Hospital Clínic, ubicado a veintisiete travesías de distancia, en el centro del Eixample.

Imagino el sufrimiento de mi esposa, que iba sentada en la parte delantera de la ambulancia, después de haber oído las poco halagüeñas previsiones de los paramédicos antes de meterme en la parte de atrás. Durante ese rato se vio forzada a lidiar con esos pensamientos que se desarrollan en el borde exterior del lenguaje, esas ideas que dejan entrever un abismo en el que las palabras ya no tienen potestad para adentrarse. Los escasos quince minutos del trayecto debieron de parecerle horas.

Después vendrían las auténticas horas de espera, ya en el Clínic, mientras llevaban a cabo la coronariografía urgente que les iba a permitir descubrir dónde se encontraba exactamente la oclusión aguda que había provocado mi infarto; o mientras realizaban la tromboaspiración de la arteria afectada y me implantaban un *stent*: uno de esos minúsculos tubos de malla metálicos que dejan las arterias como nuevas.

Y después tuvo que sobrellevar el paso de la noche, en casa, sin poder pegar ojo, temiendo una llamada fatídica. Y al llegar la mañana iba a surgir la amenaza de las franjas horarias, las doce primeras horas, las veinticuatro primeras horas, en las que ir descartando una tras otra las posibles lesiones cerebrales, las posibles consecuencias físicas provocadas por la falta de

oxígeno en el cerebro durante los siete minutos que había durado la parada cardiorrespiratoria.

Esas larguísimas horas fueron para ella como una demoledora carrera de obstáculos conceptual y anímica, en la que se enfrentó, con cada nuevo paso, a negras visiones de futuros posibles, a toda una gama de eventuales estilos de vida marcados por lo terrible. Porque durante ese tiempo de espera e incertidumbre su marido no solo podría haber muerto, también podría haber emergido del coma inducido mermado intelectualmente, ciego, con problemas de movilidad, amnésico...

Me gusta imaginar también el seminal momento de consuelo que debió de suponer la constatación por parte de los médicos, al cabo de un tiempo inconcreto que bien podría haber sido una vida entera, en mitad de la travesía de las dichas franjas horarias, de que, fuera como fuese, su marido seguiría vivo.

Abrí los ojos el domingo a media tarde. Los abrí poco, a decir verdad, porque los tenía muy hinchados e inyectados literalmente en sangre. En mi recuerdo, sin duda debido a los fármacos que corrían por mi organismo, esas primeras imágenes de la aséptica habitación de la UCI se mezclan con las imágenes pixeladas del momento en que Robocop abre sus cibernéticos ojos por primera vez. La desorientación, sin embargo, me duró poco: los tubos que se adentraban en mi garganta en dirección al estómago y los pulmones me hicieron entender que estaba en el hospital, que existía una continuidad, a pesar del fundido en negro, entre lo que había ocurrido en casa y la situación en la que me encontraba en ese preciso instante.

Abrí los ojos lo imprescindible para constatar que estaba vivo y después volví a cerrarlos, sumiéndome en un estado en el que me resultaba difícil discernir si estaba dormido o despierto. Lo siguiente que recuerdo con algo más de precisión fue el momento en que me sacaron los tubos de la garganta.

Un momento que, en mi recuerdo, se mezcla con la imagen del despertar de Neo en *Matrix*. También tenía una sonda en mi uretra, pero como tardaron algo más en extraerla estaba más despierto y consciente cuando lo hicieron y la sensación de desagrado fue mucho mayor; un desagrado exclusivo, por así decirlo.

Me habían afeitado el pecho parcialmente, de mala manera, y lo tenía cubierto de electrodos. De dichos electrodos salían un montón de cables de colores que iban a parar a una máquina, junto al cabezal de la cama, que controlaba mis constantes vitales, pero, por suerte, no emitía ninguna clase de pitido. En el brazo izquierdo tenía colocada una vía por la que derramaban a mi flujo sanguíneo suero y medicamentos desconocidos para mí.

Durante esos primeros días sentí que mi cuerpo no me pertenecía, que no estaba en ningún sentido bajo mi control. Dependía de la ciencia, de la tecnología y del criterio de los médicos y las enfermeras para seguir funcionando. Mi cuerpo era un territorio de estudio o de trabajo; el paisaje después de la batalla, tomado ahora por fuerzas neutrales que pretendían restablecer la paz y, con un poco de suerte, implantar un nuevo orden. En un primer momento, sentir que había quedado suspendido el sentido de responsabilidad sobre mi propia anatomía, siquiera temporalmente, me resultó tranquilizador, placentero incluso: no tenía que esforzarme para nada, podía dejarme llevar por el vaivén del sueño. Pero poco después, al ir recuperando la claridad, empecé a preguntarme hasta qué punto tenía todo eso algo que ver conmigo; y por todo eso me refiero tanto a mi cuerpo como a la situación en la que me encontraba.

No tardé en entender que estaba pagando las consecuencias de algo que, aparentemente y a pesar de mi incapacidad para sentir, tenía todo el aspecto de haber sido muy serio. Pero todavía no me sentía especialmente interpelado por el entorno o por las pruebas a las que me sometieron sin descanso durante esos primeros días en la UCI. Me traían y me llevaban y yo intentaba sonreír para facilitar el trabajo de los celadores. Me lavaban o arreglaban la ropa de

mi cama y yo bromeaba echando mano de recursos aprendidos en un pasado remoto. Me metían en aparatos cuyo mero aspecto resulta estremecedor sin que yo fuese consciente de hasta qué punto el resultado de esas pruebas podía marcar mi existencia de ahí en adelante. Por decirlo de otro modo, estaba allí pero no estaba allí. Supongo que, por una parte, podría responsabilizar a la fuerte medicación de esa especie de distanciamiento sideral. Pero por otra, habida cuenta de lo que ocurrió días más tarde, debía de estar inmerso en un eficaz proceso de negación de los hechos: todavía no podía admitir que hubiese sufrido un infarto.

Por encima de cualquier otra cosa yo quería descansar. Quería cerrar los ojos. Mantenerlos abiertos suponía un esfuerzo inmenso que me agotaba en cuestión de minutos. Además, mi visión en esos primeros días estaba muy limitada, veía lo que se extendía a mi alrededor envuelto en un humo negro que, poco a poco, iba cerrándose sobre el punto central hasta convertirlo en un embudo por el que apenas podían transitar imágenes puntuales. Supongo que ese detalle limitaba aún más mi ya empobrecida percepción de la realidad, porque la realidad para mí era simplemente aquello que sucedía entre el abrir y cerrar de mis párpados. Era lo que sucedía cuando me traían comida o cuando me inyectaban algo o cuando me daban una pastilla o cuando pasaba alguno de los médicos para comentar los resultados de alguna prueba o para informarme de la realización de otra.

La realidad era también lo que sucedía cuando mi esposa venía a visitarme, puntual como un reloj, alimentada por una energía incomprensible para mí, por un sentido de la esperanza, a pesar de la incertidumbre, que yo tampoco era capaz de entender a esas alturas. Incansable y solícita a pesar de mis estrambóticas reacciones, de mis balbuceos, de mis ojos medio cerrados e incluso de mi mal humor.

Porque a ratos la irritación emergía como un géiser puntual en el escenario de átona lasitud que dominaba mi día a día; un modo de comportarme que, supongo, estaba directamente ligado al hecho de no asumir todavía lo que me

había ocurrido. Porque era demasiado joven para haber sufrido un infarto. Porque me había esforzado mucho por mantener el equilibrio en mi vida, por combatir a las fuerzas de signo opuesto que habían estado acosándome desde que salí de Vallcarca. Porque no entendía qué había hecho para merecer semejante varapalo. Porque me fastidiaba pensar que había pasado por un momento excepcional y, sin embargo, al otro lado de aquella puerta simbólica no había visto túnel alguno, ni luces, ni espíritus benéficos que me instasen amablemente a regresar al mundo de los vivos. No había regresado del lugar en el que permanecí durante siete minutos marcado por una sabiduría ancestral. De ahí surgía buena parte de esa inicial contrariedad.

Aunque en esos primeros días la frustración no llegó a mostrar la potencia que evidenciaría días y semanas después, ya que la mayor parte del tiempo que pasé en la UCI me dejaba llevar por la suspensión de la responsabilidad respecto al estado en el que me encontraba. Me entregaba a extensas reflexiones acríicas que fluían suavemente y que sonaban a música de cámara. Momentos en los que podía pensar, por ejemplo, que no estaba muerto pero que podría estarlo en cualquier momento.

No sentía miedo, todo lo contrario: proyectaba un hipotético futuro sin mí. Pensaba en cómo les irían las cosas a los míos. Imaginaba a mi esposa casada de nuevo, y feliz. Veía en mi mente cómo nuestros hijos se hacían hombres y entraban en la vida adulta y desarrollaban con solidez sus propias vidas. No sentía ninguna clase de nostalgia. Sentía satisfacción. Y lo único que pretendía era dormir, descansar en paz sabiendo que todo funcionaría de maravilla sin mí. Esa clase de pensamientos me situaba en un gratificante estado de liberación pseudoconsciente.

Me preguntaba también cómo entenderían cada uno de mis conocidos y amigos y familiares mi muerte; lo mismo que me pregunté en el funeral de mi suegro. ¿La entenderían como un viaje, un camino, un traslado, un establecimiento, una transmutación? ¿Y cómo les afectaría en concreto a cada uno de ellos, qué supondría en el decurso de sus vidas, en su manera de

entender actos concretos o ideas abstractas? ¿Tendría en ellos la muerte, mi muerte, un matiz íntimo? ¿Les haría llorar por la noche, a solas en el baño, antes de meterse en la cama? ¿Les haría reflexionar sobre su propia existencia y, conscientes de la inevitabilidad del final, proponerse con todas sus fuerzas ser mejores personas a partir de la mañana siguiente y emprender actos bondadosos?

Semejantes pensamientos me libraban de las cargas terrenales. No tenía por qué hacerme cargo de mi cuerpo ni tampoco de la parte más oscura de mi conciencia. Semejantes pensamientos me permitían tener sueños como el que tuve una noche con mi admirado David Lynch, antes de salir de la UCI.

«Llámame David, por favor», me dijo. Yo había estado hablándole de usted todo el rato, porque su presencia física me imponía un respeto casi reverencial.

Iba caminando por las calles de Girona junto a David Lynch.

Tenía que enseñarle la ciudad. Él había insistido en dar un paseo después de comer. De hecho, había pedido explícitamente que alguien le llevase a los lugares más significativos del barrio judío. Por lo visto, un amigo suyo especialista en cábala le había hablado de lo bien conservados que estaban los edificios antiguos y los estrechos callejones.

Del grupo que habíamos estado comiendo con David Lynch en el restaurante La Penyora, no muy lejos del ayuntamiento, yo era el único que conocía bien Girona, pues había vivido en la ciudad durante un año. El resto de los comensales, extranjeros en su mayoría, desaparecieron como por ensalmo en cuanto acabó el almuerzo, así que me vi en la obligación de acompañarle durante su paseo.

Acompañarle era para mí un compromiso más que un honor. Nunca me había interesado realmente por Girona, ni por su historia ni por su supuesta riqueza cultural, nunca había leído libros ni había consultado páginas web para conocer detalles históricos o anécdotas llamativas que le aportasen a mi experiencia personal un valor extra. Por eso al regresar allí me sentía siempre, en cierta medida, como un turista más, si bien acuciado por un extraño sentimiento de culpa. Una culpa que nacía del hecho de no haber llegado a amar la ciudad cuando viví en ella. Porque viviendo en Girona descubrí bien pronto que amar la ciudad, venerar su obvia belleza y su elegancia

indiscutible, era dogma de fe. Y no hacerlo, a ojos de los que se consideraban sus genuinos habitantes, los de raigambre, era poco menos que un delito o un pecado imperdonable.

A mí Girona me parecía hermosa, pero básicamente por lo bien conservado y limpio que estaba el centro histórico, y por el buen trabajo que hicieron recuperando las casas que daban a la rivera del Onyar. Me encantaba, precisamente, que un río la atravesase, aunque se tratara de un río pequeño, escaso de agua en cuanto empezaba el buen tiempo. Me agradaba también ese ambiguo aire histórico que podía apreciarse en ciertos barrios, esa huella del paso del tiempo sospechosamente inconcreta, tan similar a lo que transmiten algunos parques temáticos. Así que digamos que Girona me gustaba como puede gustarle el decorado de una película a un amante del cine.

Pues bien, allí estaba yo, atenazado por la torpeza y la culpa, cruzando la plaza del Vi junto al famoso director de *El hombre elefante*. Mientras caminábamos ya por el Carrer dels Ciutadans, por donde apenas circulaban coches o personas, mi acompañante no dejaba de mirar a un lado y a otro, fijándose en detalles de las fachadas que yo no era capaz de ubicar ni distinguir.

Nos adentramos en el Call, que es el nombre que en Cataluña se les da a los barrios judíos medievales, por el Carrer de la Força. Ascendimos despacio; no hay que olvidar que Lynch tenía más de setenta años. Apenas cruzamos un par de palabras durante ese trayecto. Yo pensaba que caminar junto a David Lynch resultaría engorroso, que la gente nos miraría o incluso nos detendría para hacerle algún comentario o pedirle un autógrafo. Pero o bien les dio por comportarse de un modo excesivamente discreto y respetuoso esa tarde, algo perfectamente comprensible, o bien el rostro arrugado, el blanquísimo y enhiesto flequillo y la figura algo desgarbada de Lynch eran menos conocidos por aquellos pagos de lo que yo habría supuesto.

Le llevé por las callejuelas más pintorescas y le hice resoplar subiendo y

bajando añosas escalinatas de piedra. Nos acercamos hasta donde se suponía que había sido erigida la primera sinagoga de la ciudad. Le llevé después al patio del museo Bonastruc ça Porta, hasta situarlo en el centro de la enorme estrella de David que hay trazada en el suelo. También vimos un par de patios interiores, de casas particulares, en los que Lynch se adentró discretamente, intentando que sus pasos no se oyeran. Cuando salió del último de ellos, en la Pujada de la Catedral, le hablé de la estupenda fiesta que se celebra en la ciudad a finales de mayo, conocida como Temps de Flors, en la que se abren al público muchos de esos patios interiores característicos del Call, y cómo buena parte de las calles del barrio se engalanan con flores y plantas de todo tipo. «Es un espectáculo fascinante», le dije. «Merece la pena verlo.» Él me respondió que prefería ver la ciudad así, vacía.

Cuando estábamos llegando ya a la escalinata de la catedral de Santa María, supongo que acuciado por la sensación de estar atravesando un decorado, le comenté a Lynch que en esa parte de la ciudad se habían rodado varias escenas de algunos capítulos de *Juego de Tronos*, y que ese detalle había provocado la llegada masiva de un nuevo tipo de turistas. Creo que Lynch me escuchó, aunque dudo que llegase a computar mis palabras, a otorgarles validez o significado. Se limitó a asentir mirando hacia lo alto del campanario de la catedral.

Me atreví entonces a comentarle la idea a la que venía dándole vueltas desde que empezamos nuestro paseo. Le dije que Girona me había parecido siempre una ciudad plana, sin misterio ninguno. Le dije también, mientras pasábamos por debajo del arco que lleva a la calle del Rei Ferran el Catòlic, que Girona, como ciudad, no posibilitaba una narración propia, que no tenía trasfondo y que, en caso de ubicar en ella una ficción, uno tendría que aprovechar el entorno casi exclusivamente de manera nominal. Le dije, para finalizar, que tenía la impresión de que Girona era una representación de la muerte; una representación casi kafkiana, donde lo simbólico era lo normal y lo normal se había hecho invisible. Lynch, ahora sí, me escuchó con esa

media sonrisa de labios ultrafinos tan suya, pero no dijo nada de momento. Pasamos junto a los baños árabes, aunque no hicimos ni el ademán de entrar en ellos, y después giramos a la izquierda dejando a nuestra derecha los jardines que se extienden junto a la catedral.

De repente, los callejones por los que nos adentramos camino del río se oscurecieron. Tal vez se cubrió el cielo sin que me diese cuenta, porque a veces en Girona el tiempo puede variar de un modo imprevisible. La cuestión es que bajando por la calle Trasfigueres, junto a la impresionante mole gótica de la basílica de Sant Feliu, me dio la impresión de que todo eran sombras y claroscuros, como si transitásemos por una película expresionista alemana de los años treinta. También me fijé en un detalle curioso: hacía ya un rato que David Lynch parecía ir siguiendo los pasos de alguien, si bien de manera muy discreta, prácticamente imperceptible.

Se trataba de un hombre bastante bajo y contrahecho, que caminaba renqueante, arrastrando el pie izquierdo. Portaba un bastón consigo. Su mano derecha era deforme; de lejos parecía un muñón sobredimensionado, con la forma de una inverosímil pinza de langosta cubierta por una venda sucia. Aunque lo que más me llamó la atención fue que aquel personaje parecía llevar la cabeza cubierta por una suerte de bolsa de tela blanca coronada por una gorra gris con visera rígida.

Le seguimos un rato más, ambos conscientes ya de lo que estábamos haciendo. Dejamos atrás la escultura de la Lleona, de la que se dice popularmente que si besas su culo volverás a la ciudad, y recordé entonces el caso de una turista que se partió el cuello y murió intentando cumplir con ese ritual. Cuando llevábamos recorridos unos diez metros de la calle Calderers, vimos que el hombre de la bolsa en la cabeza se detenía frente a un portal viejo, con aspecto de abandonado, y se adentraba en el edificio.

Nos detuvimos nosotros también y le dije a David Lynch, en lo que apenas fue un susurro: «Se parecía a John Merrick, ¿no crees?». Lynch no se volvió

hacia mí. Con la mirada fija en aquel portal y haciendo uso de una voz ronca me dijo: «Hay misterios en todas partes».

Entramos después en la cafetería La Terra, en la calle Ballesteries. Nos sentamos en una mesita de mármol junto a una ventana que daba al río Onyar. Pedimos café americano. El director de *Corazón salvaje* parecía sentirse muy cómodo y relajado. De vez en cuando miraba hacia el interior, fijándose en la decoración y en los demás clientes, y luego volvía a la ventana para contemplar, supongo, las restauradas fachadas de los edificios de la otra orilla del río.

De repente dijo: «Todos reflejamos el mundo en el que vivimos. Aunque ruedes una película de época, esta reflejará el momento en el que vives».

Yo no pude evitar replicar casi sin pensarlo, todavía aferrado a mi tesis: «Girona no tiene un relato que la unifique. Girona es como la muerte: no dice nada». A lo que Lynch opuso las siguientes palabras: «No se trata de que diga nada comprensible. Si lo sientes, lo sientes».

Tras unos segundos de silencio, de mirar hacia el interior y hacia el exterior en repetidas ocasiones, David Lynch se volvió hacia mí e inició una perorata, con pequeñas pausas, con la que parecía querer transmitirme un mensaje personal. Empezó diciendo: «La vida está llena de abstracciones, y la única manera de entenderla es a través de la intuición. Intuición es ver la solución: verla, saberla. Es la unión de la emoción y el intelecto. Algo esencial para el cineasta». Pausa. Continuación: «A veces la gente se queja de que les cuesta entender una película, pero yo creo que entienden mucho más de lo que creen. Porque todos hemos sido bendecidos con la intuición: todos tenemos el don de intuir cosas». Pausa. Respetuoso silencio por mi parte. Continuación: «Si quieres buscar peccecitos puedes permanecer en aguas poco profundas. Pero si quieres pescar un gran pez dorado, tienes que adentrarte en aguas más profundas».

Yo le dije entonces, tras recapacitar durante unos segundos, que posiblemente tenía razón y que el rencor que sentía hacia Girona tal vez se

debiese a que siempre había deseado penetrar en su centro secreto, en sus profundidades, pero no lo había logrado. De nuevo le dije que Girona era como la muerte, y que por eso siempre me había quedado en la superficie, porque penetrar en su centro habría supuesto no volver a salir. De ahí la desagradable sensación de depresión o pena que me causaba estar allí en ocasiones.

David Lynch respondió a mi explicación como si estuviese leyendo algo escrito por él con anterioridad: «La depresión, la rabia y la pena resultan bellas dentro de una historia, pero para el cineasta o el artista son veneno. Son como unas tenazas de la creatividad. Y si te aferran, apenas puedes levantarte de la cama, y mucho menos experimentar el fluir de la creatividad y las ideas. Para crear hay que tener claridad».

Dijo esto mirando hacia el exterior. Yo seguí su mirada y creí descubrir en qué se estaba fijando. Al otro lado del río, en una exigua zona de tierra junto a unos matorrales, un lugar que no llegaba a ser siquiera un banco de arena, habían tirado algo parecido a un fardo de plástico blanco. Era de poco más de metro y medio de largo, aunque un tanto voluminoso. Voluminoso como podría serlo si bajo esos plásticos hubiese un cuerpo humano. Tal vez el cadáver de una chica joven, más bien menuda.

David Lynch dijo entonces: «El miedo distorsiona la realidad, la cambia».

Entendí que, a pesar de lo que pudiese parecer, David Lynch estaba diciendo esas palabras exclusivamente para mí. Eso me llevó a recordar, dentro del propio sueño, algo que me había sucedido cuando viví en la ciudad, un momento de terror que iba a asociar por siempre a Girona.

El 11 de septiembre de 2001 ya estaba instalado en Girona, llevaba allí poco más de un mes. Era martes, pero en Cataluña era festivo por la celebración de la Diada. La que iba a ser mi esposa y yo habíamos pasado toda la mañana en nuestro apartamento, retozando. Aquel día habíamos desayunado muy tarde y

poco después de las cuatro salimos a la calle con la intención de buscar un local abierto en el que poder merendar algo consistente.

Nada más poner el pie en la plaza Josep Pla recibimos una llamada telefónica. Se trataba de la que tiempo después sería mi cuñada. Muy alterada, le contó a su hermana de manera atropellada y estrambótica que dos avionetas, o dos aviones, habían chocado contra las Torres Gemelas de Nueva York. Mi futura esposa fue reproduciéndome la conversación en tiempo real, detenidos los dos en medio de la plaza. Me dijo que su hermana decía que una de las torres se había derrumbado. Lo primero que dije fue que era una exagerada. Lo dije porque recordaba que en 1945 un bombardero se había estrellado contra el Empire State sin causar apenas destrozos; algo que descubrí leyendo el libro *Maravillas del mundo*.

La que no tardaría en ser mi cuñada afirmó entonces, siguiendo alguna clase de deducción personal, que se trataba del inicio de la Tercera Guerra Mundial, porque al parecer se tenía noticia de una explosión más en el Pentágono y también de otro avión derribado en Pensilvania. Ya he hablado de mi particular obsesión por la Guerra Fría y por la Tercera Guerra Mundial, el miedo que se había instalado en mi psique desde que aprendí siendo niño qué eran y qué significaban los misiles balísticos intercontinentales. Supongo que ese fue el verdadero motivo por el cual empecé a notar un desagradable sudor frío en la nuca.

Como no teníamos televisor en el apartamento, justo después de colgar el teléfono buscamos un bar en el que ver las noticias. Pero los bares que frecuentábamos cerca de donde vivíamos estaban todos cerrados. Sin embargo, eso no era lo más inquietante de la situación. Lo peor fue comprobar que no había nadie con quien poder contrastar la información; no había nadie en ninguna parte.

Recorrimos las calles a buen paso, intentando evitar echarnos a correr frenéticamente en busca de algún rastro humano. Todas las tiendas y portales y balcones estaban cerrados. El tiempo, a decir verdad, parecía detenido. La

ciudad estaba desierta, abandonada voluntariamente, porque era posible que los habitantes de Girona conociesen algún detalle clave sobre el desarrollo de los acontecimientos en Estados Unidos que nosotros, encerrados toda la mañana en nuestro nido de amor, ignorábamos por completo.

Yo no podía dejar de pensar en las palabras de mi futura cuñada. No dejaba de imaginar que, efectivamente, así nos sentiríamos si estuviésemos siendo testigos de los prolegómenos de una contienda termonuclear: abandonados a nuestra suerte en una ciudad vacía a punto de ser arrasada por las bombas. Y, por otra parte, me decía, de manera estúpida e infantil, que no quería que el fin del mundo nos pillase en Girona, que prefería morir en cualquier otro lugar.

Acabamos encontrando un televisor encendido en la calle Anselm Clavé, junto a la plaza de la Independència, pero estaba en el escaparate de una tienda de electrodomésticos, tras una incómoda reja metálica. La calle, obviamente, también estaba desierta. Estuvimos allí plantados durante más de media hora, boquiabiertos y ansiosos porque a la escasez de imágenes concluyentes se sumaba el silencio que generaba la ausencia de voces televisivas; la ausencia, de hecho, de cualquier clase de voz.

Imperó una tensa calma durante un buen rato antes de que empezasen a imponerse las palabras de nuevo y nos convirtiésemos en espectadores normales, unidos al resto de los habitantes de Occidente por una perplejidad y un temor estandarizados.

El resto del paseo con David Lynch por Girona no fue ya exactamente un paseo. Digamos que a medida que se acercaba el final las cosas que nos rodeaban empezaron a perder contenido a toda velocidad.

Finalmente llegamos al parque de la Devesa. Echamos a andar sin un objetivo concreto por entre los altísimos plátanos, intentando no levantar polvo al desplazar los pies por la tierra seca; Lynch parecía un poco cansado.

El sol no penetraba a través del espeso follaje de los árboles, cuyas copas unidas formaban una enorme e imbricada cúpula verde. El rostro de Lynch, vuelto hacia lo alto, me recordó al del agente especial Dale Cooper al llegar a Montana y descubrir el magnífico olor de los abetos Douglas.

Se detuvo entonces el director de *Cabeza borradora*, me miró a los ojos y dijo: «En el cine es fundamental la sensación de lugar, porque quieres entrar en otro mundo. Cada historia posee un mundo propio, un ambiente y una atmósfera también propios. De modo que uno intenta aunar toda una serie de cosas, de pequeños detalles, para crear sensación de lugar». Tras esas palabras, apartó de mí su mirada y retomó la marcha sin esperar a que yo me mantuviese a su lado. De hecho, le dejé que se adelantase unos metros, aunque acabé alcanzándolo de nuevo. David Lynch se había detenido junto a una papelera y parecía inspeccionar su interior con interés. Entre latas de refresco y bolsas vacías y arrugadas de aperitivos salados, me dio la impresión de entrever algo impropio.

Hubiese jurado que era una oreja. Una oreja humana, cubierta de hormigas. Y en su centro había un agujero oscuro, negro como la noche, que parecía abrir una grieta en la percepción del tiempo.

Cuando me pasaron de la UCI a la planta de enfermedades coronarias en el Hospital Clínic me vi obligado a afrontar la realidad de lo ocurrido. La tecnología, la aséptica modernidad y el trato exclusivo, casi personalizado, por parte de las enfermeras y de los médicos durante el tiempo que pasé en cuidados intensivos, me permitió mantenerme en una suerte de limbo conceptual. Durante esa primera semana de convalecencia pude mirar hacia otro lado y no sentirme culpable.

Pero llegar a la habitación de planta fue como despertar de un sueño extraño con David Lynch y descubrir que no tenía más remedio que enfrentarme al oscuro misterio en que se había convertido mi existencia; un misterio del que, de momento, apenas podía vislumbrar un inquietante indicio, similar a la oreja que encuentra Jeffrey Beaumont en *Terciopelo azul*.

Así dio comienzo la tercera fase del viaje más importante de mi vida.

Las instalaciones y la decoración de la planta de enfermedades coronarias no tenían nada que ver con lo que había visto en la UCI. Mi estancia en la UCI fue como estar montado en una versión mejorada de la nave *Enterprise*, lanzada hacia un futuro acolchado; o hacia un futuro inconsciente, si se prefiere. La nueva habitación tenía el aire de una aseada instalación soviética: con todo lo necesario para el cuidado de alguien en mi estado pero anclada en un pasado inconcreto, carente de cualquier atisbo de esperanza. Por otra parte, desapareció como por ensalmo la atención personalizada de las enfermeras, que en esa zona del hospital optaban por la profesionalidad extrema más que por el afecto.

De la inopia narcotizada, por lo tanto, pasé a la conciencia del dolor, del

sufrimiento y, sobre todo, de las limitaciones físicas. Ya no podía pasar por alto mis serios problemas de visión, por ejemplo. Las pruebas habían descartado lesiones graves a nivel neuronal, pero los oftalmólogos todavía iban a tardar semanas en delimitar el alcance de la lesión de los nervios ópticos, especialmente del ojo derecho; un daño provocado por el cambio de presión sanguínea durante la reanimación. Tenía diferentes puntos de dolor repartidos por todo el cuerpo, pero uno destacaba por encima de los demás: la parte donde el brazo izquierdo se unía al hombro, la punta del húmero. En el hospital, a pesar de mis reiteradas quejas, no fueron capaces de determinar que tenía el hueso roto, tuvieron que pasar más de dos meses, cuando ya todo había cicatrizado de un modo inadecuado, para constatar que el hueso se rompió durante la reanimación. Por otra parte, tenía problemas para dormir, necesitaba tranquilizantes para conciliar el sueño. Más allá de la situación en la que me encontraba, tenía como vecino de habitación a un hombre muy mayor, camino de la centena, que hacía unos ruidos muy desagradables por las noches. A ratos daba la impresión de encontrarse al borde de la muerte, pero lo cierto es que, aun siendo reincidente múltiple en esa sección del hospital, aguantó como un jabato y recibió el alta antes que yo.

Resultaba duro compararse con alguien de más de noventa años, sentir que estaba en una situación paralela, si no similar, a la de un hombre al borde de pasar definitivamente al otro barrio. Yo tenía cuarenta y cinco años y me parecía que no existía razón lógica alguna para verme allí, en aquella tesitura. Era demasiado joven. Sin embargo, levantarme de la cama o ir al baño por mi cuenta, por no hablar de ducharme con aquellas esponjas jabonosas tan prácticas, implicaba un esfuerzo descomunal, impropio de un hombre que todavía se considerase lozano.

Llegó después la prescripción facultativa de los paseos obligatorios. Aprovechaba las visitas de mi esposa para salir de la habitación y, agarrado al soporte con ruedas de mi medicación intravenosa, recorría el pasillo de la planta hasta la zona de descanso de las enfermeras. Con la visión reducida a

un embudo negro, arrastrando los pies como el último ejemplar de un animal al borde de la extinción, atravesaba aquellos escasos treinta metros acuciado por la consternación y por una demoledora sensación de inutilidad. No sabía para qué podía servirme aquel enorme sacrificio más allá de evidenciar mi deplorable estado.

Es decir: la depresión estaba a la vuelta de la esquina, rondando como un buitre hambriento; aquel veneno para los artistas sobre el que me había prevenido David Lynch.

Me dolía pensar que había pasado por un momento transformador, el momento más importante de mi vida, y no me sentía mejorado como persona, iluminado por la determinación como mínimo, sino todo lo contrario: me sentía devastado. No había regresado del lugar al que fui durante siete minutos tocado por una sabiduría atávica, portando un mensaje valioso, enriquecedor. Había regresado hecho un despojo físico, muy tocado anímicamente y sin asidero alguno al que anclar mis objetivos vitales, que parecían haber desaparecido por completo de mi horizonte de expectativas.

Por lo visto, aquellos siete minutos habían arrasado con todo.

Empecé a envidiar a los que estaban a mi alrededor, no solo a los médicos y a las enfermeras, o a las visitas que entraban y salían constantemente, también envidiaba al resto de los pacientes que veía en las otras habitaciones, recuperándose tranquilamente mientras charlaban con sus familiares o veían la tele o leían en sus tabletas electrónicas. Yo no podía leer, ni ver la tele; apenas podía mantener los ojos abiertos. Ni siquiera se me pasaba por la cabeza escribir, a pesar de tener una novela a medio terminar, ni fijarme en las cosas que me rodeaban para sacarles más adelante rendimiento literario. Y no tenía fuerzas para charlar con nadie. Por eso no quería que viniesen a visitarme, no quería tener que esforzarme en dar explicaciones, en tranquilizar a los demás sobre mi situación. Quería reconstruirme a solas, entre las sombras. Precisamente porque tenía miedo de no conseguirlo, lo que habría supuesto tener que dar constancia de una doble derrota. Por eso no

soportaba la presencia de nadie que no fuese mi esposa. Ella era la única con la que podía sincerarme, la única a la que podía transmitirle mis sombríos sentimientos.

Con ella podía salir a la terraza de la planta y ver pasar a la gente por la calle Casanova. Todas aquellas personas sumidas en el frenetismo urbano eran dueñas de sus vidas. Se desplazaban, se sabían incluidas en el discurrir de los acontecimientos cotidianos a pesar de todos los pesares. Yo, sin embargo, estaba detenido. Apartado del mundo, como abandonado en una isla desierta con vistas a la metrópoli.

Dicha sensación se incrementó cuando mis hijos vinieron a visitarme. Se mostraron muy discretos, extremadamente atentos y, a un tiempo, distantes, como si temiesen romperme. Aguanté firme hasta que se fueron. Acto seguido me derrumbé. Jamás había tenido tal certeza de haberle fallado a alguien. Ahora yo ejemplificaba para ellos la debilidad y el fracaso, la fragilidad de todo empeño humano. Les había dejado solos a su suerte porque no podía protegerlos. Yo siempre había creído que un padre tenía que ser justo lo contrario. No tenían por qué conocer algo así tan pronto. Y si bien el paso del tiempo demostró que ese descubrimiento doloroso acabó siendo una enseñanza válida que ellos fueron capaces de integrar con inteligencia en su día a día, en aquel momento me desmonté y me sentí culpable por todo lo vivido.

Fue a la luz de esa experiencia desde la que entendí el sentido del relato que había escrito sobre Estambul, aquel relato que alteró mi percepción del tiempo y de las capacidades de la memoria. Cuánto envidiaba ahora a su protagonista al recordar el final del cuento, cuando despierta postrado en la cama del hotel para descubrir a Ángela sentada en una silla, a su izquierda, con las piernas cruzadas y los labios pintados de rojo carmín, envuelta por un círculo de luz. Y a Ricardo, tumbado sobre la moqueta, ojeando con indolencia una revista o algo parecido; un niño que daba la impresión en ese momento de sentirse satisfecho y feliz de ser aún un niño. Esa escena no tenía

doble fondo, no escondía nada; y tampoco existía en el mundo una cámara fotográfica capaz de captar su evidente perfección, plana y total. El protagonista intenta incorporarse pero Ángela se le adelanta, extiende una mano hasta su frente y la palpa, un gesto de cuidado que se transforma sin transición en una caricia. Fin. El protagonista parece haber conseguido más de lo que podía esperar, pues el mundo a su alrededor parece, como mínimo, un lugar bello y ordenado. De repente, lo tiene todo porque ha sido aceptado; ha encontrado su lugar en el mundo.

Yo no tuve esa suerte. Mi mujer y mis hijos estaban a mi lado, pero en mi caso la sensación de pérdida era total. Fuera como fuese, iba a tener que enfocar el final de mi relato desde otra perspectiva.

Así llegué a casa una mañana de febrero, encantado de que me dieran el alta hospitalaria y, al mismo tiempo, acosado por la inseguridad; no tanto por motivos de salud como por el contexto anímico en el que me encontraba. No tenía miedo a morir, pero sentía un vértigo tremendo ante la perspectiva de seguir adelante con mi vida, porque no tenía ni la más remota idea de cuál tenía que ser el siguiente paso.

En los últimos días en la planta de enfermedades coronarias había recordado lo que le ocurrió a mi padre cuando sufrió las consecuencias de una angina de pecho a los sesenta y dos años: nunca se recuperó, se vio sumido a partir de entonces en una resignada impotencia de la que no volvió a emerger jamás. La angina de pecho, al parecer, vino a confirmar su nostálgica amargura, su dolorosa tendencia a la melancolía y eso posibilitó que la depresión tomase las riendas de su existencia. Durante mi estancia en el Hospital Clínic temí por segunda vez en mi vida llegar a parecerme a mi padre. Por eso me dije, ante la perspectiva de volver a salir al mundo, a ese mundo del que en esos momentos me sabía expulsado, que tenía dos opciones y que tenía que escoger obligatoriamente una de las dos: dejarme llevar por la desesperación y el miedo o esforzarme por seguir adelante, sin garantía

ninguna, dando por hecho que el infarto podía repetirse, pero dispuesto a ver qué se extendía más allá de la siguiente curva del camino.

Descubrí cuál iba a ser mi elección ante esa disyuntiva al fijarme en un mecanismo que, sin mediación de mi voluntad, se activaba en mi cerebro ante determinados pensamientos. Pensaba de vez en cuando, por ejemplo, que tal vez debería haber muerto, que lo natural habría sido quedarme tieso sobre mi cama, pues la naturaleza había querido que me detuviese para siempre mediante una parada cardiorrespiratoria. Ante un pensamiento como ese, mis escasas capacidades intelectuales contraponían siempre, de manera automática, un contraargumento muy efectivo que a pesar de todo no me aportaba paz alguna. Mi mente contraatacaba diciendo: por esa misma regla de tres, la naturaleza también quiso, tras años de evolución tecnológica, que existiesen los desfibriladores, que existiesen todas esas medicinas que inyectadas en mis venas sirvieron para volver a poner en marcha mi corazón y para estabilizar mi ritmo cardiaco. Es decir: no habría podido disfrutar de la narcótica opción de dejarme llevar por la desesperación, aunque lo hubiese deseado. Iba a tener que seguir adelante lo quisiera o no.

Y lo cierto es que durante un tiempo no lo tuve claro. Porque al salir del hospital me di cuenta de que, tras el infarto, la posibilidad de reemprender mi vida donde la había dejado antes del fundido en negro era totalmente inviable. Me despertaba por las mañanas y rondaba por mi casa arrastrando los pies con la sensación de que la manera de pensar que había regido mis actos y mi actitud hasta finales de enero era equivocada. Durante años me había esforzado por hacer encajar mi propia plantilla de ideas e impresiones en el mundo en que me desarrollaba, pero a pesar de la magnitud de mis esfuerzos nunca llegó a hacerlo de manera natural. Tan solo había llegado a atisbar fugazmente una posibilidad de armonía estando en Cádiz, junto al faro de Trafalgar.

Estaba convencido de que existía un fallo grave, tóxico y contagioso en mi sistema de creencias anterior, y por eso iba a tener que prescindir de todo

aquello que me había valido antes del infarto y empezar a construir un nuevo sistema de pensamiento desde el principio. Iba a tener que volver a empezar de cero, como me ocurrió en Nueva York; aunque ahora tenía una familia ante la que responder. Por ese motivo, las primeras semanas en casa fueron realmente duras. Echaba la vista atrás, observaba lo vivido durante aquellos cuarenta y cinco años, y me preguntaba para qué había servido todo aquel esfuerzo. Qué sentido tenían ahora todas las ilusiones, los sueños de ser escritor, de ver mundo.

Preguntas como esa no eran nuevas en mi vida, pero la velocidad con la que había transcurrido mi existencia hasta entonces había posibilitado que no tuviese que hacerles frente. Llevaba mucho tiempo pensando en detenerme para examinar los códigos en los que había creído porque sabía que habían agotado su valor simbólico. Venía pensando seriamente en detenerme desde que estuve en Berlín con mis alumnos, justo después de acabar mi segunda novela. Pero las circunstancias me llevaron en dirección contraria: gané un premio literario y todo se aceleró aún más. Hasta tal punto aumentó la velocidad de mi vida que pensé que tal vez correr como un loco, romper la barrera del sonido, era ya la única opción posible. No fue así. No tenía que ser así. En lugar de eso la vida me detuvo en seco, con extrema violencia. Aquellos siete minutos de transición llevaron a que toda mi maquinaria, física y mental, se detuviese por completo. Y ahora me sentía un despojo, una ruina viva, un vestigio que seguía latiendo. Era como uno de aquellos despachos pulcramente abandonados que había visitado en el Museo de la Stasi en Berlín: estaba vacío, era inservible y estaba contaminado por una radiación simbólica.

No dejaba de pensar que la trayectoria que marcaba el camino de mi vida, incluido el momento del fundido en negro, me había llevado justo hasta ese punto. Todo lo que había intentado, todo lo que había contado desembocaba ahí, en este apartado y solitario rincón de la existencia humana sumido en un merecido anonimato.

A mí me gustaba pensar que había estado buscando una verdad absoluta, algo sobre lo que poder erigir una vida trascendente y plena. Pero ahora me veía a mí mismo como un capitán Ahab anómalo que en lugar de haber ido a buscar la ballena blanca allí donde sabía que podía encontrarla se hubiese encaminado al extremo opuesto del globo terráqueo. Porque ahora sabía que había salido al mundo a buscar justo aquello de lo que estaba huyendo. Aun así, mi ballena blanca acabó atrapándome, fue ella la que vino a por mí en cuanto tuvo oportunidad y no se limitó a enviarme una señal desde la lejanía; estuvo a punto de engullirme sin contemplaciones, movida por un rencor acumulado durante cuatro décadas.

En cualquier caso, volvía a encontrarme en la casilla de salida, como si no hubiese salido de mi barrio, como si aún estuviese en la casa de mis padres tras la muerte de mi hermana, aunque ahora aquel estancamiento se veía incrementado por una intensa sensación de fracaso y vergüenza, así como por los problemas físicos, por la conciencia del paso del tiempo y por la insalvable obligación de afrontar tanto las causas como las consecuencias de mi estado.

Supongo que, de algún modo, había descubierto la verdad que andaba buscando. No era la que yo había imaginado o querido, pero igualmente tendría que servirme, tendría que construir lo que fuera sobre ella.

Cuando estuve en Cádiz, con poco más de veinte años, tuve la impresión de que algo muy íntimo de mi persona, algo sin duda todavía desconocido para mí mismo, se colocaba en su sitio sin hacer ruido, encajando a la perfección. Tardé muchos años en descubrir de qué pieza se trataba, porque idealicé aquella experiencia ubicándola en un territorio exótico, muy alejado del ámbito de lo cotidiano.

Curiosamente, estando en mi casa, durante el segundo mes de mi convalecencia, entendí que aquella misteriosa pieza había vuelto a encajar. Lo había hecho en un sentido aparentemente inverso. Fui consciente de que había encajado porque aquellos siete minutos de fundido en negro, haber

traspasado la barrera del sonido, también se llevaron por delante mi capacidad de idealizar.

Tuve que aceptar que no había nada que buscar, que no había un lugar apartado en el mundo en el que encontrar el secreto de la existencia. Tuve que aceptar que no había llegado a salir del desierto en el que se iniciaron mis pasos. Que no existe más épica que la épica de la derrota, porque no hay nada sólido a lo que aferrarse, porque todo cambia y se transforma; nada permanece. Tuve que aceptar que yo tampoco iba a permanecer, que algún día moriría.

Recordé entonces lo que pensé en la campaña inglesa, frente a la supuesta tumba de Shakespeare. Me había dicho entonces: «Tal vez ese sea el auténtico destino de un escritor, que tu nombre presida una tumba aleatoria, cutre y prescindible, sin valor real alguno». Ahora tenía la certeza de que ese y no otro era el destino que esperaba a todos los escritores. A todas las personas. Era el destino que me esperaba a mí.

«Tengo que ponerme a bien con la muerte», me dije, como quien se dispone a hacer unos deberes que ha estado postergando durante demasiado tiempo. Aunque para lograrlo supe que antes tenía que ponerme a bien con la vida.

Agradecimientos

Este libro no habría existido de no ser por Pere Ortín, director de *Altair Magazine*. No solo me animó a iniciar el proyecto, lo estimuló publicando en la revista parte de los capítulos que lo componen con una generosidad y una confianza inverosímiles.

Quiero darle las gracias también a varias personas que, por diferentes motivos, tienen mucho que ver con la escritura de estas páginas: Lluís Alabern, Marc Caellas, Mathias Énard, Verónica Flores, Basili Losada, Malili, Cristina Marelló, Mario Mendoza, María Muñoz, Virginia Riquelme, Carlos Robles, Alejandra Tapia y Marcel Ventura. También, y a pesar de los pesares, a O.J. y a A.V. Y gracias en especial a Teresa Seral, la enfermera que cuidó de mí en la UCI del Hospital Clínic y me ayudó a entender hasta qué punto es trascendente la entrega desinteresada.

Voy a aprovechar la oportunidad para darle las gracias aquí al resto de los miembros del Núcleo Duro, porque estuvieron cuando había que estar y porque, de hecho, están siempre: Eloy, Jaime, Jordi, Pierre y Robert.

Mención aparte merecen las tres personas que, además de soportarme todos los días, alimentan tozudamente mi afán por llegar a ser algún día una persona digna: Alain, Noam y Montse. Seguid haciéndolo, por favor.

La barrera del sonido

Juan Trejo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Buyenlarge / Getty Images

© Juan Trejo, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-9066-733-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

